

La niña de la estrella

Novelita de amor y fantasía

por Ignacio Iglesias

Un agradecimiento y dos dedicatorias

Agradecido a Carmen,
que me animó a escribir este cuento
cuando había desistido de hacerlo

Está dedicado
—faltaría más—
a Marta

Y también,
a los hombres sin corazón:
para que algún día encuentren uno
que permanezca junto a ellos
hasta el fin de sus días

I

El viejo vagabundo arribó al Albergue de los Pobres, emplazado en la falda de una polvorienta colina: a un par de kilómetros del pueblo, tirando por el camino del Puente Viejo. Era realmente feo: cojo, tuerto y jorobado; reseco y arrugado como una pasa.

En el Albergue, además del director y los empleados, vivíamos un grupo de ocho o diez niños huérfanos, de los cuales —en esa época— el mayor era yo; —contaría entonces alrededor de trece o catorce primaveras.

El Albergue ofrecía hospedaje gratuito a los vagabundos y mendigos: un jergón, una manta y un plato de comida. Sin embargo, era costumbre —una especie de tradición no escrita— que, como contrapartida, el hospedado nos contase a los chavales algún cuento o historia, antes de irnos a la cama. En la mayoría de los casos, lo que los viajeros nos contaban no eran cuentos, sino anécdotas, o descripciones de lugares visitados por ellos —descripciones realistas o fantásticas, según el talante de cada cual—. Muchos de estos vagabundos han viajado por

medio mundo, y a menudo sus ojos han visto maravillas que cuesta imaginar si uno se atiene a su desharrapado aspecto. Estos relatos estimulaban nuestra pobre imaginación, ávida de todo aquello que quedara más allá de los estrechos horizontes de la comarca en que vivíamos.

De modo que, tras la cena, apiñados alrededor de la chimenea encendida, le solicitamos al recién llegado que cumpliera con nosotros.

—¿Que os cuente un cuento? ¡Pero si no me sé ninguno! Los he olvidado todos...

Mientras hablaba, observé nuevamente la figura del viejo vagabundo, ciertamente poco agraciada: en el ojo tuerto llevaba un parche al estilo pirata, mientras que el otro se hundía en su cuenca como una alimaña en lo más profundo de su madriguera; su espalda estaba deformada por una joroba; su cara, repleta de costras, pliegues y arrugas, parecía la piel de una patata retorcida y pocha; sus manos, también arrugadísimas, eran nudosas como sarmientos castigados por el viento. Llevaba una vara de madera oscurecida por el uso a guisa de bastón.

— Bueno, espera un momento... —se quedó pensativo, como sopesando alguna duda interna—. Sí, en realidad sí me sé un cuento... Pero, no sé... —nos miró a todos, todavía indeciso—:

Es un cuento con un final muy triste.

Nosotros, sentados en el suelo alrededor suyo y de la lumbre, le apremiamos a que nos lo contara —pues basta que dudes en contarle algo a un niño para acrecentar su interés por la materia; aparte de que la promesa de un final triste nos sonaba a una historia más propia «de mayores» que de niños.

Al fin carraspeó aclarándose la voz.

—Esta historia sucedió hace muchísimo tiempo, en una galaxia muy lejana. Había una vez una niña que vivía en una estrella...

—¡Ah, ¿Se puede vivir en una estrella?! —saltó uno de los peques.

—Es un cuento, tonto —le repliqué.

Pero el viejo me miró con cara de «no te pases de listo».

—Buena pregunta. En realidad, la gente como nosotros, los seres terrestres, no puede vivir en las estrellas; nos quedan un poquito lejos. Pero esta niña no era como uno de nosotros. Era otra clase de ser, un habitante de las estrellas. Para entendernos, un habitante de las estrellas es parecido a lo que aquí llamamos un ángel. Viven en las estrellas, y se ocupan de que éstas

proporcionen luz y calor a los mundos que giran a su alrededor.

— ¿Como hace el Sol con la Tierra?

— Exactamente.

— ¡Yo quiero vivir en una estrella! —dijo Jorge.

— Pues a mí el otro día me dijo la Señora que soy un ángel...
—terció Rosita.

Todos los chavales comenzaron a hacer comentarios, y yo, en mi papel de «mayor» y responsable del grupo, me sentí obligado a reconducir la situación:

— Como no os calléis todos, se acabó el cuento y nos vamos inmediatamente a la cama, que a este paso no acabamos en toda la noche.

Esta vez, el viejo me echó una mirada levemente aprobatoria, y prosiguió su relato.

— Bueno, pues esta niña que vivía en una estrella se llamaba Clara. Era guapísima, y muy buena. Su estrella, conocida como la estrella Clara, alumbraba un pequeño mundo, llamado Teotolcan, en el cual vivía gente muy parecida a nosotros, tanto en su aspecto como en su forma de vida; sólo que no vivían como nosotros ahora, sino como... ¿habéis oído hablar de la Edad Media?

— Sí, en la Escuela.

—¡Claro!; Los caballeros andantes!—y a todos nos chispearon los ojos: el rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda, magos y dragones, las Cruzadas...

—Eso es, los caballeros andantes. Pues los teotolcanecos vivían como en la Edad Media. Pero en Teotolcan apenas había caballeros andantes ni guerreros, porque la gente que lo poblaba era pacífica; no se dedicaban a la lucha ni guerreaban entre ellos como hacen aquí, sino que cultivaban las tierras y hacían artesanías de diverso género. Ahora bien: Teotolcan era un mundo mágico: en sus tierras, la magia era tan común como el pan recién hecho por las mañanas; quién más, quién menos, cualquier habitante sabía realizar modestos conjuros e inofensivos hechizos que alegraban y embellecían la vida. Incluso, algunos habitantes eran reputados maestros de la magia. Por otra parte, los habitantes de Teotolcan no estaban aislados en su galaxia —como dicen que estamos nosotros aquí—, sino que a menudo recibían la visita de los habitantes de mundos vecinos. Estos extranjeros no viajaban en cohetes, sino en naves espaciales muy parecidas a los barcos antiguos, como las carabelas. ¿Sabéis cuando Colón descubrió América a bordo de tres carabelas? Bueno, pues las naves espaciales de estas gentes eran más o menos así, sólo que se desplazaban por el aire y los espacios estelares, propulsadas por los conjuros mágicos de sus intrépidos capitanes. Resultaba impresionante observar la llegada de alguna flota estelar: formaciones de carabelas envueltas en destellos multicolores, descendiendo lenta y majestuosamente

desde las alturas celestes, hasta posarse suavemente en el Mar de Teotolcan.

Clara amaba Teotolcan y a sus moradores, y los cuidaba con sumo cariño y cuidado. Contemplaba sus vidas, y continuamente, al verlos, sonreía. Y, a cada sonrisa suya, desde su estrella emanaban rayitos de luz que iluminaban el paisaje, procuraban calor y hacían florecer las plantas. Se esforzaba en querer a todo el mundo por igual —tanto a las buenas personas como a las no tan buenas—, pero a fin de cuentas tenía sus preferencias; en concreto, sentía una predilección muy especial por un niño llamado Pipo.

Pipo era huérfano, como vosotros, pero había sido adoptado por un herrero, de nombre Elías, quien se lo encontró en el bosque cuando todavía era una criatura de escasos días. Fue un encuentro curioso: imaginaos, andar de excursión campestre y encontrarse a un bebé en lo alto de la Sierra, allá donde nace el río Canalón; justo donde se abrazan dos grandes montañas llamadas las Dos Hermanas. De no ser por las aguas de este río, que tienen propiedades mágicas protectoras, así como por la influencia benéfica de los rayos de la estrella Clara, sin duda Pipo habría muerto. Pero el caso es que sobrevivió, y fue encontrado por Elías, quien lo crió como si fuera su propio hijo, —pues siempre había deseado tener un hijo, pero su mujer había muerto muy joven, antes de encantar, y él jamás se había

repuesto de su pérdida, renunciando, no ya a nuevo casamiento, sino incluso a trato carnal con cualquier otra mujer—. Elías, hombre de sencillo y bondadoso corazón, inculcó a Pipo nobles principios, le enseñó su oficio, y lo envió a la Escuela, donde aprendió a leer y escribir.

¿Sabéis lo que es un herrero? Es un tipo que trabaja el metal: lo calienta hasta fundirlo para poder darle forma y transformarlo en instrumentos útiles. Pues bien, Elías no era un herrero cualquiera, sino todo un maestro herrero, y además uno de los mejores. Pero Elías no hacía cualquier clase de instrumentos, sino un tipo muy especial: se dedicaba a la forja de espadas mágicas. No os he dicho que, aunque la gente de Teotolcan no era guerrera, destacaba precisamente en la forja de espadas mágicas. Si bien ellos no las usaban, acudían extranjeros de toda la galaxia para llevárselas. Concretamente, las espadas de Elías tenían un merecido renombre en todos aquellos mundos. Elías sólo forjaba espadas para caballeros honorables, de probada moralidad y conducta bondadosa. Forjar una espada podía llevarle decenas de años. Para que os hagáis una idea: estoy casi seguro de que la célebre espada del Rey Arturo, Excalibur, procede del taller del maestro Elías; eso sí, no me preguntéis cómo pudo llegar a este mundo.

La calidad de las espadas mágicas teotolcanecas tiene su explicación. En realidad, se debía a una singular combinación

de factores. Por una parte, sólo en Teotolcan existía un extraño y maravilloso mineral, el irifénix: brillante como ninguno, increíblemente duro, y especialmente propicio para acoger sobre sí poderes mágicos. Por otra parte, este metal se fundía —y sólo podía fundirse así, no había otra manera— en la llamada Fragua de los Cristales. Esta fragua era un paraje natural, situado en el interior del cráter del volcán dormido Caracolio —así llamado por asemejarse su forma a la concha de una caracola—; en este cráter se había formado, de manera natural aunque inexplicable, una cúpula de cristales que al mismo tiempo formaban un gigantesco sistema de lupas; de tal manera que intensificaban y concentraban los rayos enviados por la estrella Clara en el centro del cráter. Estos rayos, a la hora del Mediodía, servían para fundir el irifénix. El proceso de fundición y forja se llevaba a cabo con experta destreza y suma delicadeza, y se desarrollaba bajo la acción de una serie de ritos y conjuros. Finalmente, terminada esta labor, se cumplía el ritual del bautizo de la espada, en las aguas del río Canalón. En este ritual —así como en los anteriores—, las propiedades mágicas invocadas se restringían exclusivamente al uso de la espada en servicio de nobles causas, —y en todo caso, siempre para la defensa, nunca para el ataque.

Pero me estoy desviando de la historia. Ya os he comentado el cariño especial que Clara sentía por Pipo. En realidad, dicho sentimiento era recíproco: Pipo, ya desde su mismo nacimiento, sentía una intensa y viva atracción por la estrella Clara, aunque

no podía saber que en ella vivía una niña, pues los habitantes de las estrellas son invisibles para los habitantes de los mundos. Pipo contemplaba fascinado la estrella durante ratos interminables —a veces noches enteras—, se regocijaba admirando sus destellos, y le confiaba —a solas, en susurros— sus más bellos pensamientos —como si ambos compartieran una secreta y mágica intimidad—; y Clara le escuchaba enternecida.

Aunque el origen de este sentimiento es un misterio, con seguridad influyó la forma en que por primera vez entraron en contacto. Ocurrió de la siguiente manera.

Cuando Clara nació, le fue entregada su estrella, como ocurre con todos los habitantes de las estrellas: cada uno tiene la suya, creada expresamente para él en el momento en que nace, y vive en unidad con ella. Ya os he dicho que la tarea de los habitantes de las estrellas consiste en hacer que éstas procuren luz y calor a los mundos que giran a su alrededor. Para ello tienen que cumplir ciertas normas, y disponen de ciertas facultades. Son invisibles para los seres terrestres, y no deben interferir en sus asuntos. De hecho, su obligación es comportarse con imparcialidad, y conseguir que las estrellas luzcan por igual para todas las gentes y criaturas, sea cual sea su condición.

Una estrella refleja en todo momento el estado de ánimo de su habitante: si éste está enfadado, la estrella luce hostil, y

sus rayos resultan agresivos; si se encuentra triste, la luz de la estrella bañará de melancolía los mundos circundantes; por el contrario, si está alegre los rayos emanarán cálidos y acogedores, embelleciendo los paisajes de los mundos y alegrando la vida de sus habitantes. Por esta razón, una de las normas más importantes de los habitantes de las estrellas estipula que deben mantenerse siempre sonrientes. En principio, Clara no tenía problema para cumplir esta norma, pues era de temperamento radiante y jovial.

Pero, recién nacida, Clara era aún demasiado joven para saber de normas. Con su estrella aún por estrenar, le asignaron el pequeño mundo llamado Teotolcan. Era de noche, y sus habitantes dormían, por lo que Clara, tímida e inexperta, apenas se atrevía a lucir, cuando, de pronto, oyó el llanto de un recién nacido. Salía de la masa oscura de las montañas. Alarmada, envió un titubeante rayito para explorar la procedencia del llanto... Y entonces descubrió a Pipo: un bebé desnudo y desamparado, que lloraba junto al manantial que luego, montaña abajo, va cogiendo brío y caudal hasta devenir en el río Canalón. Abandonado a su suerte en mitad de la noche, sin duda moriría de frío; y esto es lo que hubiera sucedido si Clara no hubiera sido, asimismo, una recién nacida que aún desconocía las normas a las que le vinculaba su estirpe. Así que se compadeció de Pipo, y lo calentó con sus rayitos, hasta que Pipo dejó de llorar... y sonrió. La primera sonrisa de su vida. Y Clara se llenó de gozo, como

lo haría un niño solitario que se encontrase con un inesperado compañero de juegos. Al amanecer llegó Elías, y encontró a Pipo, y lo adoptó, como ya os he contado.

En Teotolcan fue pasando el tiempo, apaciblemente. Pipo fue convirtiéndose en un desgarbado mozalbete de aire soñador. Acudía a la Escuela, pero, aunque le encantaba leer y era espabilado, sólo destacaba en algunas artes y en la gimnasia, pues para el resto de las materias era tremendamente distraído. Simultáneamente, su padre le fue iniciando en su oficio. Pero no sólo esto. Ya desde muy pequeño, Pipo tuvo el honor de gozar de la compañía y los consejos de los más aguerridos y honorables caballeros andantes de la galaxia. La entrega de una espada mágica no era un mero trámite que se cumpliera en un momento; suponía la culminación de años de laborioso trabajo, y se llevaba a cabo mediante un proceso ceremonial que duraba meses. Durante ese tiempo, los caballeros se hospedaban en la residencia de Elías. Pipo absorbía literalmente sus relatos y enseñanzas. Así, Pipo fue instruido por los mejores maestros en las artes de la lucha; completaba su formación marcial practicando por su cuenta en los bosques y llanuras, sirviéndose de un palo de madera de roble que le dio Elías.

Por su parte, Clara, nuestra niña de la estrella, también había crecido. Aunque desde el principio tuvo un don natural para cumplir con su tarea, había progresado mucho en el

perfeccionamiento de ésta. Enviaba sus rayos más calientes en invierno, para compensar la frialdad de la estación, y los entibiaba en verano para no acalorar demasiado a los seres terrestres; se retiraba a un oportuno segundo plano cuando llegaba el momento de que las lluvias alimentaran las plantaciones; disminuía su claridad por las noches a fin de permitir el sueño en Teotolcan; sonreía siempre, siempre —incluso cuando estaba cansada o preocupada—, para que su estrella luciera bonita y alegre. Y, lo más importante: había aprendido a tratar a todo el mundo por igual... incluso a Pipo. Pero no podía evitarlo: seguía sintiendo un cariño especial por él. Las ocurrencias del muchacho la encandilaban. Cuando Pipo, al aprender rima en la Escuela, empezó a dedicarle poemas a su estrella, ella se enternecía, pese a la cursilería y escasa gracia de los versos; y cuando Pipo dio clases de canto, y empezó a brindarle canciones acompañado del laúd, casi se moría de la risa: pues provocaba la furia de todas las nubes, y a punto estuvo más de una vez de provocar el diluvio universal. Sin embargo, aunque en su fuero interno se conmovía sobremanera, cuidábase mucho de no manifestarlo externamente, para que sus sentimientos no influyeran en el adecuado ejercicio de sus diversas tareas... Y seguía sonriendo —con, por así decirlo, encantadora carita de póquer.

—Ahora bien: a partir de cierto momento las cosas empezaron a cambiar, complicándose —el viejo hizo una pausa. Yo

aproveché para mirar las brasas de la chimenea: por los leños consumidos, era capaz de calcular la hora con bastante precisión. Hacía rato que debíamos estar acostados.

—Lo siento, abuelo, pero es hora de irse a la cama. Vamos, chavales —los niños se resistieron, pues querían escuchar el final del cuento.

—¿Queda mucho? —le pregunté al vagabundo.

—Bastante.

—¿Y no puedes seguir mañana?

—Mañana debería proseguir mi camino... —el viejo dudó, contemplando las caritas expectantes de los críos; seguramente hacía mucho que nadie le pedía nada, y menos unos niños—. En fin, veremos qué se puede hacer.

Reconozco que esa noche me costó dormirme, pues yo también estaba intrigado con la historia de Clara y Pipo...

Al día siguiente, el viejo realizó un sinfín de tareas en el Albergue: cortó leña, aró la tierra, sacó agua del pozo... Mostraba una energía impropia de su aspecto y de su edad. De manera que los responsables estuvieron encantados de que hubiera decidido quedarse unos días más.

II

Decíamos ayer que a partir de cierto momento las cosas empezaron a cambiar, complicándose. Fue más o menos cuando Clara y Pipo entraron en esa edad tan delicada en que ya no eran niños pero aún no eran adultos —y el viejo hizo una pausa, mirándome significativamente como advirtiéndome: «Verás la que te espera». Seguidamente prosiguió su relato—. Durante un verano, Pipo empezó a comportarse de manera extraña: rehuía el trato con la gente —sus compañeros, Elías...—, volviéndose cada vez más taciturno y retraído; evitaba mirar la estrella Clara; cuando entraba en su habitación cerraba los postigos de la ventana —cosa que antes nunca había hecho, al menos en la estación calurosa—; pasaba la mayor parte del tiempo metido en su cueva secreta...

Perdonad, chicos. No os he hablado todavía de la cueva secreta de Pipo. Como otros muchachos de Teotolcan, Pipo disponía de un escondite sólo conocido por él. Lo había descubierto de niño, en una de sus correrías por la montaña; estaba muy cerca del nacimiento del Canalón —el lugar donde lo encontró Elías cuando era un recién nacido—, pero para llegar a él había que

atravesar una zona de espesísima maleza —que a la vez ocultaba y dificultaba la entrada—, por lo que resultaba casi imposible averiguar su existencia. De hecho, Pipo no lo hubiera descubierto a no ser de la curiosa manera en que lo hizo. Andaba un día de exploración por el bosque, cuando avistó una serpiente de vivos y variados colores, tan hermosa como jamás había visto. Aunque quizá sería más correcto decir que fue la serpiente quien lo avistó a él, pues cuando Pipo reparó en ella estaba ya enfrente suya, mirándolo fijamente.

Habéis de saber que las serpientes teotolcanecas podían ser benignas o malignas, pero en cualquier caso, tenían siempre cualidades mágicas. Así que el encuentro con una podía deparar una inesperada fortuna, pero asimismo podía, por el contrario, resultar fatal; por lo cual la mayoría de los hombres de Teotolcan prefería no correr riesgos y, al toparse con una, alejarse lo antes posible. Pero Pipo, aun cuando todavía era un niño, no se arredraba ante el peligro.

De modo que la serpiente multicolor, detenida frente a él con la cabeza triangular alzada, clavó en sus ojos su hipnótica mirada y, sacando una lengua bífida, siseó. Seguidamente dio media vuelta y se marchó reptando. Pipo interpretó el siseo como una invitación a que la siguiera. La serpiente se adentró por una zona de intrincada y espesa maleza, y Pipo fue tras ella, consiguiendo abrirse paso entre la maleza gracias a su pequeño

tamaño y su machete de explorador. Llegó hasta la pared de la montaña, y divisó a la serpiente entrando por un angosto agujero. Ni corto ni perezoso, se internó por él. Avanzó a cuatro patas por una gruta estrecha, que doblaba continuamente a izquierda y derecha. La serpiente se había perdido de vista. Tras unos centenares de metros, al vencer un recodo, desembocó en un amplio espacio subterráneo, quedando maravillado. Del techo pendían estalactitas de radiantes y vívidos colores —como los de la serpiente que le había guiado hasta allí, de la que no había ni rastro—, y en el centro reposaba una pequeña laguna, en cuya superficie se reflejaban las estalactitas. Pipo se acercó hasta su orilla e, inclinándose, rozó el agua con un dedo. Entonces resonó en toda la cueva el siseo de la serpiente, y la pequeña ondulación provocada por Pipo fue suficiente para generar en la superficie del agua miríadas de destellos multicolores, formando una especie de fantástico caleidoscopio.

Así que éste era el refugio secreto de Pipo. A decir verdad, Pipo nunca lo había frecuentado demasiado, pese a su belleza, por la sola razón de que dentro de la cueva no podía contemplar la estrella Clara, ni ser bañado por sus rayos. Pero en la época a que nos estamos refiriendo, Pipo había cambiado de proceder, y consumía en la cueva casi todo su tiempo.

Y, cuando no estaba en ella, evitaba el trato de la gente así como mirar a la estrella Clara. Por primera vez en su vida, caminaba

con la cabeza gacha; sólo muy de vez en cuando alzaba la mirada dirigiéndola a la estrella, repentina e impulsivamente... mas inmediatamente la retiraba, pesaroso y avergonzado —como si su sola visión le hiriera.

Clara percibió este cambio de actitud con creciente preocupación... Pero seguía sonriendo, no sin esfuerzo. Se preguntaba qué podría pasarle, y reprimía el deseo de hacer algo al respecto: investigar qué hacía Pipo en sus largos ratos de soledad, enviarle algún rayito de ánimo o de interrogación... Pero no hacía nada de esto, sino que permanecía sonriente, como era su obligación, aunque su inquietud aumentaba día a día. Sospechaba con temor —y, también hay que decirlo, con una recóndita esperanza— que el cambio de Pipo pudiera estar relacionado con ella... —Pero no, era imposible: cuando Pipo miraba el cielo, sólo veía la estrella, no podía ver otra cosa, ya que los habitantes de las estrellas son invisibles para las criaturas terrestres.

Y sus sospechas la conducían a otra cuestión desasosegante que no se atrevía a plantearse: ¿Qué sentía ella con respecto a Pipo? —No quería plantearse esta cuestión, porque ya era lo suficientemente mayor para saber que los habitantes de las estrellas nunca deben interferir en los asuntos de los seres terrestres, pues las consecuencias pueden ser terribles.

Así pues, durante ese período de enrarecimiento, Clara tuvo que hacer un considerable esfuerzo para mantener el tipo y comportarse de la manera habitual; y, muy especialmente, le costó sobremanera enviar los rayos que llegaban a Pipo con la misma naturalidad y de idéntico modo que enviaba los que rodeaban al resto de Teotolcan. Pero así lo hizo. Y seguía sonriendo.

Un día, Pipo se reunió con Elías, a fin de comentarle que pensaba aprovechar unas cortas vacaciones escolares para acampar en la montaña, pues necesitaba estar a solas consigo mismo.

Llegado el momento, Pipo trepó por una de las Dos Hermanas y se encaminó a su refugio secreto. Una vez en éste, permaneció en su interior durante cuatro días con sus noches. Clara se preguntaba intrigada qué estaría haciendo.

A los cuatro días, Pipo salió de la cueva y ascendió por el abrazo de las Dos Hermanas siguiendo el curso del río Canalón, hasta llegar a su nacimiento: el lugar donde Clara le vio por primera vez. Pipo trepaba con ánimo resuelto y rostro serio.

Cuando llegó, se sentó en un peñasco. Sólo entonces levantó la mirada hasta la estrella Clara. No dijo ni hizo nada más: sólo mirarla profunda, fija, intensamente.

Clara sintió un estremecimiento que a duras penas logró disimular: pues tenía la viva sensación de que Pipo no miraba la estrella, —sino a ella misma.

Sentía que la mirada de Pipo penetraba en su estrella y, atravesando el halo de energía, corría al encuentro con sus ojos... y, entrando por ellos como por dos ventanas abiertas, se hundía hasta alcanzar el fondo de su alma, agitando en sus profundidades un mar de sentimientos de inconmensurable intensidad: levantando oleadas de anhelos y deseos, de sueños aún por soñar, de presagios terribles al par que tremendamente hermosos... Pero, aun presa de estas emociones hasta ahora desconocidas para ella —tanto por su naturaleza como por su vigor—, a pesar de ello, Clara sostuvo la mirada de Pipo y mantuvo la sonrisa de siempre, como un sólido dique que contiene el oleaje de unas aguas embravecidas, impetuosas, pugnantes por desbordar.

Pipo permaneció así, con la mirada fija en la estrella Clara, durante tres días con sus tres noches. En ese tiempo no hizo otra cosa que mirarla: no comió, no durmió, no bebió, —ni tan siquiera cambió de posición o gesto.

Y, durante esos tres días con sus tres noches, Clara mantuvo la mirada de Pipo, enfrentándose a la prueba más dura que se le había presentado en su todavía breve existencia de habitante

estelar. Y, aunque trémula de emoción, se las arregló para no exteriorizar su agitación ni descuidar sus funciones, de tal manera que ningún teotolcaneco percibió nada anormal, ni siquiera Pipo —especialmente Pipo—. Y Clara seguía sonriendo.

Y al final —cuando Clara sentía que iba a desfallecer—, al clarear de la tercera noche, Pipo abrió los labios y exclamó:

—Te quiero.

Clara, al oírlo, experimentó una conmoción interna parecida a la sacudida de un terremoto: ¡Pipo le había hablado! ¡A ella, no a la estrella! ¡Le había hablado! ¿Le había hablado? ¿Y había dicho «Te quiero»? ¿A ella?

Entonces Pipo entornó los párpados y cerró los ojos un momento, por primera vez desde que, tres días atrás, empezara a mirarla. Si los hubiera mantenido abiertos, si no hubiera cerrado los ojos un instante, entonces hubiera visto —durante una fracción de ese instante— cómo la estrella Clara parpadeaba y acto seguido refulgía, emitiendo un resplandor encarnado, a juego con los colores de la alborada... Pues Clara se había sonrojado y había dejado de sonreír... Pero fue sólo la fracción de un instante, ya que Clara en seguida se repuso, y cuando Pipo volvió a abrir los ojos seguía sonriendo como siempre.

Pipo se puso en pie y, sin dejar de mirarla, volvió a hablar.

—Hablo contigo, dama de la estrella. Sé que estás ahí. Y yo... yo... —comenzó a trabucarse, y su rostro se fue demudando, como si demandara revelar una emoción largo tiempo refrenada— ...No puedo vivir sin ti —concluyó a duras penas, mientras se le humedecían los ojos; entonces se dio media vuelta sin mirar atrás, emprendiendo el descenso con largas y apresuradas zancadas.

Nuevamente, la estrella Clara irradió un resplandor encarnado —pues las mejillas de Clara ardían en ese momento—; pero, nuevamente, Pipo tampoco lo vio —porque bajaba con la mirada gacha y los ojos bañados en lágrimas (por esto se marchó tan deprisa: porque le avergonzaba que Clara lo viera llorar).

Cuando Pipo retornó a su casa, Clara sonreía como siempre, y nadie se había percatado de su efímero arrobamiento. —Aunque sobre Teotolcan quedó una huella de este fenómeno: pues a partir de ese día, en el lugar donde nace el Canalón creció una especie de flores antes desconocida, que sólo crece allí, de color encarnado y pétalos en forma de corazón. Desde entonces, los enamorados suben hasta ese lugar para escoger las más bonitas y trenzarles ramilletes a sus amadas. Se llaman amandinas.

A raíz de estos sucesos, Clara le dio una y mil vueltas a la

declaración de Pipo: ¿Acaso él podía verla? ¿Podía sentirla?
¿Cómo era esto posible?

Ella no podía saber que Pipo, desde su más tierna infancia, al mirar la estrella, la veía a ella.

Cuando uno es un niño como vosotros, no percibe una clara frontera entre la realidad y la imaginación —ni falta que le hace—; pero, a medida que crece y se integra en la sociedad, se van imponiendo límites convencionales entre ambas. Así, llegó un momento en el que Pipo consideró que la niña de la estrella era un producto de su fantasía: su fantasía más hermosa. Pero, con la llegada de la pubertad y la eclosión del sentimiento amoroso, Pipo cambió de opinión, por obra de un razonamiento hartamente ilógico característico de los enamorados: «Si lo deseo tanto, por fuerza tiene que ser verdad.» Pues bien: por ilógico que resulte, lo era.

Siguió una época difícil para ambos.

Pipo estaba fuera de sí. Caía a menudo en letargos de melancolía, o bien no paraba de hacer cosas, pero no terminaba ninguna de las que empezaba; fue tornándose aún más retraído y suspicaz que antes: no hablaba con nadie y le molestaba que cualquier persona mirase a la estrella Clara, mas él no se atrevía a mirarla, —salvo ocasiones en que, armándose de valor, le lanzaba una

mirada de muda y desesperada demanda; y, al comprobar que no ocurría nada, suspiraba con un gesto de desesperación para desaparecer luego de la vista durante días enteros.

Clara, por su parte, tampoco se encontraba bien —aunque seguía sonriendo—. La declaración de Pipo, y el efecto que había provocado en ella, la obligaron a enfrentarse a sus propios sentimientos: ella también amaba a Pipo, lo mismo que Pipo la amaba a ella, —pero no podía ni debía admitirlo—. Añoraba los inocentes tiempos pasados, en que se comunicaban ingenua y espontáneamente, sin conciencia ni pesar; pero intuía que esos tiempos se habían ido para no volver. Una y otra vez tomaba la decisión de olvidar el asunto, pero una y otra vez se sorprendía pensando en él. Llegó incluso a recurrir a estrategias de razonamiento en cierto sentido crueles, del tipo «Yo soy una habitante de las estrellas y él una simple criatura terrestre...»; pero esta diferencia de condición, lejos de proporcionarle la serenidad que perseguía, avivaba aún más su pasión: precisamente por su condición, Pipo le resultaba más vulnerable, más tierno, más... amable. Así, se debatía entre impulsos contradictorios, temiendo y anhelando a la vez aquellos momentos en que Pipo la miraba. Pero no perdía la sonrisa ni alteraba la expresión. Y cuando Pipo se desesperaba y desaparecía de su vista recluyéndose en su refugio, le entraban ganas de llorar y le costaba un mundo no detenerlo con sus rayitos, no acariciarlo, no consolarlo... Cuando pasaba el tiempo y Pipo no reaparecía, temía por su vida, no fuera a hacer alguna locura...

Clara no podía seguir así. Aunque seguía sonriendo.

Por su parte, Pipo se iba sumiendo en la más negra de las desesperaciones, pues por más vueltas que le daba siempre acababa en la la misma conclusión: o estaba loco —y se había enamorado perdidamente de una muchacha que no existía—, o no lo estaba —y entonces ella no lo amaba, lo que resultaba aún peor que la primera de las posibilidades—. Así no podía seguir.

Al cabo de un tiempo, Elías —que se iba convirtiendo en un venerable anciano— tomó cartas en el asunto, pues Pipo presentaba un aspecto cada vez más preocupante: visiblemente enflaquecido, sus ojos brillaban febriles como los de un alucinado; su cara estaba contraída por arrugas impropias de su edad; jamás sonreía, y no hablaba con nadie; además había desatendido completamente los estudios y toda otra actividad... Ya ni siquiera las prácticas marciales lo estimulaban.

De modo que un día, Elías convocó a Pipo y se reunió con él en el interior de la casa. Estuvieron largo rato. A partir de ese momento Pipo volvió a cambiar. Retornó a la escuela y reanudó sus quehaceres con mayor brío y denuedo que antes, especialmente la instrucción con la espada —recordad que manejaba, a guisa de tal, un palo de madera de roble que Elías le había regalado con tal fin, siendo todavía un niño—. Apenas miraba al cielo ni a la estrella Clara, y cuando lo hacía no lo

hacía de una forma especial: miraba la estrella con la misma emoción que se mira una piedra.

Clara asimiló este cambio con un gran alivio, pues la situación precedente se había vuelto insoportable también para ella; además, era consciente de que la actitud actual de Pipo resultaba sin duda la más conveniente, tanto para él como para ella, e incluso para Teotolcan... Sin embargo, junto al alivio latía en ella una cierta melancolía: como de añoranza de una posibilidad indeciblemente gozosa que fuera alejándose entre las brumas del recuerdo... Y seguía sonriendo.

Fue después de unos meses cuando Carolina llegó a Teotolcan con su familia. Sus padres, mercaderes, habían abandonado el planeta largo tiempo atrás, cuando Carolina ni siquiera había nacido. Ahora regresaban.

—Carolina, un poco más joven que Pipo, era de una belleza extraordinaria. Delgada y esbelta, de larga cabellera negra y grandes ojos de azabache flanqueados por pestañas interminables, su caída de párpados desarmaba al hombre más insensible; su boca sabía dibujar deliciosas sonrisas y encantadores «ohs» de asombro; sus pechos eran más apetecibles que dos frutos tiernos y jugosos... Pero bueno, mejor no entrar en ciertos detalles —se reconvinó el viejo a sí mismo, al observar mi expresión de sumo interés—. Cuando se conocieron en la escuela, la atracción entre

Carolina y Pipo fue instantánea. Ella le obsequió con una caída de párpados particularmente larga, y le preguntó ingenuamente:

—Me han dicho que eres un formidable espadachín... ¿Es verdad?

Como procede en estos casos, Pipo enrojeció hasta la punta de la nariz, y balbució algunas palabras inconexas.

—Bueno, en realidad no... Algo... Vamos, que... Tampoco...

Ella lo escuchaba con aire de concentrado interés y, cuando él cerró el puño y lo lanzó al aire acompañado de un giro de muñeca —en apoyo instintivo de su elocuente explicación sobre el uso de la espada—, ella abrió mucho los ojos alargando sus lindas pestañas y, tras abrir la boca en un «oh» impresionado, se llevó el dedito a la boca como lo haría una niña pequeña... Y entonces fue Pipo el que se quedó boquiabierto.

Al poco tiempo, Pipo empezó a cortejar tímidamente a Carolina. A diferencia de la gran mayoría de los muchachos de su edad, Pipo jamás había vivido un romance terrestre —carecía de toda experiencia erótica—. En realidad era Carolina —más ducha en estas lides— quien guiaba sutilmente sus pasos sin que él se diera cuenta: ya incitándolo a avanzar cuando no se decidía, ya refrenándolo cuando intentaba hacerlo demasiado aprisa.

Clara, por su parte, comprendía que un amor terrenal era lo mejor que podía pasarle a Pipo. Y, sin embargo, si no fuera porque entre los habitantes de las estrellas no es común ese sentimiento, se diría que Clara experimentaba celos de Carolina. Pero seguía sonriendo. Aunque casi se le atraganta la sonrisa el día en que Carolina y Pipo se dieron su primer beso de amor. Al rato, se sorprendió a sí misma sumida en aquel razonamiento algo cruel que una vez había utilizado para dominar su sentimiento hacia Pipo... pero imprimiéndole un sentido inverso: «Yo soy una habitante de las estrellas y ella una criatura terrestre...», y por un momento se imaginó encarnada en criatura física: ¿Sería guapa? ¿Le gustaría a Pipo? Pero desdeñó estas elucubraciones, y siguió sonriendo.

—El tiempo fue pasando, mientras Pipo y Carolina estrechaban sus lazos, hasta que alcanzaron la edad de merecer. Se acercaba, pues, el momento de formalizar su relación prometiéndose como novios...

El viejo se detuvo, miró los rescoldos de la chimenea —ya casi por completo consumidos—, y me miró después. Yo me hice el despistado, pero él no desvió su mirada inquisitiva. Finalmente asumí mi obligación desganadamente.

—Vamos, chicos, a la cama —informé.

III

¿Por dónde íbamos?... Ah, ya... Carolina y Pipo estaban a punto de prometerse.

Los dos sabían que se acercaba este momento, y se habían esforzado en su preparación. Sin embargo, por primera vez a Carolina empezaron a fallarle los cálculos. Hasta entonces, había manejado los cortejos de Pipo con la misma precisión que un relojero suizo el mecanismo de su reloj, consiguiendo que Pipo llegase en cada momento al punto de la relación que ella había decidido previamente —no más adelante, ni más atrás—. Pero hubo al menos dos ocasiones en que ella pensaba que él iba a pedirle su mano... y no lo hizo. Carolina no podía entender qué era lo que fallaba. Todo iba bien hasta el momento crucial: se acaramelaban con actitudes y palabras románticas, hablaban del futuro —ella se cuidaba de sacar el tema—, él adoptaba un aire grave y la miraba solemne... La segunda vez incluso hincó la rodilla en tierra... Abría la boca para hablar... Pero entonces algo —como un nublado— enturbiaba su mirada, contraía el rostro en mueca de dolor... Y desaparecía a grandes pasos sin volver la vista atrás.

El propio Pipo no sabía lo que le pasaba... o no quería saberlo. Le entraban ganas de darse de cabezazos contra la pared por cada ocasión desperdiciada. Temía que Carolina se hartara de su indecisión, y por nada del mundo quería admitir que influyera en él algo sobre lo que se había prometido a sí mismo no volver a pensar jamás.

El mes siguiente Carolina y él, acompañados por unos tíos de ella, iban a subir de excursión a las Dos Hermanas. «A la tercera va la vencida. Esta vez no fallaré.» Y, en cierto sentido, no falló.

Ya en la montaña, a la caída de la tarde, Carolina y Pipo se las arreglaron para despistar a sus tíos y perderse de vista. Era un hermoso crepúsculo, más encarnado que nunca. Carolina se recreaba en él, pero Pipo evitaba mirarlo. En un momento dado, Pipo le dijo:

—Ven. Voy a enseñarte algo.

Y, tomándola de la mano, la llevó junto a su refugio secreto.

Cuando se disponían a entrar, sucedió algo inesperado. Por un momento, se hizo la oscuridad absoluta —como si la estrella Clara se hubiera apagado—; simultáneamente, una ráfaga de aire helado asoló Teotolcan, y se hizo la nieve en la cumbre de las Dos Hermanas. Pero fue sólo la fracción de un instante;

pues, cuando Pipo alzó su mirada —con la misma tensión de un animal salvaje que se revoliera al sentirse alcanzado por una lanza—, la estrella lucía como siempre: Clara seguía sonriendo.

Entraron en la cueva sin más dilaciones. Afuera, Clara sonreía. Pero nunca le había resultado tan duro hacerlo.

Al cabo de un rato, no demasiado largo, Carolina salió del refugio... pero Pipo no iba con ella: salía sola y lloraba a lágrima tendida. Pipo permaneció dentro por espacio de muchos días.

Cuando salió, Pipo fue directamente a su casa. Parecía más viejo. Se reunió con Elías. A raíz de este encuentro, Elías le escribió una carta a un viejo amigo suyo, honorable caballero de los confines de la galaxia, y se la envió mediante un mensajero sideral. Pipo, por su parte, fue hasta casa de Carolina, donde le presentó sus respetos y, sumamente contrito y apenado, puso fin a su noviazgo. Por lo demás, permaneció en casa, con los postigos de las ventanas cerrados.

Al cabo de un tiempo otro mensajero se allegó a casa de Elías: le traía una carta con la respuesta de su querido amigo Amaniel, gran maestro de la orden de la Esperanza; era ésta una de las órdenes más nobles de la caballería espacial, y su sede —donde residía Amaniel— radicaba en el extremo sur de la galaxia —a gran distancia de Teotolcan—. Tras la recepción de esta carta

Elías volvió a reunirse con Pipo. Al día siguiente, Pipo comenzó a hacer los preparativos de viaje.

La víspera de su partida, Pipo ascendió hasta el nacimiento del Canalón.

Sentándose en el mismo peñasco en que antaño le declarase a Clara su amor, volvió a mirarla. Si bien lo hacía con tanta intensidad y fijeza como la primera vez, había una templanza en sus ojos antes inexistente. Rompió a hablar, y lo hizo con voz firme.

—He venido a despedirme de ti, dama de la estrella... mi dama. Jamás podré querer a otra mujer. No como te quiero a ti. Pero tampoco puedo vivir así —se levantó—. Me marcho a la frontera Sur de la galaxia. El gran maestro Amanuel me dispensa el honor de acogerme en su orden, la orden de la Esperanza... Qué ironía... pues la esperanza es precisamente lo que pierdo al abandonar este mundo... —miró en derredor, y luego levantó su mirada— ...Al abandonar tu luz, amada mía. Pero me voy para no volver. He creído que debía decírtelo. Porque quiero que sepas —aunque creo que ya lo sabes— que tenerte allí arriba, vivir bañado por tus dulces rayos, contemplarte... ha sido lo más bonito que me ha sucedido... que podría sucederme jamás.

Adiós, Clara.

Y Pipo descendió de la montaña con paso firme, la mirada inclinada y los ojos empañados. Clara, pese a la hondísima pena que la embargaba, consiguió no dejar de sonreír: pues sabía que si dejaba de hacerlo pondría en serio peligro la decisión y el destino de Pipo, así como el de Teotolcan y el suyo propio.

A la mañana siguiente, poco antes de partir, Elías habló con Pipo en el salón de su casa, dándole los últimos consejos paternos. Mientras tanto, prendió fuego a la chimenea, ante la extrañeza de Pipo, pues no hacía frío. Después le dijo:

—Por cierto, ¿Llevas contigo el palo de roble?

—Sí. No sé por qué, ya que no me va a servir de gran cosa... Supongo que le tengo cariño. Pero en la frontera tendré que hacerme con una espada de verdad.

—Así que no te va a servir de gran cosa, ¿eh? Dime —y los ojos de Elías brillaban con picardía—, ¿nunca has notado nada especial en el palo?

—Bueno... —Pipo reflexionó—. Sí, he notado que parece tener una energía propia, y que cuando logro sintonizar con esa energía, puedo hacer movimientos casi imposibles... A menudo he pensado que jamás empuñaré espada que se ajuste tan bien a mi mano como este querido palo de roble...

Entonces Elías le pidió que lo sacara. Pipo le obedeció. Luego le dijo que lo empuñara a modo de espada —como tantas

veces había hecho— y metiera la punta en las llamas del hogar. Intrigado, Pipo lo hizo. Entonces Elías habló, al tiempo que trazaba arcos y gestos rituales con brazos y manos.

—Centella, tú que llevas largo tiempo dormida, despierta de tu sueño. Ha llegado tu hora. Te empuña la mano para la que has sido hecha. Esta mano, que lleva largo tiempo entendiéndose contigo, ha dejado de ser la mano de un muchacho: es ahora la mano de un hombre que camina al encuentro de su destino. Es tu hora, Centella. ¡Despierta!

El palo, en lugar de quemarse entre las llamas, comenzó a brillar, y a desprender en su torno vivos destellos... Un halo de luminosa energía brotó de su interior... Y de pronto ya no era un palo de roble, sino una refulgente y magnífica espada del más puro irifénix.

Maravillado, Pipo alzó la espada girándola en el aire, y la espada destelló como una centella.

—¡Centella! —exclamó Pipo, como reconociendo a una vieja amiga cuya presencia no hubiera advertido antes, por hallarse encubierta bajo un disfraz.

—El día que te encontré en el nacimiento del Canalón, yo no estaba allí de excursión. Había ido con un propósito: bautizar a Centella, mi mejor obra. Concebí su idea desde muy joven:

una espada al servicio del bien, empuñada por un hombre puro. Sin embargo, no había encontrado a nadie apropiado para ella. Cuando te encontré junto al río, milagrosamente vivo, justo el mismo amanecer en que me disponía a bautizar a Centella, supe que algún día tú la empuñarías —la espada destelló de nuevo, sin que Pipo la moviera, como confirmando las palabras de Elías—. Recuerda que Centella puede presentarse en su aspecto genuino, como flamante espada, o bien adoptar la apariencia de un simple palo de madera de roble: depende de tu voluntad... siempre y cuando ella esté de acuerdo.

Llegó la hora de partir. Era un día triste y lluvioso, de cielo plomizo.

Elías acompañó a Pipo hasta el puerto, y lo despidió con un fuerte abrazo. Se le saltaban las lágrimas, pues sabía que no volvería a verlo.

Pipo se embarcó en un galeón comercial que hacía la ruta del sur. La nave rompió amarras y levantó el vuelo, ascendiendo entre las nubes.

Ya fuera de la atmósfera de Teotolcan, navegando por el espacio estelar, Pipo le dedicó una última mirada a la estrella de su amada Clara.

En los meses que siguieron, Clara no dejó de sonreír. Y aunque, gracias a ello, los habitantes de Teotolcan prosiguieron sus vidas con normalidad, justo es decir que esta vez sí notaron algo anormal: como si la estrella Clara no brillase con tanta luminosidad como antes; incluso en días sin nubes el cielo parecía una pizca mortecino... Y es que la sonrisa de Clara era más impostada de lo que nunca lo había sido; pues ella sentía dentro de sí un vacío irreparable.

Con el tiempo, Clara logró levantar su ánimo, considerando que había sido —el de Pipo y ella— un amor limpio y hermoso que había terminado como debía; pues, de haberse desarrollado de cualquier otra manera, sin duda hubiera provocado males terribles. De manera que la marcha de Pipo, lejos de entristecerla, había de servirle de agradecido consuelo, pues gracias a ésta tanto Pipo como ella misma mantenían salvas e íntegras su dignidad y respectiva condición.

—Pero la sonrisa de Clara ya no volvió a ser la misma. Del mismo modo que Pipo se había marchado convertido en un hombre, Clara, quedándose en su lugar, se había convertido en una mujer. Había madurado, y su sonrisa había madurado con ella; y había en esa sonrisa un levísimo asomo de tristeza, en el que confluían la nostalgia de su amado y el dolor acumulado en aquellos últimos años. Y colorín colorado...

El viejo se calló con gesto cansado. Hundió su mirada en las brasas de la chimenea.

—Pero, ¿cómo? ¿Así termina el cuento? —exclamó uno de los peques.

—¿Y nunca, nunca, nunca volvieron a verse? —lloriqueó Rosita.

Yo mismo interpele al viejo con ansiedad.

—¿Termina así?

El viejo hizo un gesto de mudo asentimiento, generando un clima, por así decirlo, húmedo: pues sin duda se avecinaba una marejada de llantos. Los más pequeños empezaban a hacer pucheros cuando la cara del viejo se distendió en una amplia sonrisa, que desplazó las comisuras de sus labios resecos casi hasta las orejas.

—¿Pero, cómo? ¿Se va a acabar el cuento, así? ¿Justo ahora que empieza la acción? No, muchachos, el cuento todavía no se ha acabado. No ha hecho más que empezar. Pero hoy me siento cansado. Así que, si no os importa, mañana continuamos.

—Ya lo habéis oído, chavales —colaboré con él—. Mañana

más, y mejor. Así que hale, recogíndonos que es gerundio, y al sobre —rematé chasqueando los dedos.

IV

La travesía hasta la frontera Sur duró cerca de un año —recomenzó el viejo vagabundo—, y puede decirse que la actividad de Pipo como caballero de la galaxia empezó ya en dicha travesía —aunque aún no estuviera ordenado—, pues vivieron incontables aventuras, y en varias ocasiones trataron de abordarlos hordas de piratas espaciales. Pipo destacó por su destreza con la espada —de hecho, la leyenda de Centella empezó a forjarse durante ese viaje—, así como por sus dotes naturales para el liderazgo en las situaciones extremas —el galeón en el que viajaba no era un barco de guerra, aunque contara con una nutrida guarnición militar—, unido todo ello a una asombrosa imaginación práctica —ideaba sobre la marcha astutos e imaginativos planes que les sirvieron para salvar el pellejo ante más de un peligro. Por ejemplo, en cierta ocasión en que se encontraban ante el inminente abordaje de unos corsarios, a Pipo se le ocurrió que toda la tripulación se tiznara la cara y las manos con motas de frambuesa roja, simulando que se hallaban aquejados de una epidemia de la temible viruela roja... de tal manera que los corsarios huyeron despavoridos.

Pero la aventura más memorable que vivieron durante la travesía sucedió cuando fueron cercados por tres naves guerreras de los salvajes yakis.

Los yakis eran los guerreros más bárbaros y sanguinarios de toda la galaxia conocida. Procedían de los planetas de las Estepas Heladas, más allá de la frontera Oeste de la galaxia civilizada, donde la nebulosa del Centauro. Se dedicaban a la rapiña y el vandalismo. Sólo sabían vivir guerreando, jamás pactaban con ninguna otra raza ni especie —lo que resultaba un enorme alivio para sus adversarios, pues su ferocidad no conocía límites—, y no respetaban nada ni a nadie: en sus bárbaras incursiones, lo asolaban y quemaban todo, violaban y mataban a las mujeres y los niños... a sus enemigos les cortaban el cuero cabelludo, confeccionándose con sus cabelleras los mantos con los que se cubrían (aunque, dicho sea de paso, para ellos la cabellera de un enemigo sólo tenía valor si se la cortaban cuando éste todavía estaba vivo). Coleccionaban las calaveras de sus víctimas, utilizándolas como recipientes en los que beber el hidromiel —fuerte bebida alcohólica con la que se emborrachaban al retorno de sus sangrientas carnicerías—. La estima de un guerrero yaki entre sus congéneres era proporcional a su colección de calaveras. No poseían ninguna clase de magia, pero asimismo —quizá precisamente por ello—, eran inmunes a toda suerte de hechizos y poderes mágicos. Ahora bien, tenían un par de puntos flacos: por una parte, su desmedida ambición

corría paralela a su innata ferocidad; y, por otra parte, no eran demasiado inteligentes.

—Su arma preferida era el sable, que manejaban con suma destreza e inenarrable crueldad, aunque también eran consumados arqueros. Su aspecto feroz recordaba al de los vikingos terrícolas, con dos salvedades. Una, la menor, era que en lugar de largas melenas y barbas, llevaban el pelo rapado o crestas de vivos colores... La otra, la diferencia mayor, es que los yakis no eran del todo humanos: eran centauros. ¿Sabéis lo que es un centauro?

—Sí —respondí yo en tono experto, como si llevara toda la vida tratando con centauros—. Un centauro es un tipo mitad hombre y mitad caballo.

—Exactamente, amigo. De la cintura para arriba, los centauros son iguales que nosotros; pero, de la cintura para abajo, tienen cuerpo de caballo. A ver cómo os lo explico... Imaginaos que a un caballo le cortáis la cabeza...

Rosita se echó a llorar.

—No, por favor, al caballito lindo no... No le cortéis la cabeza...

—Es de mentira, burra —le aclaró Jorge.

—Bueno, bueno... —rectificó el viejo, compadecido—, no

le cortamos la cabeza, pero se la escondemos... sólo un ratito... el tiempo justo para que comprendáis lo que es un centauro, ¿Vale?

Rosita aceptó con gesto mudo, mientras se enjugaba el llanto.

—De modo que ya tenemos al caballo sin cabeza y sin cuello...

Rosita abrió los ojos espeluznada.

—¿También el cuello?

—Tranquila, tranquila, es sólo por un momento... —el viejo alzó las manos en gesto implorante—. Te prometo que al caballo no le va a pasar nada. Bueno, pues ahora cogemos a un hombre y lo cortamos por la mitad...

El llanto de Rosita resonó por todo el albergue. Jorge le dijo algo al oído, y entonces Rosita enmudeció de nuevo; incluso un asomo de sonrisa apareció en su carita, mientras la última lágrima resbalaba por su mejilla... Me acerqué discretamente a Jorge.

—¿Qué le has dicho? —le pregunté en un susurro.

—Que pensara que el hombre al que le cortan en dos es el profe de Tracas... —me contestó al oído, haciendo pantalla con una mano para que no le oyeran los demás. Muy ingenioso.

Así son los niños: Rosita escuchaba sin inmutarse las andanzas de sanguinarios guerreros como los yakis, violadores de mujeres y niños... Pero cuando el viejo habló de cortarle la cabeza «al caballito» casi se muere de la pena... En fin.

— Bueno —concluyó el viejo—, pues ahora cogemos la mitad de arriba del hombre y la pegamos al cuerpo del caballo, justo donde antes estaba su cuello. Y eso es un centauro. ¿Os queda claro? —tras el asentimiento de los chavales el viejo prosiguió—. Pues los yakis eran centauros. Viajaban en naves espaciales que eran como gigantescos drakkars vikingos...

Antes de seguir con la aventura de los yakis debo hablaros de Cándulo. Desde el principio de la travesía, Pipo hizo muy buenas migas con el grumete que, subido al mástil principal del galeón, trabajaba de vigía: un perillán llamado Cándulo, de vista de lince, vivo ingenio y extraordinaria habilidad en el manejo de puñales y dagas. Pipo, para abreviar, lo llamaba Candi.

Pues bien, un día Candi avistó un drakkar yaki que se aproximaba por el frente, surcando el espacio directamente hacia ellos. Aún se hallaba a gran distancia. Trataron de maniobrar para evitarlo, pero Candi les advirtió que otros dos drakkars se acercaban desde diferentes direcciones, envolviéndolos en un triángulo fatídico que les cortaba toda retirada y se cerraba momento a momento. A Dios gracias, aún se hallaban los

suficientemente lejos como para convocar una reunión de urgencia, a fin de tomar medidas. De manera que Pipo se reunió con los oficiales de la guarnición. Pronto quedó claro que por la vía de las armas no tenían ninguna posibilidad, dada la gran superioridad enemiga. Uno de los oficiales afirmó que, en vista de las circunstancias, y teniendo en cuenta la saña y crueldad extremas de los yakis, la única salida que les quedaba para evitar caer en sus manos era matarse, de la manera menos dolorosa y a la mayor brevedad posible. De esta manera, tendrían al menos una muerte digna y rápida. Y no era la primera vez —ni sería la última— que una tripulación entera se veía abocada a tan drástica decisión. Los restantes oficiales estuvieron de acuerdo. Entonces Pipo requirió la presencia de Candi.

—Veréis, esto es lo que se me ha ocurrido —arrancó Pipo—. Ya sabéis que a los yakis los pierde la codicia. Pues bien, podemos simular que viaja entre nosotros la única hija del gran maestro Amanuel.

—La adorable Griseida... —murmuró uno de los oficiales.

—Eso es, la adorable Griseida. Los yakis saben sin duda que Amanuel pagaría una fortuna con tal de rescatar a su preciosa hija...

—Pero, ¿cómo? —preguntó Candi, rascándose la punta de la nariz con el dedo índice, pues siempre hacía eso cuando algo no le cuadraba—. En el barco sólo hay dos mujeres —se refería a las esposas de dos viejos mercaderes—, y no son precisamente jóvenes...

—¿Para qué habré preguntado? —se quejó Candi malhumoradamente.

—¿Os ocurre algo, adorable Cándula... digo, Griseida? —bromeó Pipo conteniendo la risa. Los oficiales rieron la broma, y Candi enrojció hasta las orejas, apuñalando a Pipo con la mirada. Candi era en verdad un muchacho agraciado; todavía barbilampiño, tras ser maquillado por las mujeres de los mercaderes y ataviado con un fino vestido (entre las mercaderías había hermosas prendas de vestir), pasaba admirablemente por una linda damita.

El plan era el siguiente: Candi se haría pasar por Griseida, y Pipo por su vieja tía; a tal fin se había echado encima una capa negra con capucha que le cubría la cara, y, encogiéndose de hombros, se encorvaba como una vieja, apoyándose en su palo de roble como si fuera un bastón. Los oficiales, disfrazados también con vestidos femeninos y velos que cubrían sus caras, simularían ser las doncellas de Griseida. Los soldados se esconderían en la bodega del galeón, tras los toneles de vino, a la espera de su momento. Siguiendo indicaciones de Pipo, antes de esconderse echaron un brebaje narcótico en los toneles, pues los yakis eran sobradamente amigos de las borracheras. El resto de los pasajeros y la tripulación figurarían formar parte del séquito de la noble Griseida. La estrategia consistía en convencer a los yakis de que Amaniel, el padre de la fingida Griseida, pagaría un rescate considerablemente superior si, junto a ella, podía rescatar asimismo a todo su séquito.

Para entonces, las naves yaquis ya estaban muy próximas. Se acercaban precedidas por los horribles alaridos de los yakis y el furioso golpeteo —clopotoclop— de sus cascos equinos. Ya se les divisaba desde el galeón, dispuestos a lo largo de la borda de cada drakkar: con los sables en alto, los ojos ávidos de sangre, los cascos delanteros de sus cuerpos de caballo apoyados en la borda, impacientes por iniciar el abordaje. El séquito de Griseida, aparentemente desarmado y presa del pánico, los aguardaba en cubierta.

—Va a empezar la función —susurró Pipo—. Ánimo, valientes, y que el viento de la esperanza nos traiga la dicha —concluyó, ya imbuido en su papel de futuro caballero, con una de las máximas favoritas de la orden de la Esperanza.

A continuación Pipo comenzó a clamar a voz en grito, consiguiendo hacerse oír pese al griterío de los yakis. Gritaba como una vieja plañidera —siempre había sido muy hábil imitando voces.

—¡Matadnos! ¡Por los dioses, matadnos a todos! ¡Y hacedlo rápido! ¡Matad especialmente a mi señora, la adorable Griseida! ¡Pues si su señor padre, el honorable Amaniel, se entera de que la dulce Griseida ha caído en manos de los bárbaros, no dudará en entregar su señorío, con todas sus riquezas, para recuperarla! ¡Y no podemos consentir semejante desgracia! ¡Matad a la adorable Griseida! ¡Matadnos a todos, por los dioses!

Ya os he comentado que los yakis no eran muy inteligentes. Cuando Grol, el jefe de la expedición yaki, oyó mencionar la posibilidad de ganar un señorío —y no uno cualquiera, sino el rico señorío de Amanuel—, alzó la mano autoritariamente para imponer el silencio entre sus guerreros. Recapitó unos segundos, y seguidamente vociferó:

—¡Abordad la nave, pero todavía no matéis a nadie!

Los yakis obedecieron, saltando ágil y ruidosamente desde sus drakkars sobre la cubierta del galeón; la cubierta tronó, retembló y por un momento pareció que iba a hundirse, pero finalmente aguantó la carga de los centauros de las Estepas.

Los viajeros del galeón se apiñaban a popa. Detrás, las supuestas doncellas rodeaban a la adorable Griseida, protegiéndola a la par que ocultándola. Junto al grupo, Pipo seguía suplicando a viva voz, como una vieja histérica, que les diesen muerte a todos.

Grol se abrió paso hasta ellos.

—¡Tú, espantajo, cierra la boca! —y le propinó a Pipo un tremendo puñetazo, derribándolo como a un muñeco de trapo. Seguidamente se encaró al coro de doncellas— ¡Y vosotras, hatajo de guarras, quitaos de enmedio!

Pipo tuvo que hacer uso de toda su templanza para contenerse. Las doncellas se apartaron, quedando Griseida a la vista de Grol. Un velo cubría su cara. Grol se lo arrancó de un manotazo.

Candi temblaba de pavor. Y, la verdad, en ese momento no fingía en absoluto.

—Vaya... así que esta monada va a hacerme rico.

—Muy rico —matizó Pipo con voz de vieja y tono de infinito pesar, al tiempo que se incorporaba del suelo, cuidando de no descubrir su rostro—. Es la única hija del noble Amaniel, y su padre la quiere con locura: daría lo que fuera por volver a verla con vida.

—Está bien... —admitió Grol—. Pero los demás no me sirven de nada. ¡Matadlos!

—¡Un momento! —imploró Pipo—. Mi señor, podéis incrementar en gran medida el precio del rescate si conserváis al séquito de Griseida con vida. Estas doncellas, las doncellas personales de Griseida, son hijas de los más nobles caballeros de la galaxia... Y toda esta gente son nobles o artistas de primera categoría...

Grol se acarició el mentón con la mano, sopesando los argumentos de Pipo.

—De acuerdo... Pero tú sí que no me sirves de nada, vieja morralla —y alzó el sable para asestarle a Pipo un golpe

definitivo... Entonces Griseida rompió su silencio. Candi habló con voz de falsete para no delatarse.

—¡No, por favor! ¡No matéis a mi tía! ¡A mi señor padre se le partiría el corazón si se enterase de que habéis matado a su querida hermana!

—¿La hermana de...? ¡Que me aspen! —Grol reflexionó durante unos instantes, valorando el alcance de la situación—. ¡Condenación! Es evidente que no podemos cometer un saqueo sin matar a nadie: nos convertiríamos en el hazmerreír de nuestros congéneres... Además, debemos aumentar nuestra colección de calaveras... Pero el rescate... —en su ánimo pujaban con idéntico brío la ambición y la sed de sangre. Mientras dudaba se fijó detenidamente en Griseida—. Bueno, más adelante decidiré a quién matamos. Por el momento, sólo tengo clara una cosa: el viejo Amanuel volverá a ver a su querida hijita con vida, siempre y cuando me dé lo que voy a pedirle, pero antes... ¡La probaré! —y, al afirmar esto último, los ojos de Grol brillaron con indisimulada lascivia. La mano de Pipo se crispó en torno a su palo de roble: ¡No habían contado con semejante contratiempo! La cara de Candi se contrajo en una mueca de horror y de asco—. ¡Vamos! ¡Al camarote del capitán! ¡Encerrad a los demás!

Candi empezó a caminar delante de Grol con el mismo ánimo de un cordero que va derecho al matadero. A los demás los encerraron en los camarotes del pasaje.

—¡Que nadie me moleste! —rugió Grol cuando Candi hubo entrado en el camarote del capitán. Y entró tras él, prometiéndoselas felices.

Pipo estaba desesperado. Se sentía culpable. «Ahora descubriré que Candi es un chico y se percatará del ardid. Y pensar que yo mismo lo he precipitado en los brazos de esa bestia...» De pronto palideció. «Estos salvajes no respetan nada ni a nadie... ¡Voto a bríos! Violan incluso a los niños... ¡Y tiene el cuerpo de un caballo!»

—¿Y qué pasa porque tenga el cuerpo de un caballo? —objetó Rosita, ofendida porque alguien pudiera sugerir que tener el cuerpo de un caballo pudiera ser malo.

—¿No comprendes, tonta? ¡Lo va a matar a coces! —le informó Jorge.

—Tonto lo serás tú... ¡Retonto!

Yo sí comprendía, pues en más de una ocasión había visto a un caballo montar una yegua. Crucé una mirada de comprensión con el vagabundo, acompañada con un gesto de «¡Buf!». Él reanudó su relato.

Entonces Pipo dijo a los oficiales:

—No podemos esperar más. Hay que sacar a Candi de las

garras de ese canalla —y alzó el palo de roble, que empezó a refulgir emitiendo destellos...

Pero entonces oyeron a Candi, hablando con voz de falsete.

—Dice vuestro jefe Grol que traigáis a mi tía y mis doncellas para que me ayuden a vestirme.

El palo dejó de resplandecer, y Pipo se apoyó nuevamente en él como si fuera un bastón, retornando a su papel de vieja cascarrabias. Se abrió la puerta del camarote en que estaban encerrados. Un grupo de yakis los escoltó hasta el camarote del capitán. Uno de ellos alargó la mano hacia una de las doncellas con la intención de propasarse.

—Grol estará encantado de saber que sus hombres catan el botín antes de que lo haya hecho él —comentó ásperamente Pipo. El yaki retiró la mano como si le hubieran pegado un latigazo en ella.

Entraron en el camarote. Grol parecía dormir plácidamente sobre la cama del capitán. Candi estaba en la esquina opuesta, temblando.

—No llegó a tocarme —dijo, mostrándoles un puñal que siempre llevaba consigo: estaba manchado de sangre.

Al cabo de un rato, la cabecita de Griseida asomó por la puerta del camarote.

—Dice vuestro jefe Grol que hagáis llamar a los capitanes de las naves, pues quiere reunirse inmediatamente con ellos.

—¿Acaso no tiene boca para decírnoslo él? —replicó uno de los yakis con la mosca detrás de la oreja. Al momento se oyó en el interior del camarote el clopclop enfurecido de unos cascos.

—¡¿Cómo te atreves, gusano?! —el yaki dio un respingo.

—Perdona, Grol. Tus deseos son órdenes —y salió pitando en busca de los oficiales yakis. Dentro del camarote, Pipo y sus compañeros respiraron aliviados: Pipo había imitado la voz de Grol lo suficientemente bien, mientras los oficiales golpeaban el suelo con los cascos del fenecido Grol.

—Ah, por cierto —concluyó la adorable Griseida, antes de desaparecer tras la puerta del camarote—, Grol me ha dicho también que podéis emborracharos. Pero —y apuntó con el dedo a los yakis presentes— que no se os ocurra tocarle un pelo a nadie de mi séquito.

Los capitanes, en efecto, fueron a reunirse con Grol; pues, nada más llegar y atravesar la puerta del camarote, se encontraron, como aquél, durmiendo el sueño eterno. El resto de los yakis se dedicó a beber del modo en que acostumbraban a hacerlo; es decir, sin ninguna medida. De manera que al cabo de un tiempo la mitad de ellos se había hundido en el más profundo

de los sueños —gracias al narcótico puesto en el vino por los soldados—. Los restantes yakis, borrachos perdidos, apenas tuvieron tiempo de reaccionar cuando Pipo, los oficiales y los soldados entraron en acción.

Los pocos yakis que sobrevivieron regresaron a sus tierras con el rabo entre las piernas. Cuando Argh, el rey de los yakis, se enteró por ellos de lo ocurrido, los mandó desollar vivos: «Por ineptos o por cobardes, o por las dos cosas a la vez —razonó—. Ya que no pudieron vencer en combate, deberían haber perecido en él.» Además, juró vengar algún día la afrenta infligida por Pipo —pues Grol era sobrino carnal de Argh.

Y así acabó el abordaje de los yakis.

La travesía siguió su curso, hasta que un buen día Candi anunció:

—¡Abbraláin a la vista! —y todos, tanto pasajeros como tripulantes, se asomaron a mirar: pues Abbraláin era el planeta fronterizo en que residían Amanuel y los caballeros de la orden de la Esperanza. Al fin llegaban al término de su viaje.

—¡Aoooum! —bostezó el viejo—. Y nosotros hemos llegado al término de nuestro cuento... —caritas alarmadas de los peques— ...por hoy —respiros de alivio—. Mañana seguiremos.

V

¿Por dónde íbamos? —preguntó el viejo, mientras extendía las palmas de sus manos al calor de la lumbre. Los chavales se arremolinaron inquietos.

—¡Estamos llegando a Abbraláin! —recordó Blanca.

—Sí... ¡Donde vivo yo, Amanuel, Granmestre de los caballeros! —informó Jorge, sacando pecho.

Empezó la revolución. Cada uno de los niños quería ser algún personaje; y, como suele ocurrir, se peleaban por quedarse con los personajes más apetecibles.

—¡Yo soy Clara! ¡Yo soy Clara! ¡Porque la Seño siempre me dice que soy un ángel —argumentaba Rosita—, y el otro día me dijo el cura que soy un sol!

—¡Pues yo soy el jefe de los yakis y os voy a cortar a todos la cabellera! —repuso Raúl, más revoltoso que el diablo de Tasmania, al tiempo que empezaba a tirarle del pelo a Jorge...

Tuve que poner orden.

—Basta de tonterías, enanos... —comencé—, ¡...o el caballero Pipo va a tener que daros una lección! —concluí, mientras echaba mano del bastón del viejo (que descansaba en su regazo) y lo alzaba amenazante.

—Ten cuidado, no vayas a hacernos daño... o a hacértelo tú —me advirtió el viejo. Un poco avergonzado, le devolví el báculo—. Gracias. Me viene bien para recorrer los caminos. Bueno, así que estábamos llegando a Abbraláin: cuna de la ancestral orden de la Esperanza, baluarte de la frontera Sur de la galaxia civilizada...

Las nevadas montañas, los frondosos bosques, los cristalinos lagos, las verdes campiñas y las florestas multicolores deleitaban su vista. Por todas partes, escuadrones de caballeros —bien a pie, bien a lomo de briosos corceles— realizaban sus ejercicios de entrenamiento: lucha con la espada, justas con la lanza, encantamientos con magos... A Pipo se le hacía la boca agua.

Pusieron proa a Mirabilia, la capital de Abbraláin, donde se alzaba el imponente castillo de siete torreones en que vivía Amanuel, con la intención de aterrizar en su magnífico puerto. A medida que se acercaban distinguieron al insigne gran maestro, saludándolos desde lo alto del torreón más alto. Fuegos artificiales iluminaron el firmamento, y siete flamantes carabelas zarparon y se allegaron hasta el galeón para darles la bienvenida, escoltándolos hasta el puerto.

Cuando hubieron aterrizado, Pipo fue despidiéndose uno por uno de todos los viajeros del galeón, abrazándolos con emoción —pues habían compartido experiencias y peligros sin cuento.

Reservó la despedida de Candi para el final. Al acercarse a éste, lo encontró sollozante.

—¿Qué te pasa, Candi?

—Nada... que ya no volveremos a vernos —contestó Candi tragándose a duras penas las lágrimas.

—Ya. Pero eso es porque tú amas la marina mercante, y te empeñas en seguir en ella. Cuando yo sea un caballero, necesitaré un escudero... Pero claro, tú no querías ser mi escudero, ¿verdad?

A Candi se le iluminaron los ojos y, dando un salto de alegría, se abrazó a Pipo.

Se encaminaron al castillo de Amanuel. El propio gran maestre salió a recibirlos, acompañado de su consorte, la noble Adelaida, y su hija, la adorable Griseida. Amanuel frisaba la sesentena, era de complexión robusta y lucía barba gris. Su aspecto campechano desdecía la grandilocuencia de su título. Pipo inclinó humildemente la cerviz ante Amanuel, pero éste se saltó el protocolo.

—Déjate de ceremonias y dame un abrazo, muchacho —Pipo le obedeció gustoso—. Lo conozco desde que era un crío —explicó a su mujer y su hija—; todavía me acuerdo de cuando le di sus primeras lecciones con la espada... ¿Qué tal tu padre, el viejo Elías?

—Bien. Os envía recuerdos, a tu familia y a ti... y un presente —dijo, y acto seguido le entregó una magnífica espada.

Tras recibir con entusiasmo el regalo, Amaniel le presentó a su familia. Griseida era en verdad adorable. Tenía la misma edad de Candi, y éste la miraba embelesado. Pipo se dio cuenta y, echándolo hacia delante apoyando una mano en su espalda, procedió a su presentación.

—Éste es el intrépido Cándulo, Candi para los amigos. Espero que llegue a ser mi escudero... si es que yo llego a ser caballero —Candi sólo tenía ojos para Griseida, aunque enrojeció como un tomate al presentarlo Pipo. Pese a su azoramiento, hincó una rodilla en tierra y besó la mano de Griseida, quien también enrojeció, por no estar acostumbrada a este tratamiento.

—A... a vuestra disposición —logró articular Candi.

Griseida enrojeció y bajó la vista, pero luego la alzó de nuevo y, fijando sus ojos en los de Candi, sonrió con dulzura.

—Encantada. Pero levantaos, por favor.

Pipo, algo temeroso por la iniciativa de Candi, miró de reojo a Amanuel, quien contemplaba la escena sorprendido. Pero sus labios se distendieron en una amplia sonrisa.

—¡Qué galante! —bromeó. Seguidamente se volvió a Pipo—. Pero vendréis cansados y hambrientos del viaje. Venid y comeremos algo.

Accedieron al salón de la Corte. Era una enorme estancia circular, con grandes ventanales que lo bañaban de luz. En el centro se alzaba una especie de altar, sobre el cual oscilaba, suspendida en el aire, una llama incombustible: la llama de la Esperanza. Candi, maravillado, no daba crédito a sus ojos: en la parte central, exhibiendo sus artes diversas, había saltimbanquis, malabaristas, tragafuegos comiéndose sables incendiados, juglares con su laúd, arlequines y bufones... Cada artista o pequeño grupo de tales ofrecía su espectáculo a varias damas y caballeros. Pues una gigantesca mesa circular circundaba la parte exterior del salón, y a su torno estaban sentados los caballeros —con sus relucientes armaduras— y las damas —con sus preciosos vestidos—, orientados hacia el interior.

Ocuparon sus respectivos asientos. Durante la cena, Pipo fue contándole a Amanuel las peripecias de la travesía. Cuando

relató la aventura de los yakis se recreó en la caracterización de Candi como Griseida. Adelaida y Amaniel se tronchaban de risa; pero, al detallar su actuación decisiva para el éxito del plan, Griseida no pudo reprimir una mirada a Candi de encendida admiración. Candi aparentó no percibirlo; sin embargo, se sentaba muy erguido y sacaba pecho todo lo que podía.

Al día siguiente, Amaniel procedió a la presentación formal de Pipo ante los caballeros de la orden. También le presentó informalmente a diversos caballeros, algunos de los cuales habían de ser sus maestros. Luego se lo llevó a dar una vuelta, con la excusa de enseñarle Mirabilia.

—Muchacho, tu instrucción va a ser más rápida de lo que sería conveniente —le informó, una vez que caminaban a solas—. Necesitamos con urgencia brazos fuertes al servicio de nuestra causa. Las fuerzas de la oscuridad están pegando con fuerza. ¿Has oído hablar de Sinluz, el amo del reino Sombrío, señor de los horizontes tenebrosos? —Pipo negó con la cabeza—. Pues ya puedes ir acostumbrándote, porque a partir de ahora encontrarás noticias tuyas hasta en la sopa. Y siempre malas. Verás... Nadie sabe a ciencia cierta de dónde procede Sinluz, aunque se cree que es tan antiguo como las más viejas de las estrellas. Una vieja leyenda cuenta que, allá por el principio de los tiempos, Sinluz era el hijo predilecto del Señor de las estrellas. Por aquel entonces, supongo, no se llamaba así... Pero un día se alzó contra su padre.

La rebelión de Sinluz, dice la leyenda, desencadenó una guerra terrible entre los habitantes de las estrellas. Mundos, incluso galaxias enteras, desaparecieron del universo, desintegradas por completo; mientras que otras nacieron... Finalmente, el Señor de las estrellas aplacó la rebelión. A Sinluz y sus seguidores les fue arrebatada la luz: quedaron convertidos en agujeros negros.

—¿Sabeis lo que es un agujero negro? —se interrumpió el viejo vagabundo.

—¡Yo sí! ¡Yo sí! —exclamó Rosita levantando la mano como si estuviera en la escuela. Los demás la miramos incrédulos. Ella se azoró, pero se recompuso a tiempo—. Es... es un agujero... un agujero así... —hizo un redondel con la mano— ... y es muuu... muy negro... negro, negrísimo... ¡Y lo miras y no se ve nada por él! —remató, llevándose la mano al ojo y mirando a través del redondel.

—Muy bien, eso es —apostilló el viejo, acallando un incipiente rumor burlón—. Un agujero negro en realidad es muy pequeño: sólo un punto. Y se le llama negro porque no recibe nada de luz; es más, no sólo no recibe ni refleja la luz: sino que la devora. Y también devora todo lo que se acerca a él. Imaginaos un imán muy potente, potentísimo. Si acercáis un pedazo de metal hasta introducirlo en su área de influencia magnética, el imán lo atraerá hasta unirlo a sí; pues lo mismo hace el agujero negro con la materia: y cuando consigue atraerla hacia sí, la materia cae en el agujero y desaparece. Por esto

dicen los físicos terrícolas que los agujeros negros están hechos de antimateria. Pero, en fin, sigamos con nuestra historia. Amanuel estaba terminando de contarle a Pipo la leyenda de Sinluz:

—A Sinluz y sus seguidores les fue arrebatada toda luz: quedaron convertidos en agujeros negros. Quizá te preguntes qué relación tiene esta vieja leyenda con nuestra galaxia. Pues bien: tenemos constancia de que, en los últimos tiempos, los agujeros negros se están multiplicando por la galaxia, amenazando la existencia de todos los que vivimos en ella. Ya han desaparecido planetas enteros, devorados por agujeros negros. El procedimiento es siempre parecido: extraños visitantes, con intenciones aparentemente pacíficas o abiertamente hostiles, van instalándose en un mundo. Poco a poco, este mundo va transformándose: la luz de su atmósfera se debilita y decae el ánimo de sus habitantes, a la par que crece el poder y la presencia de los invasores. Hasta que se hacen con el dominio total del mundo, y los habitantes originales pierden la esperanza y la alegría de vivir. Entonces, no sabemos exactamente de qué manera, brota un nuevo agujero negro. Hay varias características que comparten todos estos invasores: practican la magia negra, y —todos sin excepción— adoran a Sinluz como su dios y señor. Aunque ninguno de nosotros ha visto a Sinluz —de hecho, no creo que las criaturas terrestres podamos verlo, o al menos, vivir para contarlo—, sí podemos

ver a sus devotos, y sin duda padecemos las consecuencias de su abominable adoración. Estos vasallos del reino Sombrío resultan repugnantes a la vista, pues, aunque pueden ser incluso hermosos, tienen algo... O más bien, no lo tienen: es como si careciesen de alma. Pues bien: recientemente hemos descubierto un foco de infección allende nuestra frontera, en un pequeño mundo llamado Bilón —suelen escoger pequeños mundos para maniobrar a sus anchas—. Creemos que los adoradores de Sinluz están preparando allí el advenimiento de otro agujero negro; lo cual significaría la destrucción, a medio plazo, del sur de la galaxia... y quién sabe si, a largo plazo, la desaparición de la galaxia entera.

Amaniel se detuvo, tomando aliento tras su larga explicación. Pipo se había quedado muy serio.

—Pero aún es pronto para entrar en más detalles. Ahora ven: quiero que conozcas a alguien.

Echaron a andar hacia las afueras de Mirabilia. Al rato salieron de la ciudad. Descendían hacia un valle, aproximándose al río Beo, que habían de cruzar para proseguir su camino, por lo que se encaminaron al puente. Los pilares de éste eran de piedra, pero su calzada estaba construida con tablones de madera. En ese momento, una cuadrilla de obreros franqueaba el puente. Llevaban una carreta tirada por dos bueyes. Los bueyes apenas

podían con la carreta, porque estaba llena de grandes y pesadas losas de piedra, y mugían quejumbrosos. De pronto, uno de los tablones de madera —quizá carcomido o agrietado— cedió bajo el peso de las ruedas traseras de la carreta y se resquebrajó: las ruedas quedaron atrapadas en el hueco y las losas empezaron a deslizarse, amenazando con desplomarse. Por más que tiraban, los bueyes no eran capaces de desatascar la carreta. Por otra parte, los obreros no se atrevían a detener la inminente caída de las losas, pues éstas sin duda los aplastarían. Entonces un hombretón alto y fornido que también cruzaba el puente se abalanzó al extremo trasero de la carreta y, sustentado sus grandes pies en el tablón anterior al que había cedido, alzó en vilo la parte trasera de la carreta sin esfuerzo aparente, sirviéndose tan sólo de sus dos brazos.

—Tendréis que descargar las losas una a una, y llevarlas a pie hasta el otro lado del puente, hasta que la carreta quede lo suficientemente aligerada —indicó el coloso a los obreros, quienes, impresionados, asintieron y obedecieron, poniéndose de inmediato manos a la obra: pese a que eran hombres musculosos, sólo podían transportar una losa entre dos hombres cada vez. El hombretón seguía sosteniendo el carro en el aire sin inmutarse.

—Increíble... —murmuró Amanuel.

—Voy a ayudar a ese hombre —afirmó Pipo, disponiéndose a la acción—, pues es imposible que aguante así mucho rato.

Pipo se situó junto a él y trató de ayudarlo a sostener la carreta, pero notó que su contribución no alteraba en nada la situación: él solo no hubiera podido ni menearla, y en cambio el hombretón la sostenía tranquilamente. Le sacaba una cabeza de altura, y al menos dos de anchura. Reparó en Pipo.

— Hombre, gracias. ¿Cómo te llamas?

— Pipo. Pipo de Teotolcan. ¿Y tú?

— Rolando. Rolando de Brumaria. Aunque aquí me dicen Rolando de las montañas. Encantado.

Pipo se quedó asombrado cuando Rolando le tendió la mano: pues seguía sosteniendo tranquilamente el carro con la otra sin siquiera alterar la expresión. Rolando le dio un apretón de manos que casi le rompe los dedos.

Al fin los obreros terminaron la descarga y se llevaron el carro. Rolando les aconsejó no cargarlo tanto de nuevo. Luego miró el puente.

— Conviene reparar eso. ¿Alguien tiene un hacha?

Uno de los obreros le tendió una. Rolando derribó un árbol cercano —que estaba seco—. de un solo tajo; con cuatro tajos más obtuvo un sólido tablón, que asentó en el hueco abierto por el tablón que se había resquebrajado. Para terminar, en cuestión

de segundos desmenuzó el resto del árbol, reduciéndolo a astillas y pedazos, y los metió en un saco.

— Servirá de leña para el invierno.

Entonces vio a Amaniel.

— Caramba, pero si está aquí el gran honorable... —avanzó hacia él con una sonrisa de oreja a oreja y le tendió la mano—. Qué tal, viejo, cómo te va...

Pipo pegó un respingo al oír cómo Rolando se dirigía a Amaniel, pero éste le devolvió la efusiva sonrisa e intercambió con él un caluroso apretón de manos.

— Qué hay, pequeñín, cómo estás... Precisamente quería presentarte a Pipo. Aunque he visto que ya os habéis presentado vosotros.

— Sí... Buena gente —afirmó Rolando, sacudiéndole a Pipo una amistosa palmadita en la espalda que casi se la rompe.

Rolando procedía del otro confín de la galaxia: los planetas montañosos del Norte. Eran planetas llenos de bruma, lluvias, montañas, verde vegetación y vacas pastando. Sus gentes se dedicaban al ganado y al pastoreo, aunque la tribu a la que pertenecía Rolando —conocida como la tribu de los

montaraces— se distinguía por su carácter indómito y la intrepidez en la lucha. Eran gentes hospitalarias y bienhumoradas, que gustaban de la danza y la música, la cual cultivaban con unos instrumentos llamados gaitas. Su magia era muy primitiva; allí los magos recibían el nombre de druidas y vivían en los bosques: dominaban el alfabeto de los árboles y así se comunicaban con las entidades arbóreas. También podían hablar con toda clase de pájaros.

El difunto padre de Rolando fue uno de los mejores guerreros de la galaxia, y combatió en batallas memorables junto a Amaniel. Antes de morir había instruido a su hijo en la lucha y los arcanos de la magia montaraz.

Como Pipo, Rolandito también disponía de un arma mágica; pero no se trataba de una espada. Aunque habitualmente parecía una simple clava de roble, ante la contienda se transformaba en una maza, de cuyo extremo pendía una corta cadena que terminaba en una enorme bola de hierro con pinchos.

—Rolando llegó hace un par de días —informó Amaniel a Pipo—. Haréis el ingreso formal en la orden el mismo día. Seréis, pues, compañeros de instrucción; pero, además, seréis también compañeros de habitación, pues al ingresar os alojaréis en la misma celda.

—¿No roncarás por las noches? —preguntó Rolando a Pipo con cara de alarma.

—Creo que no... —se defendió Pipo—. Al menos, hasta ahora nadie me ha dado noticia de ello.

—No te preocupes... Aunque lo hicieras, ¡mis ronquidos disimularían los tuyos! —y lanzó una gran risotada. Su risa era descomunal como su tamaño.

—Sería un bonito gesto de tu parte.

—Quienes han dormido cerca de mí aseguran que mi forma de roncar es similar al rugido de un tigre dientes de sable.

—Me muero de curiosidad por comprobarlo... cuando lo haga, espero no morirme de sueño —Pipo se volvió a Amaniel—. Gran maestro, estoy seguro de que Rolandito y yo haremos buenas migas...

—¡Rolandito! ¡Tiene gracia! ¡Ja, ja, ja...! —rió Rolando, atizándole a Pipo otra amistosa palmadita de las suyas en la espalda. Pipo lo apuñaló con la mirada.

Sin embargo, pese a los antológicos ronquidos de Rolando, Pipo y él efectivamente hicieron buenas migas, convirtiéndose en amigos inseparables y compañeros de aventuras sin número ni cuento. Durante el período de instrucción fueron los dos alumnos más aventajados. En las pruebas de fortaleza física, Rolando no tenía rival. Pipo destacó especialmente en el uso de la espada y el desarrollo de estrategias militares. En combate, ambos eran inigualables...

—¡Yo quiero hacer las pruebas para hacerme caballero andante! —exclamó Jorge interrumpiendo el relato del viejo.

—¡Y yo! ¡Y yo! ¡Yo también! —clamaron los restantes pequeñuelos.

—¿De veras? Muy bien. Celebraremos la primera prueba ahora mismo —el viejo los miró con cara muy seria. Los enanos se pusieron asimismo muy serios, y esperaban que continuase un tanto sobrecogidos—. Tenéis que... iros a la cama ahora mismo. El que antes se duerma gana más puntos.

La decepción se pintó en sus caritas, y, como de costumbre, se hicieron los remolones. Cada vez me caía mejor el viejo éste. Conteniendo la risa, los puse a desfilar.

—A la cama, caballeros andantes. Vamos... ¡a galope tendido!

VI

¿Por donde andábamos? Ah, ya, estábamos por cuando Pipo y su amigo Rolandito ya habían ingresado en la orden de la Esperanza, pero aún no habían sido investidos caballeros...

Pero, entre tanto, durante todo este tiempo, ¿Qué había sido de Clara, nuestra dama de la estrella, así como de Teotolcan, el pequeño planeta donde nació Pipo?

Al principio, como ya os dije, Clara lo pasó muy mal durante la ausencia de Pipo. Pero luego, como también os dije, Clara concluyó que esta ausencia resultaba antes un consuelo que una desgracia; pues sin duda era lo mejor para todos. Así que, con el paso del tiempo, Clara se repuso de su tristeza —si bien no olvidó nunca a Pipo—, y su estrella volvió a brillar en todo su esplendor —un esplendor no exento, sin embargo, de un matiz de melancolía que, no sólo no menoscababa aquél, sino que, por el contrario, acentuaba su hermosura; de hecho, cuentan que jamás se vieron en Teotolcan amaneceres y crepúsculos tan bonitos como los del período al que me estoy refiriendo.

De manera que Clara seguía sonriendo, y la vida seguía transcurriendo apaciblemente en Teotolcan...

Quien, sin embargo, no se recuperó del abandono de Pipo fue Carolina... La muchacha de largas pestañas que fue su novia, ¿Os acordáis? Pipo estuvo a punto de casarse con ella pero, al comprobar que seguía enamorado de Clara, rompió el noviazgo, poco antes de embarcarse rumbo a Abraláin... Pues bien, después de que Pipo pusiera término a su relación, Carolina cayó en una profunda depresión: tenía el orgullo herido y el corazón roto. Es difícil saber, a tenor de lo que sucedió posteriormente, qué fue lo que le causó más daño: si su orgullo o su corazón.

El caso es que no quería ver a nadie y se negaba a salir de su habitación, sumiéndose en un estado de apatía total. Sus padres, sumamente afligidos y preocupados, intentaban ayudar sin éxito a su única hija. Estuvo así una larga temporada —hasta bastante después de la marcha de Pipo—. Pero al cabo, sin que se sepa muy bien de qué manera, comenzó a cultivar una afición que antes nunca había practicado, y esta afición la hizo reaccionar, retornando a la vida activa. Sus padres, al percatarse de que algo despertaba su interés sacándola de la apatía, incentivaron esta dedicación con la mejor de las intenciones. Lo que había despertado el interés de Carolina, su nueva afición, era la magia.

Con el tiempo, la magia para Carolina fue transformándose

de afición en pasión; y, posteriormente, devino obsesión: finalmente ya sólo vivía por y para la magia. Al principio, comenzó iniciándose en los secretos de las artes ocultas por su cuenta, consultando libros de hechizos y sortilegios que encontraba, bien en la biblioteca de su padre, bien en colecciones públicas o privadas de libros.

Después, empezó a dar clases con diferentes maestros de la magia teotolcanecos. Mostraba un apetito voraz de conocimientos, nunca se saciaba, quería aprender más y más. Hasta el punto de que sus padres, inicialmente aliviados, empezaron a preocuparse seriamente de nuevo, pues percibían en esta práctica compulsiva un no se qué tan insano y peligroso como su anterior actitud, si no más.

Carolina superaba ya con creces en las artes esotéricas a la mayoría de los maestros del pequeño planeta, así que se puso a recibir clases del más prestigioso mago de Teotolcan.

A los pocos días, el mago se reunió confidencialmente con sus padres, y les aconsejó severamente prohibirla seguir ejercitándose en la magia. «Tiene peligrosas inclinaciones y un potencial oscuro se agita en su interior.»

Al día siguiente, el mago había desaparecido misteriosamente de su residencia, y en su lugar se encontró, ataviado con su túnica

de mago... ¡A un cerdo! Del mago nunca más se supo. Los padres comenzaron entonces a temer no sólo por la salud de su hija... sino también por la suya propia: pues Carolina se había vuelto caprichosa y despótica, y a todo aquél que contrariaba sus deseos le acaecían sucesos extraños y desafortunados, a menudo de difícil explicación —cuando no desaparecía misteriosamente.

Pero volvamos a Abraláin, donde Pipo y Rolando proseguían su instrucción con vistas a su nombramiento como caballeros.

Una de las aventuras que hizo época en Abraláin fue la épica pelea entre Pipo y Rolando. Fue la primera y última vez que pelearon entre sí, pues siempre, incluso en los entrenamientos y justas, habían rehuido hacerlo.

El caso es que Rolando se había enamorado perdidamente de una linda damisela llamada Rosalinda. Bebía los vientos por ella, y después de beberlos diríase que los expulsaba —pues lanzaba hondos suspiros que provocaban auténticos vendavales por toda la región—. De manera que empezó a rondarla, pero ella se hacía la desentendida, hasta que acabó prometiéndola que haría lo que ella le pidiera con tal de obtener el favor de su atención: así le pidiera la luna de Farundalaia —la más hermosa de todas las lunas de la galaxia, muy parecida a la nuestra—, él se la traería a rastras. Rosalinda no era tan caprichosa como para pedirle la luna, pero no os creáis que se quedó

corta. El río Beo —en su franja más caudalosa— dicurría lo suficientemente alejado de su hacienda como para que, cada vez que la pobre Rosalinda quería bañarse en sus limpias y frescas aguas, tuviera que pegarse una buena caminata... Así que le pidió a Rolando que desviara el curso de este río para que pasara por sus tierras.

Sin reparar en las consecuencias, Rolando se aprestó a la tarea, jurándola que en no más de un día habría terminado. Ahora bien: semejante desvío alteraba el curso natural en la vida de los lugareños, pues dejaría sin riego muchas tierras de labranza y, en cambio, regaría otras que no estaban pensadas para el cultivo.

Los compañeros de Rolando trataron de hacerle entrar en razón —así como muchos entre los mismos caballeros—, pero él, obcecado en su demostración de amor, no atendía a razones: se los fue quitando de enmedio como quien aparta moscas de un manotazo, sin apenas interrumpir su labor: tras cavar una larga y profunda zanja, que arrancaba de la ribera del río y llegaba hasta un lago cercano, procedió a trasladar gigantescos pedruscos hasta la orilla del Beo, con el fin de obstruir su curso natural. La propia Rosalinda, suficientemente impresionada, intentó hacerle desistir de su empeño, insistiéndole en que su petición había sido una broma... y que saldría con él a pasear de su brazo. Pero Rolando replicó que, ya que había empezado, ahora nada le detendría.

Los caballeros recurrieron a Amanuel, pidiéndole que hiciera valer su autoridad sobre Rolando... Pero Amanuel, que disfrutaba como un enano ante la situación, replicó divertido —y con ironía, pues además de gran maestro era un fantástico luchador— que ya estaba mayor para recibir un vapuleo...

—Esto ya pasa de castaño oscuro —se dijo Pipo, decidiendo al fin interponerse en el camino de Rolando. Así que, cuando éste estaba descargando un pedrusco, se encaró a él. Rolando terminó la descarga y al darse la vuelta lo encontró enfrente suyo, mirándolo muy serio.

—¿Tú también...? Aparta, estoy ocupado —y lo apartó de un manotazo en el pecho que lanzó a Pipo por los aires. Pipo se estrelló contra un montón de balas de paja, a unas decenas de metros.

Cuando Rolando regresaba a la cantera para acarrear otro pedrusco, se encontró con que, a la entrada de aquélla, Pipo le cerraba el paso, blandiendo admonitoriamente su palo de roble.

—¿Se puede saber qué haces? —le espetó Rolando.

—Eso digo yo —le replicó Pipo—. ¿Se puede saber qué haces, aparte del tonto?

—Yo te he preguntado primero —repuso Rolando ceñudo, pronto a encorajinarse.

—Bien, entonces te responderé. Voy a impedir que sigas haciendo el tonto.

—¿Tú? ¡Ja! —Pipo alzó su palo y comenzó a girarlo mediante un hábil juego de muñeca—. Oye... ¿No pretenderás usar eso contra mí?

—Sólo como estaca... ¡Porque te mereces un par de estacazos! —y remató la frase atizándole uno en la frente. Rolandito resopló, y su resoplido sonó como el bufido de un toro.

—Tú lo has querido —y, adoptando guardia de púgil, avanzó resuelto hacia Pipo.

Durante dos días seguidos, pues ambos tenían una impresionante resistencia física, Pipo y Rolando estuvieron peleando, sin tregua ni descanso. Rolando era rapidísimo, —pero Pipo aún lo era más. De modo que siempre esquivaba sus golpes en el último momento, y le atizaba a cambio un estacazo.

Rolando estaba ya casi agotado, mientras que Pipo, aunque también cansado, se mantenía más entero —pues los golpes que más desgastan son precisamente los que se lanzan al aire—. Una y otra vez, Rolando trataba de zanjar la pelea con un golpe definitivo... pero, una y otra vez, Pipo lo esquivaba en el último momento... y, de propina, le encajaba otra «caricia» con el palo.

A decir verdad, los estacazos de Pipo no afectaban a Rolando más de lo que lo haría la picadura de una pulga; era

el agotamiento su más peligroso enemigo. Pero esos estacazos iban levantando sobre su piel un rosario de moratones que le conferían un lamentable aspecto...

Rosalinda se acercó a presenciar el combate poco después de que éste comenzara. Mediada la segunda noche, tras el enésimo estacazo, ella no pudo contenerse más y estalló.

—¡Basta! ¡Déjalo ya, pedazo de bruto!

El grito de Rosalinda distrajo la atención de Pipo durante un instante. Y ese instante bastó para que el puño de Rolandito lo alcanzara de lleno (pues ya había lanzado el golpe cuando la dama gritó; porque, de ley es advertirlo, Rolando era demasiado noble como para aprovecharse intencionadamente de una ventaja irregular).

En golpeando el puño de Rolando la cara de Pipo, éste salió literalmente disparado por los aires, practicando el vuelo sin motor durante un centenar de metros, hasta aterrizar en una ciénaga pestilente de escaso calado. Pese a la escasa profundidad, Pipo —medio inconsciente por efecto del impacto— se hubiera ahogado de no haber acudido Rolando —arrepentido al instante de su acción— en su inmediato socorro.

—¡Pipo! ¡Pipo! —lo zarandé tras incorporarlo de la

charca. Y lo abrazó aliviado al comprobar que reaccionaba—. ¡Perdóname, amigo! No volveré a permitir que una mujer me enemiste contigo...

—¿Rolando? ¡Rolando! —inquirió en la noche la voz trémula de Rosalinda, que lo requería preocupada. Rolando, al oírla, se olvidó instantáneamente de la existencia de Pipo y, dejándolo caer de nuevo en la charca, salió despeitado en pos de su amada.

—¿Rosalinda? ¡Rosalinda!

Lo último que supo Pipo de Rolando esa noche, fue un comentario de Rosalinda que oyó mientras se levantaba y salía de la apestosa charca.

—¡Agh, qué mal hueles! ¿Dónde te has metido, para ensuciarte de esa manera?

Al amanecer, Rolando tapó la zanja que había excavado y retiró los pedruscos apilados a la orilla del río Beo. Se disculpó con todo el mundo, especialmente con Pipo, pues el moratón que éste lució en el ojo durante los días siguientes compensó con creces los que él le había infligido a Rolando en el curso de la pelea. Después fue a pedir perdón por la falta cometida a Amanuel, quien le ordenó en penitencia que —ya que tanta habilidad había mostrado en la canalización de aguas— construyera tres acueductos provechosos para la región.

A partir de entonces Rolando obtuvo el favor de su amada Rosalinda, y comenzó a cortejarla formalmente. Hay que decir que a Pipo, por el contrario, jamás se le conoció mujer en Abraláin. Porque Pipo se mantuvo fiel en todo momento al indeleble y sagrado recuerdo de su amada Clara, la dama de la estrella: su querida Clara. A menudo pasaba noches en vela mirando el firmamento sin verlo —porque, sabiendo que no podía ver en él a su amada, lo miraba con ojos empañados.

Un día, ya finalizada su instrucción, poco antes de su investidura como caballeros de la orden de la Esperanza, Rolando habló con Pipo.

—Oye, ahora que nos van a ordenar caballeros, ¿No crees que deberíamos tener un par de buenas monturas?

—Ya he pensado en eso. Mañana podríamos acercarnos a las caballerizas de Guanthro, donde se crían los mejores...

—No, hombre, no me refiero a simples caballos —Pipo lo miró intrigado; a Rolando le relucieron los ojos—. Verás... ¿Has oído hablar del Planeta de las criaturas fabulosas?

—Claro —asintió Pipo—. Pero ese planeta es una leyenda, un cuento para niños...

Rolando negó con la cabeza, muy serio.

—En absoluto. Ese planeta existe, te lo digo yo. Lo sé de buena tinta —se arrimó a Pipo y adoptó el tono de quien se dispone a revelar una confidencia celosamente guardada—: Mi padre

estuvo en él. Es más, antes de morir, me explicó cómo llegar hasta allí, dejándome un mapa con sus coordenadas espaciales. Mi plan es el siguiente: nos vamos tú y yo, solos, en secreto, llegamos allí, nos hacemos con un par de cabalgaduras curiosas, y nos volvemos. ¿Sencillo, no? ¿Qué te parece?

A Pipo le parecía una locura, pero nunca desperdiciaba la ocasión de correr una buena aventura, así que aceptó de buena gana.

Se hicieron con un pequeño barco de vela y provisiones para el viaje, y partieron al anochecer. Rolando soplabá con ímpetu sobre la vela. Gracias a sus poderosos pulmones avanzaban muy rápido.

Imaginaos un mundo poblado por las fantásticas criaturas y los pintorescos animales de los que hablan los cuentos y leyendas: pues eso era el planeta de las criaturas fabulosas. No me detendré a describiros las maravillas de este mundo, pues os podríais volver casi tan viejos como yo, y aún así no habría hecho más que empezar.

En cuanto aterrizaron, Rolando se puso a otear los horizontes. Al fin divisó a un imponente y extraño animal que sobrevolaba una lejana montaña. Tenía el cuerpo y las patas de un gigantesco león, pero cabeza y alas de águila.

—¡Ahí está... el Grifo! Cuando mi padre estuvo aquí —le explicó a Pipo mientras sacaba una gruesa sogá y se la enrollaba al hombro— intentó atrapar a esa bestia, pero era ya un hombre entrado en años, y no lo consiguió; todo lo que obtuvo de su encuentro con él fue el recuerdo imborrable de sus garras y su pico: pues desde entonces llevó la espalda decorada con espantosas cicatrices... Yo juré que algún día viajaría hasta este lugar, sometería al Grifo y cabalgaría sobre su lomo. Es la hora de cumplir mi juramento. Y a fe que ardo en deseos de hacerlo. Es una cuestión personal entre ese bicho y yo. Nos reuniremos aquí en veinticuatro horas. Estoy seguro de que encontrarás una montura digna de ti —y, sin más dilación, salió corriendo en dirección al Grifo—. ¡Grifo! ¡Ho-hou! ¡Ey, Grifito! —se llevó una mano de bocina a la boca y emitió un desafiante graznido de águila—: ¡Uaaaaak! —pues os recuerdo que Rolando era de la tribu de los montaraces, y los montaraces entendían el lenguaje de toda clase de pájaros.

—¡UAAAAAAK! —replicó el Grifo desde la lejanía: y su espantoso graznido sonaba como una bandada de águilas graznando en medio de una tormenta.

Pipo vio alejarse a Rolando, corriendo ligero como el viento. Luego se sentó sobre una piedra, pensativo. No había pasado mucho rato cuando oyó de nuevo el espantoso graznido del

Grifo. Levantó la vista y contempló la lejana silueta del Grifo retorciéndose en el aire: pues Rolando había conseguido echarle el lazo a una pata, y tiraba hacia abajo con todas sus fuerzas, mientras que el animal se resistía enconadamente.

De pronto, un relincho sacó a Pipo de su contemplación. Miró en derredor y contempló, a escasa decenas de metros, la yegua más bonita que había visto en su vida. Era completamente blanca —de un blanco puro y resplandeciente—, esbelta y proporcionada de formas, y muy guapa de cara. Lo miraba curiosa, como preguntándole qué hacía allí. Entonces alzó sus patas delanteras y, relinchando de nuevo, desplegó sus majestuosas alas —sí, habéis oído bien: la yegua tenía alas— y levantó el vuelo, aleteando en círculos alrededor de Pipo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Pipo, encandilado; ella se detuvo en el aire sin dejar de batir las alas y respondió con un relincho cantarín—. ¿Miralda? —pues así le había sonado el relincho de la yegua—. Muy bien, Miralda, mira lo que tengo para ti —rebuscó entre las provisiones hasta encontrar lo que buscaba: un saquito con terrones de azúcar, dulces y golosinas (pues Rolando era muy goloso, y siempre llevaba dulces consigo)—. ¡Ven, bonita, acércate! —Pipo comenzó a avanzar hacia Miralda, con la mano abierta tendida, mostrándole en su palma un par de terrones—. Están muy ricos. ¿No quieres?

La yegua miró los terrones con avidez y pareció tentada de acercarse a probarlos... pero luego cabeceó y se alejó unas decenas de metros, posándose en un peñasco. Desde allí, relinchó otra vez y se quedó mirando a Pipo.

A diferencia de Rolando, Pipo comprendió desde el principio que no capturaría por la fuerza a su montura —no tanto porque no pudiera hacerlo, como porque no estaba dispuesto a ejercer ningún tipo de violencia sobre una criatura tan bonita—. De modo que se armó de paciencia y caminó tras ella, dirigiéndole amables palabras y ofreciéndole diversas golosinas. Poco a poco, Miralda se fue mostrando sensible a los piropos y halagos que Pipo le dedicaba. Por fin consiguió que ella aceptara un terrón que previamente había depositado sobre una roca, alejándose a continuación unos metros. Claro, luego Miralda quería más. Así que, tras sucesivas aproximaciones, finalmente acabó comiéndose un terrón de la misma palma de su mano.

—Eres muy linda, Miralda —le dijo, acariciando sus largas y tersas crines. Pero cuando intentó montarse encima, la yegua relinchó asustada y se encabritó, alzando el vuelo y tirando a Pipo al suelo. Después se alejó volando.

Pipo se sentó, cabizbajo y desalentado.

Entre tanto, Rolando libraba un encarnizado cuerpo a cuerpo

con el Grifo. Éste se revolvía enfurecido, dando volteretas por los aires. Pero Rolando, aferrado a él, no soltaba su presa. Estaba lleno de desgarrones y picotazos de los que manaba sangre abundante, aunque por fortuna ninguno había alcanzado un punto vital. Poco a poco, no obstante, consiguió ir enredando al animal —sirviéndose de la fuerte sogá con la que le había echado el lazo— en una intrincada madeja que rodeaba todas sus extremidades; él mismo había quedado atrapado en esa madeja, y unido así al Grifo —aunque arreglándoselas para quedar situado sobre su lomo—. Después logró asir con gran esfuerzo los dos extremos de la sogá, agarrando uno con cada mano. Entonces tiró de ellos hacia sí, con toda su energía. Al tensarse, la cuerda aprisionó al animal, inmovilizando todos sus miembros. El Grifo, y Rolando con él, se precipitaron al suelo.

—No quiero hacerte daño, amigo Grifo. Sólo quiero que nos entendamos. Aflojaré un poquito la presión, a ver cómo te portas.

Cuando lo hizo, el Grifo remontó el vuelo y se encabritó de tal manera que Rolando hubiera salido despedido por los aires como un muñeco, de no haber estado firmemente atado al animal. Enojado, Rolando apretó la cuerda nuevamente, con tal fuerza que casi estrangula al Grifo: frenó en seco su vuelo y ambos cayeron otra vez, dándose un buen costalazo.

Al rato Rolando volvió a aflojar. Esta vez el Grifo, aunque no

reaccionó lo que se dice con mansedumbre, tampoco lo hizo con la violencia de la vez anterior. Se puso a volar trazando círculos y cabriolas con Rolando encima.

—Esto empieza a gustarme. Vamos mejorando, amigo Grifo.

Caía la tarde cuando Pipo oyó la voz triunfal de su amigo.

—¡Ho-hou! ¡Pipooo! ¡Llega Rolandito con su fiel Grifo!

—¡UAAAAAK! —corroboró el Grifo.

Rolando, montado sobre el Grifo (ya sin necesidad de cuerda) regresaba por el aire a gran velocidad. Componían una estampa impresionante, pues la figura de ambos —jinete y montura, a cuál más corpulento— se recortaba contra el sol crepuscular de aquella zona de la galaxia. El Grifo aterrizó a unos metros de Pipo. Rolando desmontó.

—Al final, ya lo sabía yo, Grifo y yo nos hemos hecho amigos —afirmó, acariciando la cabeza del animal—. Bueno, Pipo, cuando quieras podemos irnos.

—En cuanto digas. Aunque, como ves, yo no he encontrado montura.

—¿Ah, no? —replicó Rolando con extrañeza— ¿Y eso qué es? —preguntó, señalando detrás suya. Justo entonces algo se frotó contra la espalda de Pipo.

—¿Qué...? —se dio la vuelta y comprobó con alegre sorpresa que lo que se había frotado contra su espalda era el hocico de la hermosa yegua alada—. ¡Miralda! Eres tú, bonita... —Miralda hizo un gesto con la cabeza invitándolo a subir sobre su lomo. Pipo lo hizo, y Miralda no sólo no protestó, sino que revoloteó encantada, relinchando con placer.

Y así fue como Pipo y Rolando se hicieron con sus magníficas monturas, únicas en toda la galaxia. Con el tiempo, Miralda respecto de Pipo, y Grifo respecto de Rolando, se convertirían en sus fieles y queridos compañeros de fatigas. Y mañana seguiremos, chicos, porque este último viaje me ha dejado muerto de sueño.

VII

Al fin llegó el día en que Pipo y Rolando, junto a sus compañeros de instrucción, fueron ordenados caballeros de la orden de la Esperanza —prosiguió el vagabundo a la noche siguiente—. El gran maestre ofició la ceremonia. Amanuel fue tomándoles juramento uno a uno.

—Sea cual sea la situación en que te encuentres, ¿Juras no perder jamás la esperanza, manteniendo siempre viva su llama?

—Sí, juro.

—¿Juras defender la paz, la bondad y la justicia?

—Sí, juro.

—¿Juras combatir la iniquidad, la maldad y la injusticia?

—Sí, juro.

Pronunciados estos tres votos, Amanuel procedió a nombrarlos caballeros, llamándolos por sus nuevos nombres; —pues cuando alguien iba a ser nombrado caballero recibía un nuevo nombre. De esta forma, Pipo se ordenó como el caballero Běldar, mientras Rolando fue investido como el caballero Grif.

A los pocos días, Candi —ya un apuesto joven— fue nombrado oficialmente escudero del caballero Bédar, recibiendo a su vez un nuevo nombre: Dardo, por su habilidad en el uso de dagas y puñales.

¿Qué sucedía entre tanto, en Teotolcan?

Carolina proseguía con sus hechicerías...

En una ocasión, subió por una de las Dos Hermanas con la intención de entrar en el que fuera el refugio secreto de Pipo... ¿Os acordáis? La cueva con estalactitas multicolores y el estanque caleidoscópico... No se sabe lo que pretendía hacer, pero el caso es que llevaba un viejo y voluminoso libro de encantamientos, así como una olla con yerbas, especias, rabos de lagartija y alas de murciélago.

Sin embargo, cuando se disponía a entrar en la cueva se le interpuso la serpiente multicolor que, allá por los años de su infancia, reveló a Pipo el escondite.

—Miserable reptil... ¡Aparta o te convertiré en polvo de ceniza!

En lugar de obedecerla, la serpiente fijó su mirada hipnótica en la de Carolina: sus ojos relampaguearon, y luego se convirtieron

en espirales vertiginosas por donde se hundía la visión de Carolina, mareándola. Estuvieron así, mirándose, durante varias horas. Luego, Carolina se dio media vuelta, y se fue con andares de zombi. Se había quedado ida: durante varios días anduvo errante por los bosques, sin acordarse ni de su nombre. Luego, poco a poco, reaccionó hasta recuperar la orientación y la conciencia de sí misma. Entonces regresó a su casa. Pero la cueva secreta se le había borrado completamente de la memoria.

Cierto día, Carolina les indicó a sus padres que era su deseo invitaran a un mago extranjero de cuyos poderes había oído hablar... Los padres trataron de oponerse débilmente, pero entonces Carolina montó en cólera. Los padres estaban espantados: nunca habían visto nada semejante. Retemblaban los cimientos de la casa, los objetos y los muebles volaban por los aires sin que ninguna fuerza visible los propulsara, la vajilla se estrellaba contra el suelo con estrépito... De pronto, todos los cuchillos de la casa fueron a clavarse en la pared, justo donde se encontraban los padres, bordeando su silueta a la manera en que lo hubiera hecho un diestro lanzador de puñales... Pero no había ningún lanzador: sólo Carolina que se enfrentaba a ellos iracunda. Cuando amenazó con convertir a su padre en un sapo, y a su madre en una culebra, éstos, aterrorizados, no tuvieron más remedio que ceder.

—Haremos lo que tú digas, hija.

—Faltaría más, querida.

Así fue como llegó a Teotolcan el mago Cornelius. Lo hizo completamente solo, en una insignificante barquichuela. Su embarcación era modesta, pero su aspecto no lo era. Su atuendo contrastaba con el de los magos teotolcanecos: a diferencia de largas túnicas de una sola pieza y color, Cornelius vestía finas y mundanales ropas: traje de paño, blusa de seda, calzón de terciopelo... Despertaba la admiración entre las gentes a medida que cruzaba el pueblo encaminándose a la hacienda de Carolina y sus padres: era aparentemente joven, alto y guapísimo, de porte distinguido, elegantes modales y sonrisa hechicera.

Clara, desde su estrella, no pudo evitar sentirse alarmada —aunque, como ya os podéis imaginar, no por ello dejó de sonreír—. Pues le ocurría algo muy extraño con el extranjero: no podía iluminarlo apenas; era como si hubiera en torno suyo un campo invisible de energía que detuviera el avance de sus rayitos: sentía en la punta de éstos un hormigueo doloroso que los frenaba, de tal manera que no lo veía bien, sino como una borrosa figura oscura. En cambio, los teotolcanecos lo veían radiante —con una excepción de la que luego hablaremos.

Atravesaba la avenida principal del pueblo cuando un grupo de chiquillos se puso a brincar y cantar a su alrededor. Lució la mejor de sus sonrisas y se acercó a uno: pasó su mano por detrás

de su oreja y en su mano apareció una moneda. Se la tendió sonriente al muchacho, que la miró deslumbrado.

—Para ti, señorito.

—¿Y esto que es?

—Una cosa muy útil y muy valiosa que se llama dinero. La pieza de dinero que tú tienes es una moneda: guárdala bien porque te servirá para conseguir cosas.

—Perdonad, chicos —se interrumpió el viejo—. Olvidé deciros que en Teotolcan, así como en toda aquella galaxia, no se usaba el dinero. Ni siquiera se conocía tal invento. La gente utilizaba el trueque, o simplemente, cuando alguien necesitaba una cosa y otro la tenía de sobra, se la daba.

Bueno, pues otro chiquillo —el viejo prosiguió la historia— acercó la mano a la moneda que sostenía el primero...

—A ver, déjame verla... —pero el primer niño cerró el puño enfurruñado.

—¡No! ¡Es mía!

—No os peleéis, niños... —terció Cornelius. Miró al segundo chiquillo—. Para ti también hay —y le escurrió las narices con el índice y el pulgar como si se las estuviera sonando: al volver la mano tenía en la palma dos monedas—. ¿Ves? —y Cornelius se las dio.

—¡A él le has dado dos y a mí sólo una!

—¡Pues a mí ninguna!

—¡Yo quiero una!

—¡Y yo!

—¡Dejadme verlas!

Y los chiquillos se enzarzaron en una riña, pero Cornelius ya proseguía su camino hacia casa de Carolina, sin perder su meliflua sonrisa.

Cuando alcanzó su destino Carolina lo esperaba en el umbral de la casa, con sus atemorizados padres a cada lado, algo rezagados. Cornelius efectuó una refinada reverencia acompañada de su seductora sonrisa.

—¡Sois tan hermosa como me había imaginado! —y, tomando la mano de ella con la punta de sus dedos, se la rozó con un beso. Sin soltarle la mano se fijó en su túnica negra de raso—. Ta-ta-ta-ta... —dijo haciendo negativas con la cabeza y el dedo índice— ... Hay que adornar mejor ese cuerpo de diosa.

Carolina le devolvió la reverencia, prendiendo los pliegues de la túnica a modo de falda.

—Vos indicaréis, maestro Cornelius.

Cornelius comenzó a instruir a su discípula Carolina en sus artes. Pero no sólo le enseñó magia: también le enseñó elegantes maneras y finos modales para desenvolverse en la alta sociedad.

Los teotolcanecos estaban encantados con Cornelius, pues se maravillaban del asombroso cambio que se había obrado en Carolina a raíz de su llegada: de ser una mujer díscola, arisca y, en los últimos tiempos, incluso amenazadora, había pasado a comportarse como una grácil y encantadora dama. Pero además, Cornelius era muy amable con todos, y les regalaba monedas, extendiendo por Teotolcan el dinero. Es más, pasado el tiempo los convenció de que fabricaran y acuñaran su propia moneda. «Gracias a Cornelius seremos un planeta muy rico.» Paralelamente se fue imponiendo en el pequeño planeta la práctica —posteriormente norma— de comprar y vender las cosas, en lugar de cambiarlas o darlas conforme a las necesidades de cada cual. Empezaron a producirse conflictos y robos —antes inexistentes entre la sosegada población de Teotolcan— por causa del dinero.

Empezó a suceder también un fenómeno extraño en Teotolcan —pero nadie parecía notarlo, excepto los niños, los enamorados y cierta excepción—: la luz de la estrella Clara se hacía cada día más débil, perdiendo potencia y luminosidad. De manera que los días eran cada vez más sombríos, y las noches más cerradas. Asimismo, el halo antiluz que rodeaba a Cornelius —y también

a Carolina—, impidiendo el avance de los rayitos de la estrella Clara, se había ampliado a centenares de metros. Clara se sentía más débil día a día. Sin embargo, aunque pálida y ojerosa a causa del cariz que iban tomando los acontecimientos, seguía sonriendo.

Cornelius se mostraba especialmente agradable con los Notables de Teotolcan, y los favorecía con arcas y sacas llenas de relucientes monedas. A fuerza de cultivar su trato y amistad, fue ganando peso a la hora de tomar decisiones importantes.

Entre los Notables, sólo había uno que desconfió de él desde el primer momento. Es la excepción que antes he comentado, pues nunca le sedujeron los encantos de Cornelius. Se trataba del viejo Elías, el padre adoptivo de Pipo.

Curiosamente, a Elías le ocurría con Cornelius un fenómeno similar al que experimentaba Clara: no lograba enfocarlo, viéndolo borroso y esquivo.

—Cada vez que miro al petimetre almibarado éste me mareo —comentaba frunciendo el ceño.

Pese a que Cornelius trató de ganarse su simpatía una y otra vez, Elías permaneció impermeable a sus halagos y favores, rechazando éstos así como todas sus monedas. Hasta que un día Cornelius hizo un aparte con él.

—Amigo Elías, es mejor estar de mi parte que contra ella, te lo aseguro.

—Tú cuídate de tus partes que yo cuidaré de las mías —le replicó Elías, que a esas avanzadas alturas de su vida ya no se andaba con miramientos.

Un día, una pequeña flota de hombres de piel gris aterrizó en Teotolcan.

—Son mis sirvientes —explicó Cornelius—. Nos ayudarán a organizar el trabajo, pues son expertos en productividad. Seréis todavía más ricos.

—¿A qué le llamas tú riqueza? —le espetó Elías.

Pese a la firme oposición de Elías, a partir de entonces, bajo la dirección y supervisión de Cornelius y sus lacayos, la forma de ejercer los diversos oficios en Teotolcan fue modificándose sustancialmente: se formaron cadenas humanas de producción, el personal se especializó en tareas muy específicas, se adoptaron rígidos horarios y férreas pautas de acción laboral.

Allá por donde los pieles grises implantaban su estilo de funcionamiento, decrecía ostensiblemente la luz de la estrella Clara. La atmósfera de Teotolcan empezó a parchearse de zonas crecientemente sombrías. Junto a la oscuridad, se extendía por la faz del planeta un sentimiento de apatía y pérdida de la ilusión:

hasta los ojos de los niños y los enamorados fueron perdiendo el brillo.

Otro día, pasados ya varios años, aterrizó en Teotolcan una numerosa flota militar: en ella viajaba un numeroso ejército de hombres con la piel gris.

Por esta época, en la frontera Sur, Pipo y Rolando hacía tiempo que eran caballeros, distinguiéndose por sus gestas en la guerra de Bilón, hasta el punto de alcanzar el grado de capitanes. Pipo no había vuelto a saber nada de Teotolcan desde su partida.

En Teotolcan, Cornelius justificó la presencia del ejército.

—Será nuestra guardia armada. Nos ayudarán a organizar nuestras fuerzas. Seréis muy poderosos.

Esta vez, los Notables vacilaron, un tanto aturridos y temerosos, pues la presencia de un ejército en Teotolcan era un hecho sin precedentes.

—Nunca ha habido guardias armados en Teotolcan, y maldita la falta que nos hace. ¡Dile a tu ejército que ahueque el ala y se vaya por donde ha venido! —protestó indignado el viejo Elías.

Sin embargo, uno de los Notables frenó el ímpetu de Elías.

—Espera un momento, maestro Elías, no debes hablarle así a Cornelius, nuestro apreciado benefactor... Aunque bien es cierto que este asunto requiere una urgente deliberación.

—La verdad es que, bien pensado, no vendría mal un poco de seguridad en este planeta... —meditó otro de los Notables—. El otro día unos ladrones trataron de robar mi dinero...

—Era una pobre familia al que vuestro asqueroso dinero y vuestro inhumano sistema de trabajo ha hundido en la miseria... —clamó Elías. Pero los otros le hicieron gestos recomendándole tranquilidad.

Tras la pertinente deliberación tomaron una decisión: aceptarían el asentamiento de la guardia armada, como representantes y agentes de la ley, el orden y la seguridad.

—Os creéis que habéis tomado una decisión por vuestra libre voluntad... y no sois más que las marionetas del petimetre —señaló despectivamente a Cornelius; éste enarcó una ceja al oírse motejado, y por un momento se esfumó de su cara la sempiterna sonrisa—. Decidle que habéis decidido que los soldados desaparezcan, sólo para comprobar lo que os responde. Entonces veréis...

—Elías —le censuró el portavoz de los Notables—: No queremos ni pensamos hacer tal cosa. ¿Por qué te obstinas en cerrarle las puertas al progreso, que viene de la mano de nuestro apreciado Cornelius? ¿No será que estás celoso de su éxito?

Desde que llegó aquí nunca lo has tragado, y has intentado siempre hacerle la vida imposible...

—Dejadlo, por favor —intervino Cornelius, luciendo su educada sonrisa, aunque dijérase que levemente torcida—. El maestro Elías es ya un venerable anciano. Es lógico que quiera conservar sus antiguas tradiciones. Pero, además, el maestro Elías es un prohombre de Teotolcan, y el mejor en su noble oficio: debo reconocerlo, aunque nunca haya aceptado venderme una de sus espadas. El maestro Elías merece todo nuestro respeto, y es enteramente libre de comportarse en su tierra como le plazca. Elías —se volvió hacia él—: eres libre de no montar ninguna guardia armada en tu hacienda si no la deseas. ¿Por qué no permites que los demás seamos libres de hacer lo que juzguemos prudente?

El viejo Elías alzó el puño ante Cornelius y lo cerró en el aire con rabia, reprimiendo el impulso de atizarle un puñetazo. Cornelius no hizo nada, ni siquiera alteró la sonrisa, pero la mirada que —durante la fracción de un instante— clavó en el anciano era más cortante que el filo de una navaja de afeitar.

Elías se dio media vuelta y, echándose encima el manto con brusquedad, se marchó a casa conteniendo su ira y preocupación.

Carolina lo miró irse, concentrando en su sonrisa un intenso desprecio. Miró a Cornelius.

—Querido, esta noche ordenaré que nos sirvan lengua para cenar.

El descenso a tierra del ejército de Cornelius y su rápida expansión fueron como las oleadas de una gran catarata de sombras que se derramasen por Teotolcan. Clara se sintió desfallecer, pero aguantó el envite, y siguió sonriendo, aunque visiblemente enferma. Su estrella no parecía la estrella Clara.

El único lugar en todo Teotolcan en que la estrella Clara lucía con la claridad y belleza que antes era en las alturas de las Dos Hermanas: en la zona donde el nacimiento del río Canalón y la cueva secreta de Pipo.

A veces, grupos de pieles grises habían estado merodeando por allí, pero la serpiente multicolor había protegido la zona, hipnotizándolos y desorientándolos como hizo con Carolina.

Elías, nada más llegar a casa, tomó pluma y hoja —utilizando la hoja grande, resistente, lisa y laminada de un beirul, árbol autóctono de Teotolcan—, y le escribió una carta a Pipo. Llamó secretamente a un mensajero-veloz sideral, y lo despachó con la carta rumbo a Abraláin.

Luego cenó y se acostó. A media noche empezó a sentirse mal: se le hinchó la lengua y, retrepándosele hasta la garganta,

obstruyó ésta, impidiéndole respirar. Elías se llevó las manos al cuello. Finalmente se asfixió. Entonces, su lengua empezó a sangrar y trocearse: y fue desapareciendo pedazo a pedazo como por arte de magia.

Encerrado en su habitación, el hasta ese día fiel cocinero de Elías lloraba por lo que había hecho. Pero entonces se reflejó en sus pupilas el fulgor de la montaña de monedas que le habían entregado en pago Carolina y Cornelius, y el remordimiento fue cediendo el paso en su ánimo a la codicia.

Así que ésta fue la triste y sórdida muerte del noble Elías, maestro herrero forjador de espadas mágicas, hombre de gran corazón, padre adoptivo de Pipo... —concluía el viejo vagabundo el capítulo del día.

—¿Cómo?—reaccionó Rosita— ¿Que se ha muerto Elías, el papá adoptivo de Pipo? —rompió a llorar a lágrima tendida—. ¡No, Papá Elías nooo...!

Entonces, los otros pequeños también rompieron a llorar, e incluso a mí se me humedecieron los ojos: porque Pipo era huérfano como nosotros, y por eso nos identificábamos con él; y todos hubiéramos querido tener por padre a una gran persona como Elías. Los más mayores y yo consolamos a los peques. Cogí a Rosita en brazos.

—Ea ea ea —le dije mientras la mecía—, Rosita se menea...
—entonces miré al viejo—. Por cierto, abuelo, ¿Qué dice la carta?

—Pues la carta dice, para empezar: «Mañana seré leída. Ahora tenéis que iros a la cama.»

VIII

Bueno, Abuelo, ya estamos —dije a la noche siguiente, en cuanto nos hubimos acomodado en torno a la lumbre—. Venga, ¿Qué decía la carta de Elías?

—Paciencia, muchacho. No debemos ser maleducados y leer la carta antes de que lo haga Pipo. Mientras el mensajero-veloz atraviesa la galaxia y llega a su vera, veamos cómo se encontraba la situación en la frontera Sur.

Los caballeros estaban en plena campaña de asedio sobre Bilón. Bilón era un pequeño planeta con una sola ciudad, regido por una Reina Madre tiránica y cruel, entregada al culto de Sinluz. Las tropas de la Esperanza eran dirigidas por Amaniél y sus lugartenientes: los capitanes Běldar (Pipo) y Grif (Rolando). Las tropas de la Sombra estaban comandadas por dos de los tres capitanes de las tinieblas que había en toda la galaxia: los capitanes Belial y Nublado. Se desconocía el paradero del tercer capitán sombrío, en realidad primero por su antigüedad y poder.

Los caballeros cargaban duramente sobre el quiste maligno en que se había convertido Bilón, pero las fuerzas sombrías resistían sus acometidas; y no sólo eso: la creciente oscuridad y depravación del planeta presagiaba la inminente aparición del temido agujero negro. Los caballeros seguían sin conocer el procedimiento mediante el cual brotaba un agujero negro.

A los pocos días llegó el mensajero-veloz, quien había viajado muy rápido engancho su carro a la cola de un cometa. Le entregó la carta de Elías.

La carta decía: «Querido Pipo, hijo mío: espero y deseo que todo te vaya bien. Estoy seguro de que así es. Pero ahora escúchame: algo terrible está a punto de suceder en Teotolcan. Nos han invadido seres desalmados y malvados. Peligra la vida de Teotolcan... y de lo que tú más quieres. ¡Salva tu mundo! Ahora bien, cuando vengas: ven a escondidas, o háglo con un ejército.»

Luego Elías le había redactado la crónica de lo sucedido en esos últimos años, hablándole de Carolina y de Cornelius. A Pipo le hirió en el alma el maligno cambio de Carolina —se sentía en parte responsable—, y le alarmó sobremanera leer el nombre de Cornelius: ¡Era el tercer capitán de las tinieblas!

Terminaba mandándole un beso.

Pipo pensó en reunir un ejército y marchar sobre Teotolcan. Pero no: era imposible, cuando la propia Abraláin estaba amenazada por la presencia de los vasallos de las sombras en Bilón, un mundo cercano. Tendría que ir solo, de incógnito.

Antes de partir se reunió con Amanuel y Rolando y les resumió las situación en Teotolcan.

—¿Seguro que no quieres llevarte un batallón de soldados y un grupo de caballeros escogidos?

—No. No sería una fuerza suficiente para enfrentarme abiertamente a ellos: recordad que está al frente Cornelius *el guapo*, el más antiguo y poderoso capitán de las tinieblas. Pero sí sería suficiente para delatarnos: les pondría sobre aviso de que tenemos noticias suyas. Tenemos que jugar con el factor sorpresa. Iré sólo con mi escudero, Dardo, y Miralda, mi montura. Cuando lleguemos, nos haremos pasar por gente de la farándula. Dardo se disfrazará de joven arlequín, yo seré su andrajoso criado, y Miralda hará acrobacias aéreas. Trataremos de llegar hasta Cornelius y conocer a fondo la situación. Luego volveré y os informaré.

—Entonces tomaremos las medidas que procedan —aseguró Amanuel—. Capitán Běldar... amigo Pipo: la orden de la Esperanza no permitirá que tu mundo sea devorado por Sinluz.

—¡Y yo menos! —añadió Rolandito, dándose la mano con Pipo a la americana.

Pipo, Candi y Miralda emprendieron el viaje. Durante la travesía, al pasar cerca de la estrella Aldebarán, divisaron a un tipo en una barca que huía de un drakkar yaki. El drakkar estaba cada vez más cerca de la barca, y la lluvia de flechas que los yakis disparaban desde la proa del drakkar alcanzaría al fugitivo de un momento a otro.

Pipo cogió dos gruesas cuerdas.

—Miralda, tenemos trabajo.

Sujetó el extremo de una cuerda a Miralda —trenzando una especie de arnés sobre su cuerpo— y ató el extremo de la otra a la embarcación. Después anudó los extremos libres de las dos cuerdas en torno a un ancla. Luego maniobró para acercarse lo máximo posible a la barca, por el lado opuesto al del drakkar.

—¡Eh, amigo! ¡Voy a echarte un par de cabos para remolcarte! ¡Engancha el ancla!

Dicho y hecho, lanzó a la barca del fugitivo el ancla en que estaban anudados los extremos de las dos cuerdas. El tipo aseguró el ancla a su barca sin pérdida de tiempo.

—¡Ahora, Miralda! —anunció Pipo en cuanto vio que el individuo enganchaba el ancla—. ¡Al galope!

—¡A toda vela! —anunció Candi respecto de la embarcación.

Miralda levantó el vuelo y galopó con todas sus fuerzas, mientras Pipo y Candi se esforzaban en imprimirle velocidad a su embarcación. Remolcaron la barca alejándose del drakkar de los yakis, quienes aullaban encolerizados al ver que la presa se les escapaba, —pues la embarcación en que viajaban Pipo y Candi era rápida y ligera, a lo que se sumaba la potencia de Miralda, de forma que obtenían una velocidad muy superior a la del drakkar.

Pasado el peligro, Pipo se llegó hasta la barca del fugitivo y saltó a bordo.

—¡Hola, compañero! —y le tendió la mano—. ¡ Los enemigos de los yakis son nuestros amigos!

—Hola... —entonces, el fugitivo se irguió en toda su extensión y quedó a la vista de Pipo la parte inferior de su cuerpo: era un cuerpo de caballo. Se trataba de otro centauro de las estepas.

—¡Eres un yaki! —instintivamente, Pipo retiró su mano y la posó sobre su vara de roble.

—Soy un yaki, sí...

—¿Por qué huías de tus compañeros? ¿Acaso eres un proscrito?

—Amo a mi pueblo, pero a la vez lo detesto... —era un yaki de grandes dimensiones: resultaba imponente, mirando a Pipo desde

la altura que le confería su cuerpo equino, acentuada por una imponente cresta blanca—. Soy un yaki, pero no pienso ni obro como mis congéneres. Desde tiempos ancestrales, generación tras generación, mi pueblo se ha distinguido por su barbarie y crueldad. Pero no tendría por qué ser así —alzó sus manos—: Soy un fiero guerrero, y todavía no he encontrado a otro yaki capaz de vencerme en combate singular. Pero, a diferencia de mis congéneres, no practico la crueldad ni el vandalismo; evito los saqueos y el pillaje. Esto me ha causado muchos problemas entre las gentes de mi pueblo, y nuestro rey, Argh, ha estado a punto de condenarme a muerte en más de una ocasión; pero hasta ahora me ha salvado mi valor como guerrero, en un doble sentido: porque no le he perdido la mirada ante sus amenazas (y Argh tiene en alta estima la valentía), y porque le resulto útil en la guerra. De hecho, esta expedición era mi última oportunidad para congraciarme con mi pueblo. El objeto de la expedición era practicar varios abordajes en esta ruta comercial de la galaxia. Yo tenía la orden tajante de actuar como un guerrero yaki; es decir, como un ser despiadado y sanguinario. Ayer abordamos un galeón en el que viajaba una noble familia...

En ese momento, el llanto de un bebé interrumpió la explicación del yaki. Pipo se fijó en una manita que emergía desde un bulto formado por una manta cercana al yaki. El yaki cogió con delicadeza a la criatura envuelta en la manta: era un humano recién nacido.

—¿Cómo? ¿Por qué llevas contigo ese bebé? —inquirió Pipo, aún desconfiando.

—Precisamente ahora iba a hablarte de él —replicó el yaki, algo molesto por la desconfianza de Pipo—. Tras el abordaje, el jefe de nuestra expedición ordenó exterminar a la noble familia entera. Mataron a todos menos a uno. Entonces, el jefe me encomendó (en prueba de mi buena disposición, dijo) ocuparme de este crío. Traté de hacerlo, pero fue superior a mis fuerzas. En lugar de eso, arremetí contra mis compañeros y escapé llevándome al pequeño. Y en eso estaba cuando aparecisteis vosotros. Por cierto, aún no os he dado las gracias por salvarnos la piel...

La explicación del yaki convenció a Pipo. Se llamaba Bram. En cuanto al recién nacido, podría escribirse un libro narrando su vida, pues era de linaje de reyes y, con el paso del tiempo, acabaría convirtiéndose en un héroe legendario... Pero ésta no es su historia. Baste decir que, puesto que el viaje en el que estaban embarcados no era precisamente de placer y entrañaba riesgos considerables, Pipo decidió dejarlo en manos de buenas gentes. Aprovecharon un planeta amigo que los pillaba de paso y lo entregaron al cuidado de una hospitalaria familia.

—Algún día volveré a buscarlo —dijo Bram, cuando reanudaban la travesía.

Pese al temor inicial de Candi, Bram congenió rápidamente con él, así como con Miralda. Puesto que no tenía adónde ir —desde luego, no podía volver a su tierra—, y era un valioso guerrero, Pipo admitió que los acompañara en su misión. Por el camino, Pipo fue exponiéndole circunstancias diversas de la guerra contra los vasallos de Sinluz. Cuando le habló de los agujeros negros, Bram se crispó.

—Los malditos agujeros negros... Uno de ellos brotó hace tiempo en nuestros dominios, y está devorando nuestros planetas. Argh no sabe cómo enfrentarse a este problema, pero detesta a los vasallos del reino Sombrío tanto como vosotros. Daría lo que fuera por eliminar el peligro del agujero y de paso a las viles sabandijas que lo alimentan. Dice que, para asesinos y malvados, en la galaxia basta y sobra con los yakis...

Reorganizaron su plan de presentarse como gentes de la farándula, incorporando a Bram. Candi haría acrobacias saltando desde el lomo de Miralda al de Bram, y viceversa.

—Pipo, tú también podrías hacer de acróbata... —le dijo Candi.

—No. No me interesa hacerme notar. Carolina podría reconocerme. El éxito del plan estriba en que vosotros atraigáis la atención para que yo pueda pasar desapercibido... Yo seré vuestro miserable criado. Envuelto en harapos estaré irreconocible.

Iban aproximándose a Teotolcan. Una ansiedad creciente se apoderaba de Pipo... ¡Volvía a su mundo después de tantos años! Pero, sobre todo... ¡Volvería a ver a su amada! ¡Su amada Clara, la dama de la estrella!

A medida que se acercaban, crecía la alarma de Pipo: antaño, habría divisado la estrella Clara desde muy atrás. Al fin alcanzó a contemplarla: pero para entonces ya estaban llegando a Teotolcan.

La estrella lucía pálida y débil. En cuanto a Teotolcan... era apenas una sombra de lo que fue: una masa negra envuelta en jirones de oscuridad. Sólo había un lugar que, aún bañado por la luz de la estrella Clara, permanecía irreductible a los avances de la oscuridad: las cumbres de las Dos Hermanas. Pipo, invadido por la tristeza, reprimió sus emociones; pues no era el momento de echarse a llorar.

Desembarcaron en una recóndita cala, usando las sombras a su favor, para que su aterrizaje no fuera detectado. Sólo Clara, desde su estrella, presenció su llegada, pese a la merma de sus facultades. Sin embargo, en un primer momento no reconoció a Pipo, porque éste se había cubierto con una vieja y raída capa. Pero, cuando empuñó su vieja vara de roble y echó pie a tierra, el corazón le dio un vuelco —aunque consiguió no alterar su expresión.

«¡Es él, ha vuelto! ¿Es él?»

Al principio, Pipo evitó deliberadamente descubrir su rostro y mirar a Clara, aunque le abrasaba el deseo de hacerlo. Sabía que, si lo hacía, no podría refrenar sus sentimientos... y tenía una misión urgente que cumplir.

Ascendieron por la pendiente de las Dos Hermanas que daba la espalda al pueblo, y establecieron su cuartel en la que fuera la cueva secreta de Pipo.

—Esperadme aquí. Voy a ver cómo se encuentra mi padre.

Y se encaminó en secreto a su antigua casa. Cubierto con la capucha, encorvado sobre los hombros y apoyado sobre su palo de madera, llamó a la puerta disimulando su emoción. Le abrió una anciana.

—Soy un humilde viajero, y venía a visitar a Elías el herrero.

—Elías ha muerto.

Su dolor no tuvo límites. Desapareció a todo correr, pues temía que su ira estallara y lo impulsara a cometer una locura que echaría a perder la misión. Trepó como un loco hasta el nacimiento del río Canalón y allí dio rienda suelta a su dolor.

Hecho un cuatro, lloraba y restregaba su cara contra el suelo. Entonces, sintió que alguien acariciaba afectuosamente sus hombros. Era Clara, que le consolaba con sus rayitos.

—¡Clara!

Pero fue sólo un momento. Cuando elevó la vista y se encaró a ella, Clara seguía sonriendo como siempre, imperturbable. Aunque estaba visiblemente enferma: grandes ojeras rodeaban sus ojos, su tez se había vuelto lívida, y sus labios estaban secos e hinchados. A Pipo se le caía el alma a los pies. Y, sin embargo, la encontraba más hermosa que nunca.

—Clara, amor mío... Cuánto tiempo... Todos estos años... todas la noches, allí en la frontera Sur, preguntaba a las estrellas qué era de ti... Pero nunca me respondían... He venido para luchar por Teotolcan... y por ti, mi vida. No dejaré que nada ni nadie te haga daño. Clara...

Ella lo escuchaba con el corazón en un puño: y deseaba confesarle cuánto le amaba, y fundirse en un abrazo con él... pero sabía que no debía hacerlo —menos que nunca en aquellos momentos tan difíciles—, por lo que se contenía. Y seguía sonriendo, débilmente.

Pipo regresó a su viejo refugio.

A esas alturas, hacía tiempo que Cornelius y Carolina habían trasladado su residencia, haciéndose construir un lujoso palacio en pleno centro del pequeño planeta. Sin embargo, Pipo y compañía no fueron directamente a palacio. Antes recorrieron el planeta, tomando buena nota de la situación y las fuerzas enemigas.

Pipo estaba desolado. Las huestes de Sinluz campaban a sus anchas por todo el planeta. Las sombras reinaban por doquier. Los teotolcanecos no parecían los mismos: habían perdido la ilusión y las ganas de vivir. Los enamorados ya no se arrullaban. Ningún pájaro cantaba. Incluso los niños habían perdido la vitalidad. Y la situación empeoraba día a día... ¡Aoooooum! ¡Qué sueño! Mañana seguiremos.

IX

Llegó el momento que habían previsto para introducirse en el palacio de Carolina y Cornelius. Aprovecharían al efecto el aniversario de Ubrevés, que se celebraba ese mismo día. Se conmemoraba el nacimiento, tiempo atrás, de un agujero negro bautizado con ese nombre. Candi, Bram y Miralda se habían inscrito como artistas en la gala palaciega. Unas horas antes, los tres repasaban con Pipo el plan de acción, reunidos en la cueva secreta.

—Ya sabéis —remachaba Pipo—, cuando os llegue el turno de actuar, ya podéis luciros como nunca...

—Para eso hemos entrenado a fondo estas últimas semanas —le recordó Candi.

—Ya ves... está hecho un fiero, el amigo Dardo —apuntó Bram, señalando con el pulgar al escudero.

—¡Pues anda, que tú te quedas manco...! —Miralda relinchó y se alzó sobre sus patas traseras. Candi la observó—. Claro que la mejor, sin duda, es Miralda.

—Hombre, claro, dónde va a parar —convino Bram, para satisfacción de la yegua, que relinchó alborozada: qué presumida...

—Bueno, pues eso espero —Pipo recondujo la conversación al repaso del plan—: que vuestro entrenamiento os sirva para deslumbrar al personal de palacio... y especialmente a Carolina y Cornelius. Durante el apogeo del número, yo aprovecharé para escabullirme y husmear por las dependencias privadas... En el momento en que yo desaparezca, vosotros concluís rápidamente la actuación y os retiráis. Pues, si me pescan, me asociarán con vosotros y también os atraparán; y es vital que al menos alguien regrese a Abraláin para informar de la situación aquí. Nada más salir de palacio, vendréis aquí y esperaréis mi vuelta. Si al cabo de veinticuatro horas no he vuelto, Miralda seguirá esperándome aquí, pero vosotros dos os embarcaréis rumbo a Abraláin, llevando esto —y alzó el informe para Amaniel, escrito en hojas de Beirul, luego enrolladas sobre sí mismas. El rollo estaba sujeto por un cordel.

El informe contenía valiosos datos prácticos sobre contingentes, logística, armamento... de las fuerzas enemigas, y una conclusión inapelable: los vasallos del reino Sombrío, con el capitán Cornelius al frente, estaban preparando en Teotolcan el nacimiento de un nuevo agujero negro.

—Ya te he dicho que no me parece bien, Pipo —Candi volvió a mostrar su desacuerdo con la última parte del plan, rascándose la nariz—. Yo debería permanecer contigo, pues para eso soy tu escudero...

—Pero es necesario, Candi —argumentó Bram—. No podemos correr el riesgo de que fracase la misión.

—¡Pero podrías partir tú solo, Bram! Si yo me quedo, podría ayudar a Pipo a salir de cualquier apuro en que pueda meterse...

—Está decidido, Candi —zanjó Pipo—. Os iréis los dos. Aunque Bram se fuera solo, tendría que llevarse la embarcación. Además, no conoce la ruta, ni Abraláin ni a Amaniél. Yo cuento con Miralda para partir cuando sea preciso. No quiero despreciar tu ayuda, Candi; es más, agradezco tu intención... pero aquí serías una carga.

Se pusieron en camino y accedieron al salón del palacio sin problemas, gracias a su previa inscripción en el espectáculo. El salón era enorme, con una fuente y un altar en el centro. Carolina y Cornelius contemplaban el panorama desde un palco señorial.

Una vez dentro, al observar la fiesta, tuvieron que hacer un ímprobo esfuerzo para no delatarse interviniendo durante alguno de los actos conmemorativos: pues la celebración, particularmente macabra, incluía sacrificios humanos. Por poner un ejemplo, el número anterior al de nuestros amigos era el de un lanzador de puñales, y éste, como es habitual, apuntaba a una linda doncella; pero, en lugar de lanzar los puñales a la usanza clásica —es decir, bordeando la silueta de la muchacha—, la gracia del número consistía en acertarla en las partes del cuerpo que iba anunciando: «¡Mano derecha!... ¡Ojo izquierdo!...»

Les llegó el turno. Candi se había vestido para la ocasión con unas mallas de acróbata y una chaquetilla estilo torero cubierta de lentejuelas, y portaba una pértiga de equilibrista. Pipo se había cubierto de harapos, y sobre éstos se había echado una vieja y raída capa con capucha; además, se había tiznado la cara con carbón. Tenía miedo de que Carolina lo reconociese.

Bram empezó a trotar, dando vueltas en el centro del salón. Mientras trotaba, fue atrapando al vuelo varios sables y antorchas encendidas que Candi le iba lanzando al paso, y haciendo juegos malabares con ellos. Bram aceleró progresivamente el trote hasta convertirlo en galope, y paralelamente aceleraba la rapidez de los malabares.

Entonces, Candi tomó carrerilla y, usando la pértiga como palanca de salto, se elevó por los aires efectuando un doble salto mortal, para rematarlo cayendo de pie sobre la grupa de Bram en pleno galope. Dispuso la pértiga en posición horizontal para ayudarse a mantener el equilibrio.

Seguidamente Miralda despegó, efectuando vistosas piruetas aéreas.

El público empezó a prestar atención al número.

Desde la grupa de Bram, Candi lanzó la pértiga hacia lo alto,

en sentido vertical... cuando la pértiga descendía, Candi se lanzó al vacío y, atrapándola en el aire, la utilizó de nuevo como palanca para proyectarse hacia lo alto: esta vez efectuó un triple salto mortal y cayó a lomos de... Miralda, que lo recogió al vuelo. Entre el público se extendió un murmullo unánime de aprobación.

Entonces Pipo, amparado por su disfraz y la distracción del público, desapareció por una discreta puerta lateral del salón, y se encaminó a las habitaciones personales de Carolina y Cornelius, con la intención de proceder a su registro.

Aunque no se lo había mencionado a sus compañeros, Pipo albergaba la esperanza de encontrar alguna clave que le ayudara a desvelar un secreto celosamente guardado por los vasallos de la oscuridad: la manera en que se producía el nacimiento de los agujeros negros. Si lograra descubrir este secreto, los caballeros de la Esperanza podrían tomar medidas eficaces para impedir su advenimiento —tanto en Bilón como en Teotolcan—, frenando así la propagación de estos insaciables devoradores de luz y de materia.

Mientras, en el salón, Cornelius apreciaba el espectáculo.

—No está mal este número, querida. El muchacho es realmente hábil...

—Sí —admitió Carolina—, pero se echa en falta algo de sangre...

—Eso tiene fácil arreglo —aseguró Cornelius—. ¡Soldados! ¡Escuchadme bien! ¡Al primero que ensarte al acróbata con una de sus flechas, le daré una saca de doblones!

Inmediatamente, los guardias echaron mano de sus aljabas y dispararon sus flechas apuntando a Candi. Un enjambre de flechas entrecruzadas agujereó el espacio central del salón: fue entonces cuando, para esquivarlas, Candi hizo verdaderos milagros acrobáticos.

Pero los soldados no habían reparado en las consecuencias de sus actos: las flechas, al ser esquivadas por Candi, lógicamente proseguían su trayectoria... y algunas caían entre los invitados, o sobre otros soldados; éstos reaccionaban —cuando podían hacerlo— con fiereza, lanzando a su vez indiscriminadas flechas de revancha, en la dirección de donde creían procedía el proyectil que les había alcanzado o simplemente amenazado. Estas reacciones provocaron nuevos contraataques... por lo que en cuestión de instantes se formó una batalla campal en mitad del salón. Realmente, los amigos de Pipo consiguieron su objetivo: pues a fe que Carolina y Cornelius estaban absortos en el espectáculo.

—Esto ya me gusta más.

—Querida, admiro tu sentido del espectáculo.

Cornelius captó con el rabillo del ojo una flecha accidental que volaba directa a su pecho. Permitió su avance sin inmutarse hasta que, cuando ya estaba a unos palmos, la atrapó en el aire cerrando el puño, mediante un movimiento más rápido que la vista.

Entonces miró en la dirección de donde le había llegado la flecha, localizando rápidamente al torpe soldado: pues éste, congestionado de terror por la equivocación, tenía demudado el rostro. Cornelius le devolvió el flechazo, —pero no necesitó usar arco: pues con el solo impulso de su brazo lanzó la flecha a gran velocidad. El soldado echó a correr, dando requiebros para burlar la flecha, pero ésta desviaba su trayectoria siguiendo la del infortunado, hasta que lo alcanzó, entrándole por el trasero y saliéndole por un agujero de la nariz: con tal saña la había lanzado Cornelius.

—¡Basta! —ordenó el capitán a sus soldados. Éstos, sobrecogidos, le obedecieron instantáneamente. Todo el mundo se quedó paralizado—. ¿Dónde se han metido los acróbatas?

Nadie supo contestar. De acuerdo con el plan, Candi, Bram y Miralda habían aprovechado la confusión del momento para desaparecer del mapa. Cornelius se encogió de hombros.

—¡Que prosigan las actuaciones! ¡A ver, el siguiente número!

Sin embargo, tras ver lo que habían intentado hacer con Candi, nadie se atrevía a salir: y los artistas discutían entre ellos, cediéndose educadamente el paso unos a otros. Hasta que los guardias los obligaron a decidirse a punta de espada.

Pipo, ignorante de lo que ocurría en el salón, proseguía su investigación. Había registrado ya el gabinete de magia y la sala oracular. Entró en los aposentos de Carolina. Ahora bien: Pipo desconocía la existencia de una sirvienta de Carolina llamada Calándula. Calándula era una tarántula. Por encargo de Carolina, había dispuesto finos hilillos de su telaraña —prácticamente invisibles— cruzando los umbrales que franqueaban el paso a sus diferentes dependencias personales. Cada vez que alguien traspasaba alguno de los citados umbrales, quebraba el hilillo que lo cruzaba, y éste, al quebrarse, transmitía la vibración por la intrincada telaraña de Calándula hasta ella; según el hilo que vibraba ella deducía dónde había entrado el intruso.

Justo cuando Cornelius acababa de disolver la escaramuza en el salón que él mismo había provocado, Calándula se deslizó desde el techo, pendiente de un hilo, hasta la altura del rostro de Carolina.

—Hola, pequeña... ¿Cómo? ¿En mi alcoba? —Calándula le había indicado el lugar de la intromisión moviendo una de sus ocho patas, pues tenía asignada una para cada una de las dependencias—. En seguida vuelvo, querido —y se encaminó

a sus habitaciones. De camino llamó a dos centinelas—. ¡Pst! Vosotros dos, seguidme.

Llegaron ante su alcoba.

—Esperadme aquí. Si oís cualquier sonido extraño, o tardo demasiado en salir, entráis y matáis a todo lo que se mueva... aparte de mí, claro. ¿Entendido?

Los centinelas asintieron y se apostaron uno a cada lado de la puerta. Carolina entró con sigilo.

Sorprendió a Pipo hurgando entre sus viejos libros de encantamientos.

—Vaya, vaya, mira quién tenemos aquí... el criado de los acróbatas... y éstos acaban de levantar el vuelo. Interesante, ¿no? ¡Perro traidor! —Pipo tembló imperceptiblemente bajo su capucha y se encorvó fingiendo sumisión—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo osas...? —de pronto, Carolina se interrumpió bruscamente, olfateando el aire a la manera de un sabueso—. Un momento... ¡Snif, snif!... ¡Aquí huele a carne virgen! —miró a Pipo con renovado y creciente interés, pues el cuerpo de hombre o mujer virgen era de gran valor y múltiples usos para la hechicería—. ¿No me dirás que tú nunca has...? —fue acercándose a Pipo, quien inclinaba la cabeza y rehuía mirarla—.

¿...Que, a tu edad, nunca has yacido con hembra? ¡Mírame cuando te hablo! ¡Y descúbrete, perro sarnoso! —Carolina le bajó la capucha de un manotazo, y le sujetó la barbilla con la otra mano, forzándolo a encararse con ella.

Pipo miró a Carolina.

Carolina clavó la vista en el rostro de Pipo, y notó algo muy especial en sus ojos... Algo que le recordaba a...

—No es posible... —el reconocimiento de Pipo fue abriéndose paso lenta pero inexorablemente en la conciencia de Carolina—. ...Tú... Él... ¿Tú?... ¡Tú!

Aun cuando Carolina era todavía excepcionalmente hermosa, «hermosa» no es la palabra apropiada para describir la cara que puso: los ojos saliéndosele de las órbitas, los rasgos desencajados, los nervios crispados y las venas del cuello a punto de estallar.

Pipo aprovechó su sorpresa para ejecutar dos rapidísimas acciones simultáneas: con una mano le introdujo una mordaza en la boca, y con la otra aprisionó sus manos, uniéndolas a su espalda por las muñecas con una fina y resistente cuerda. Impidiéndole el habla, así como el libre movimiento de sus manos, impedía asimismo que pudiera lanzarle sortilegios o maldiciones. Seguidamente la encerró en un armario, no sin antes despojarla de su capa. Cuando

iba a cerrar la puerta del armario la miró nuevamente a los ojos.

— Lo siento, Carolina —y lo decía con sincero dolor. Carolina le odió todavía más por ello.

Pipo se envolvió con la capa de Carolina, que también le cubría la cabeza. Cuando salió de sus aposentos, al reparar en la presencia de los soldados, imitó la voz de Carolina, bajándola lo suficiente para que su tono grave natural no lo traicionara.

— Tranquilos. Todo está en orden.

En cuanto dobló la esquina, viéndose solo, se desembarazó de la capa, adoptando otra vez el aspecto del andrajoso criado. Volvió al salón por la misma puerta que había usado para salir de él.

La celebración proseguía, aunque Cornelius empezaba a extrañarse por la ausencia de Carolina. Pipo fue avanzando entre el tumultuoso gentío hacia la salida principal, sin que nadie reparase en él.

Pero cuando estaba a punto de salir, los grandes portones principales se cerraron de golpe con gran estruendo, sin que nadie los hubiera tocado. Por poco no le apisonan la nariz.

Aun enmudecida, atada de manos y encerrada en un armario,

Carolina había logrado, en un supremo esfuerzo telequinésico, impedir la huida de Pipo.

Cornelius, adivinando en el portazo la acción a distancia de la ausente Carolina, señaló a Pipo.

—¡Prendedlo!

Pipo sabía que, si dejaba que lo cogieran, jamás volverían a soltarlo. De manera que, mientras varios soldados lo rodeaban cercándolo con sus lanzas, rápido como un rayo se deshizo de sus andrajos y alzó su vara de roble...

—¡Centella, a mí! ¡En nombre de la Esperanza!

... Cuando la bajó, ya no era una vara lo que bajaba, sino una centelleante espada entrando en acción: Pipo hizo estragos entre los sorprendidos pieles grises, segando lanzas, miembros y vidas.

Cornelius, nada más dar la orden de captura, había hecho una seña a dos de sus esbirros para que salieran en busca de Carolina. Después contempló la inesperada reacción de Pipo.

—Un caballero de la orden de la Esperanza... ¡Que no escape! ¡Dejádmelo a mí, pandilla de inútiles! —bramó, desenvainando la espada.

Pipo, consciente, de que presentar batalla en esas circunstancias era un suicidio, sacó un rollo de cuerda terminada en un garfio y lanzó éste hacia la lámpara del techo.

Cornelius, espada en alto, pegó un formidable salto hacia donde estaba Pipo... pero éste, simultáneamente, saltó a su vez rehuyendo el encuentro y, balanceándose con la cuerda, se columpió hasta encaramarse a un elevado ventanal. Entonces se detuvo un segundo en el quicio.

—¡Seguid celebrándolo mientras podáis! —su mirada se encontró con la de Cornelius—. ¡Hasta la vista! —sin más dilación saltó a través del ventanal, llevándose por delante la cristalera, que estalló con gran estrépito.

—¡Tras él! —ordenó Cornelius—. ¡Rápido, mi caballo! ¡Infierno, a mí!

Se oyó un relincho que sonaba como el chirrido de una cripta al abrirse. Infierno, el caballo de Cornelius, irrumpió en el salón al galope. Era negro como el carbón, de soberbio alzado y poderosa musculatura. Cornelius se subió a su grupa sobre la marcha. Infierno dio un enorme salto y atravesó el ventanal en pos de Pipo...

...Pero mañana proseguiremos la persecución —se interrumpió el viejo vagabundo—. Hoy nos vamos a dormir.

De nada sirvieron nuestras quejas y súplicas.

X

¡**L**a persecución! ¡La persecución!

—Ya va, ya va... Un poco de paciencia —reclamó el viejo.

—Pues... pues... —Raúl, el más revoltoso, nos miró a todos con los ojos muy abiertos— ... ¡Ya veréis! ¡Cornelius va a coger a Pipo y lo va a matar! ¡Y... y luego le va a pegar una paliza!

—¡Anda yá! —saltó Jorge indignado—. ¡Pipo es mucho más fuerte!

—Y... y además... —argumentó Rosita— ... ¡Pipo es bueno!

—¡Ya veréis! ¡Ya veréis!

—Ya veremos... si es que me dejáis seguir —se quejó el viejo. Los niños se callaron—. A ver, por dónde íbamos...

—¡La persecución! ¡La persecución!

—Ya, ya... la persecución... dejadme pensar... ¡Ah, sí, la persecución! Decíamos que Cornelius, montado en Infierno, atravesó de un enorme salto el ventanal del palacio en persecución de Pipo...

... Cuando tomaron tierra en el exterior, Pipo se había esfumado. Numerosos soldados salían atropelladamente por la puerta principal del palacio, y otros que ya estaban fuera se acercaron a Cornelius.

—¿Dónde está? —rugió Cornelius—. ¿Por dónde se ha marchado?

—Ha ido hacia el río, mi señor —respondió el oficial de la guarnición exterior—. Estábamos haciendo la ronda cuando...

Cornelius le dejó con la palabra en la boca y salió como una exhalación hacia la orilla del Canalón. A la altura del pueblo, era un río ancho y caudaloso. Cuando llegó, un escuadrón de arqueros estaba apostado a lo largo de la ribera, con el arco y las flechas preparados.

—Corría como una bala —informó el oficial al mando—. Le dimos el alto pero no obedeció. Esquivó nuestras flechas y lanzas (es increíblemente ágil el condenado) y se tiró de cabeza al río. He dado la orden de acribillarlo en cuanto salga a flote... Por cierto, ¿quién es ese tipo?

Ignorando la pregunta del oficial, Cornelius inspeccionó minuciosamente la superficie del Canalón, ojo avizor. Nada.

Entre tanto, Carolina había sido liberada de su encierro por los esbirros enviados por Cornelius, y fue a reunirse con Cornelius.

Le contó lo ocurrido en su alcoba.

Pasó un buen rato.

—Tiene que haberse ahogado —afirmó el oficial—. Nadie puede aguantar tanto tiempo debajo del agua... ¡Salvo los peces, claro! —y rió tontamente su propia ocurrencia—. ¡Ja, ja, ja...!

—No se ha ahogado —le cortó en seco Cornelius—. Nuestro hombre no es un tipo corriente. Un caballero de la Orden de la Esperanza por estos pagos... —reflexionó en voz alta—. Mala señal.

Habían pasado varias horas. Cornelius había ordenado que los arqueros no se movieran de su puesto y, asimismo, había impartido instrucciones para organizar en breve una batida en busca de Pipo. «Si es preciso, batiremos el planeta palmo a palmo», había dicho.

No hizo falta. Carolina conocía a Pipo. Aunque, a raíz de su encuentro con la serpiente multicolor, había olvidado la existencia del refugio secreto de Pipo, recordaba en cambio su afición por las alturas de las Dos Hermanas. Así que escudriñaba éstas en todo momento.

Lógicamente, Pipo trataba de reunirse con sus compañeros. Después de tirarse al río, había buceado un gran trecho hasta

alcanzar un pequeño afluente del Canalón, difícil de ver por encontrarse disimulado bajo una espesa vegetación. Luego bordeó los caminos, desplazándose con suma cautela, hasta llegar a las Dos Hermanas. Empezó a trepar por una pendiente oculta a la vista del pueblo. Pero, para llegar a la cueva secreta, inevitablemente tenía que atravesar una parte de la montaña que, no sólo era visible desde el palacio, sino que además lo dejaba completamente expuesto a la vista, pues carecía de toda vegetación. Fue ahí, de hecho, donde Carolina lo detectó.

—¡Allí! —y se lo señaló a Cornelius.

—¡A las montañas! —vociferó, mientras emprendía el galope.

—¡Espérame!

Cornelius alzó a Carolina en volandas, aupándola a la grupa del caballo sin detenerse.

No pasó mucho tiempo antes de que Pipo advirtiera que lo habían localizado y venían a por él, pues cada poco volvía la vista al pueblo para controlar los movimientos de sus enemigos. Al apercibirse de que el grueso de los soldados se precipitaba hacia las montañas, Pipo decidió cambiar de estrategia. No podía arriesgar el éxito de la misión descubriendo el paradero de sus amigos. ¿Por qué arriesgar sus vidas, además?

De manera que haría justamente lo contrario: aprovecharía

la coyuntura para salvaguardar la vida de sus compañeros y el triunfo de la misión. Desvió su rumbo. Llegado a cierto punto —coincidiendo aproximadamente con el cumplimiento de las veinticuatro horas acordadas en el plan—, se detendría y plantaría cara a sus enemigos. Esto atraería su atención y les despejaría el camino a Candi y Bram, facilitándoles la retirada. Si, por obra de algún milagro, sobreviviera al enfrentamiento y consiguiera huir, siempre contaría con Miralda. Como probablemente esto no ocurriera, Pipo confiaba en que Miralda se marcharía y regresaría sola a Abbraláin.

Ya que había de morir, eligió hacerlo bañado por la luz de su amada Clara, en el mismo lugar donde ella lo vio por primera vez, allí donde en varias ocasiones le había confesado su amor: el nacimiento del río Canalón. Se allegó hasta éste y comenzó a seguir su curso.

Entre tanto, Cornelius y Carolina habían acortado distancias peligrosamente, gracias a la rapidez de Infierno.

Probablemente, Pipo jamás hubiera alcanzado el nacimiento del río Canalón de no ser por la oportuna intervención de alguien.

En cierto tramo de su ascensión, Infierno se detuvo en seco pifiando: por poco no tira a Cornelius y Carolina.

Se encontraron enfrente a la serpiente multicolor, cerrándoles el paso con la cabeza alzada, mirándolos fijamente. Cornelius desmontó de Infierno. Aunque Carolina no recordaba nada de su anterior encuentro con la serpiente, algo en su interior presentía el peligro. Cornelius desenvainó la espada y avanzó resuelto hacia el animal. Carolina, temerosa, se quedó sobre el caballo.

—Ten cuidado...

Cornelius, a medida que avanzaba sin dejar de sostener la mirada del bicho, fue sintiendo que el vértigo se apoderaba de él y perdía el sentido de la orientación. A medio camino se detuvo y pestañeó con fuerza varias veces.

—Un momento, un momento... ¿Tú y yo no nos conocemos? —los ojos de la serpiente relampaguearon—. ¡Rayos, no es posible! ¿Tú aquí? —un rayo cayó en el suelo, entre Cornelius y la serpiente, levantando una intensa humareda. Por un instante, Cornelius creyó distinguir, a través del humo, la figura alta y delgada de un hombre... Pero al instante siguiente todo había desaparecido: el hombre, el humo y la misma serpiente.

Cornelius se frotó los ojos como si despertara de un largo sueño. Miró en derredor para situarse.

—Bueno —le dijo a Carolina—, sigamos adelante.

Subió sobre Infierno y prosiguieron. Al rato se encontraron con sus propias tropas.

—¡A la orden, señor! —saludó el oficial al mando.

—Pero... ¿cómo es posible esto? —preguntó Cornelius, sin comprender—. Si vosotros veníais detrás de nosotros...

—Justamente, señor —admitió el oficial, que tampoco comprendía la sorpresa de Cornelius—: nosotros íbamos detrás de vosotros.

—¿Y entonces? ¿En qué momento nos habéis adelantado?

—Nosotros no os hemos adelantado, señor —el oficial palideció, pues contradecir a Cornelius no era en general una práctica saludable—: sois vosotros los que habéis vuelto sobre vuestros pasos.

—¿Qué? ¿Me tomas por un estúpido? Estamos subiendo hacia la cumbre... —se interrumpió de golpe al comprobar que su propio dedo no señalaba hacia lo alto, sino al pueblo, abajo; entonces miró alrededor, intentando resituarse... hasta que comprendió que, cuando reanudaron el trayecto tras su encuentro con la serpiente, creyendo subir, habían estado bajando... por lo que acabaron tropezándose, lógicamente, con los soldados que los seguían—. Bueno, basta de tonterías —zanjó Cornelius—. Prosigamos la marcha.

Sin embargo, en el mismo tramo de antes los estaba esperando la serpiente. Esta vez Cornelius venía prevenido.

—¡A ella, soldados! ¡Atacad en grupo, cercándola, pero no se os ocurra mirarla a los ojos! ¡Sobre todo, no la miréis a los ojos!

La advertencia llegó tarde para la primera batería de soldados: bajo el influjo hipnótico del reptil, se dieron media vuelta y atacaron a sus propios compañeros.

—¡Maldita sea...! ¡Vamos! —dijo Cornelius a Carolina.

Espoleó a Infierno y prosiguieron la ascensión, dejando que los soldados se entendieran con el ofidio. Las tropas redujeron a sus compañeros hipnotizados y fueron estrechando el cerco a la serpiente. Un soldado logró acercarse lo suficiente como para tenerla bajo su alcance: alzó la espada y se disponía a abatirla... cuando un pequeño rayo cayó sobre la punta de la espada y se extendió rápidamente por todo el cuerpo del soldado, quien, envuelto en chisporroteantes haces eléctricos, se convulsionaba por efecto de la descarga. Sin embargo, a este soldado le siguieron varios... La serpiente los esquivó serpenteando por entre sus piernas. Un soldado, intentando matarla, le rebanó de un tajo el pie a otro.

La serpiente, al moverse, perdía la concentración y poco a poco decrecía su poder.

Por su parte, Cornelius y Carolina llegaron por fin al nacimiento del río Canalón.

—Os estaba esperando —les anunció Pipo, espada en mano—. Hola, Carolina —inclinó levemente la cabeza y se volvió a Cornelius, apuntándole con Centella—. ¡Combate singular!

—No sabes a quién vas a enfrentarte, muchacho —le replicó Cornelius sonriente, desmontando. Pipo le devolvió la sonrisa a Cornelius. Carolina también desmontó, quedándose junto a Infierno.

—Oh, sí. Eres Cornelius *el guapo*, el lugarteniente de Sinluz. Gran capitán de las tinieblas, brazo derecho de la oscuridad... —Cornelius asintió complacido mientras desenvainaba la espada e iba adoptando posición de ataque— ...Te reconozco, Cornelius —prosiguió Pipo, todavía sin alzar su espada—. Tú mataste a mi padre. Prepárate a morir.

Por respuesta, Cornelius le lanzó un rapidísimo mandoble. Pipo le paró el golpe en el último instante, con firmeza y economía de movimientos: sólo alzó el brazo de la espada, no movió un músculo del resto del cuerpo. A este golpe Cornelius añadió una serie. Pipo los paraba sin moverse del sitio.

—¿Quién era tu padre, muchacho? —inquirió Cornelius afilando su pérfida sonrisa, mientras cruzaban sus espadas.

—El maestro Elías, forjador de Centella —su espada centelleó—: la espada que va a matarte.

—Oh, sí, el venerable Elías... la verdad sea dicha: fue para mí un auténtico placer deshacerme del viejo cascarrabias...

Pipo replicó con la espada, lanzando su primer ataque. Por un instante, Cornelius perdió la sonrisa, ocupado en frenar la acometida de Pipo. Pero en seguida volvió a sonreír.

—Tu papaíto se arrastró como un vil gusano pidiendo clemencia... —mintió con convicción—. Dio un bonito espectáculo. Patético.

Pipo embistió con un durísimo ataque que casi descompone la guardia de Cornelius, quien tuvo que retroceder apresuradamente. La sonrisa se le borró de la cara. Pero era tal el ímpetu de Pipo que al lanzar el sexto golpe, esquivándolo Cornelius, quedó al descubierto: Cornelius le alcanzó en el brazo libre. El brazo de la armadura salió volando. De no ser por ésta, Pipo se hubiera quedado sin brazo. Pero éste se le quedó inerte, y sangraba abundantemente. Pipo recibió el tajo sin proferir una queja. Tras el golpe, Cornelius prosiguió el contraataque feroz y hábilmente, ganando y aún sobrepasando el terreno perdido. Pipo retrocedía, desbordado por su adversario. Hasta que Cornelius se detuvo a tomar aliento. Entonces Pipo habló de nuevo.

—Te reconozco, Cornelius. Tú mataste a mi padre. Prepárate a morir.

Y se lanzó sobre Cornelius, sin importarle su brazo herido. Cornelius paró la serie de Pipo y reaccionó con furia, haciendo retroceder de nuevo a Pipo... hasta que lo hirió en una pierna. Pipo encajó el golpe con entereza.

—Te reconozco, Cornelius. Tú mataste a mi padre. Prepárate a morir.

Y, aun cojo y con un brazo inerte, arremetió de nuevo contra Cornelius. A éste no le costó gran esfuerzo parar sus estocadas, aunque ahora ya no reía en absoluto. Acto seguido pasó al contraataque. Pipo, debilitado por sus heridas, interceptaba la espada enemiga a duras penas.

Tras una serie de fuertes golpes, Cornelius le hincó la espada a Pipo en la tripa. Luego la retiró. La sangre manó copiosamente del agujero. Pipo retrocedió unos pasos, se tambaleó... y dobló la rodilla, al tiempo que agachaba la cabeza y apoyaba a Centella en el suelo, aunque sin soltar su empuñadura.

—Adiós, muchacho. Fuiste valiente —concedió Cornelius, alzando su espada...

Cuando el filo de ésta, descendiendo vertiginosamente, se encontraba ya a un palmo del cuello de Pipo, éste, sin levantar la rodilla ni la mirada, paró el golpe mortal con un movimiento rapidísimo. Las hojas de las espadas forcejearon. Cornelius, incrédulo, presionaba con la espada, tratando de vencer su resistencia. Pero Pipo le contuvo, alzando la vista para encontrarse con la de Cornelius. Clavaron sus miradas en los ojos del otro. Forcejearon durante unos segundos. De las hojas de las espadas saltaron chispas. Aún rodilla en tierra, Pipo volvió a hablar.

—Te reconozco, Cornelius. Tú mataste a mi padre. Prepárate a morir.

Y dio un empujón con Centella que, sorprendiendo a Cornelius, lo hizo trastabillar y retroceder cuatro o cinco pasos. Pipo se incorporó lentamente. Su espada centelleó. Avanzó hacia Cornelius sin prisa ni pausa.

Cornelius le lanzó un tremendo golpe, pero Pipo lo detuvo en seco y prosiguió su avance. Cornelius lanzó otro, pero Pipo volvió a detenerlo sin detener su avance... Otro golpe, y otro, y otro... Pero Pipo los paraba todos. Cornelius retrocedía con alarma e incredulidad, mientras que Pipo ganaba energías y aplomo a cada paso que daba adelante. Finalmente lo arrinconó a la orilla del río. Cornelius intentó un ataque

desesperado, pero Pipo paró su espada con Centella y, efectuando un hábil giro de muñeca, desarmó a su adversario, cuya espada salió despedida por los aires, yendo a clavarse justo donde estaba Carolina... quien por los pelos consiguió apartarse a tiempo.

Pipo acercó la punta de Centella al pecho de Cornelius...

— Te reconozco, Cornelius. Tú mataste a mi padre. Prepárate a morir.

— ¡Espera! ¿Me negarás una última voluntad?

Pipo pegó la punta de Centella al pecho de Cornelius y presionó ligeramente.

— Depende.

— ¿Cómo te llamas, muchacho?

Pipo había olvidado la presencia de Carolina. Mientras Cornelius lo entretenía, ella desclavó su espada del suelo y se acercó a Pipo por la espalda, elevando aquélla en posición horizontal a la altura del corazón de Pipo...

— Mi nombre es...

Carolina, a espaldas de Pipo, preparó la traicionera estocada...

Un rayo de vivísima luz procedente de la estrella Clara se abatió sobre Carolina hiriéndole el rostro. Ésta soltó de golpe la espada a la vez que un desgarrador aullido: pues, en el momento en que la luz cegadora entró en contacto con ella, la piel de su cara comenzó a burbujear y chisporrotear como la lava de un volcán ardiendo.

Pipo se volvió rápidamente. A Carolina le salía humo de la cara. Echó a correr montaña abajo sin dejar de aullar. Cornelius aprovechó la ocasión para escapar, montando en Infierno y saliendo tras Carolina.

Lo que son las cosas. En ese momento Pipo se olvidó de todo...

—Pero mañana seguiremos, chicos... —advirtió el viejo vagabundo—, porque en este momento he olvidado cómo seguía la historia. Seguro que mañana me acuerdo.

XI

Decíamos ayer... Claro, ahora recuerdo... —dijo el viejo, cogiendo de nuevo el hilo del cuento—. Decíamos que, cuando Clara lanzó un rayo a Carolina en defensa de Pipo, él se olvidó de todo: de Carolina y Cornelius que se batían en retirada, de la peligrosa situación en que se encontraba, de la sangre que brotaba por sus tres heridas... incluso de sus queridos compañeros de expedición.

Porque, en ese momento, a Pipo sólo le importaba una cosa. Alzó la vista y miró a Clara, con el rostro tembloroso de emoción.

—Me has salvado la vida... eso significa que me quieres
—Clara no decía nada, pero su cara expresaba una indecible ternura que no hacía nada por contradecirle—. ¡Me quieres!
—Pipo se dejó caer sobre la yerba boca arriba, sin dejar de mirar a su amada: y su cara encarnaba el mayor de los gozos—. Ahora puedo morir tranquilo...

Clara no dijo nada, pero pensó: «No voy a dejar que mueras tontamente cuando, contraviniendo la ley de las estrellas, acabo

de impedir que te maten.» Y comenzó a curar las heridas de Pipo con sus rayitos. Él, sintiéndose en la gloria, se dejaba hacer.

Clara no olvidó que los enemigos de Pipo aún acechaban por las montañas. Concentrando todas sus energías sobre la cumbre de las Dos Hermanas, hizo lucir a su estrella con una intensidad hasta entonces desconocida —incluso para ella—. Cornelius y los soldados, al contemplar la luz expandiéndose radiante por la montaña, pusieron pies en polvorosa. Algunos pieles grises que se rezagaron fueron alcanzados por la luz: su piel se agrietó, adquiriendo la textura de la ceniza, y sus movimientos fueron volviéndose más lentos y pesados... hasta que dejaron de moverse. Allí se quedaron, pasmados como estatuas. Al soplar sobre ellos la mínima brisa, se desmoronaban como un montón de cenizas: pues precisamente en eso habían quedado convertidos. Carolina, por su parte, no salió corriendo como los demás: pues no había dejado de correr hacia el pueblo desde que fuera herida por el primer rayo de luz.

Junto al nacimiento del río Canalón, Pipo, ya prácticamente curado de sus heridas por la acción salvífica de los rayitos de Clara, seguía tumbado en la yerba y desentendido de todo excepto de su amada.

Justamente en ese momento, Candi y Bram zarpaban rumbo a Abraláin. Candi estaba hecho un mar de lágrimas. Bram,

aunque también visiblemente abatido, trataba inútilmente de consolarlo.

Hay que decir en defensa de Pipo que, en realidad, había decidido de antemano la partida de sus compañeros... sin él. Era la manera de preservar sus vidas y asegurar al tiempo que Amanuel recibiría el informe. Pero él se había propuesto no salir de Teotolcan hasta averiguar el secreto del nacimiento de los agujeros negros...

Pero también hay que decir de Pipo, ahora en su detrimento, que, aunque sus planes hubieran sido completamente diferentes, en esa ocasión hubiera hecho exactamente lo mismo que hizo: permanecer tendido en la yerba, dedicado íntegra y exclusivamente a su amor.

Primeramente, Pipo miraba a Clara y sólo la sonreía. Clara también sonreía. Tardó un tiempo en comprender que, en realidad, lo que estaba haciendo Pipo era imitarla. Entonces Clara entornó sus ojillos, un poco irritada a la vez que divertida; y Pipo también entornó los suyos. Las comisuras de los labios de Clara se distendieron en una sonrisa más amplia... y los labios de Pipo hicieron lo propio; pero Clara ya no sabía si es que la estaba imitando o lo hacía de natural...

Hasta que, de pronto, Pipo mudó el gesto y la actitud y se puso

muy serio. Tremendamente serio. Clara se asustó. Lentamente, Pipo fue extendiendo la mano por delante de su cara... y entonces, conectando el pulgar con la punta de su nariz, estiró los dedos y le envió un «tururú».

Clara ya no pudo contenerse por más tiempo...

... y le habló.

Y, lo que son las cosas, fijaos cuál fue la primera palabra que pronunció en su vida.

—Tonto... —pero le insultó con infinita dulzura: y Pipo jamás hubiera creído que alguien pudiera sentirse tan, tan, tan feliz oyendo que lo llamaban tonto—. ¡Me vas a hacer reír...!

Por toda respuesta Pipo, conteniendo a su vez la risa, unió con gesto solemne su otra mano a la primera y le envió un segundo tururú con redoble.

Clara rompió a reír como una niña... y su risa estrellada sonaba como millones de cascabeles que se derramaran en cascada por todo el planeta... por toda la galaxia... rejuveneciéndolo todo a su paso... Pipo, al oír la risa de Clara, entró en un delicioso éxtasis de amor.

Se dedicó entonces a ponerle caritas a Clara.

Para empezar, le puso cara de ganso...

—Pero, ¿cómo se puede ser tan tonto? —le rió Clara.

Pipo puso entonces carita de pena e hizo como que se echaba a llorar... Y Clara se mondaba de la risa... Y Pipo también rió... y a continuación puso cara de memo...

—¡Más que tonto!

... y de mimo...

—¡Tonto tontísimo!

... y de mono...

—¡Señor, qué requetetonto!

... y de mendigo que pidiera una limosnita...

—Infinitamente tonto.

... etc.

Y, cada vez que Clara lo maltrataba duramente, Pipo simulaba echarse a llorar con gruesos lagrimones, y se frotaba los ojos exprimiendo el llanto imaginario... Y Clara se reía, cascabeleando alborozada... Y los dos reían como tontos...

El viejo vagabundo hizo una pausa en el relato. Raúl el travieso aprovechó para levantarse de un salto y, mirándonos a todos con los ojos brillantes y sonrisa maliciosa, comenzó a dar botes.

—¡Tontos, tontos! ¡Que sois todos más tontos quel tonto del pueblo!

—¡Tonto lo serás tú! ¡Tontorrón!

—¡Supertonto!

—¡Pedazo de tonto!

—¡Super-hiper-ultra-mega-tonto!

—¡Pues tú más!

—¡Espejo, espejo! ¡En mi cara rebota y en tu culo explota!

—¡Bueno, vale ya de tonterías!—cortó el viejo—. Y, hablando de tonterías... finalmente Clara le dijo a Pipo, después de que éste le hiciera decenas de caras y monerías:

—Realmente, Pipo, es imposible ser más tonto que tú. Tu tontería es inmensa, grande, enorme... pero, así de grande, inmensa, enorme como es tu tontería... así de grande, enorme, inmenso es todo lo que yo te quiero... tonto mío.

Pipo pensó que iba a derretirse, tánta era su felicidad...

— Te quiero, Clara... mi niña de la estrella... Voy a quererte infinito y siempre.

Pipo se llevó las yemas de sus dedos a la boca y depositó un ellos un beso. Luego sopló sobre su palma, enviándole el beso a su amada. Clara entreabrió los labios y aspiró con todas sus fuerzas para recibir el beso de su amado...

Entonces Clara lloró de alegría: sus lágrimas surcaron el firmamento como miríadas de estrellas fugaces y, en toda la galaxia, las gentes se preguntaban la procedencia de tan fantásticos fuegos artificiales...

A partir de ahí, Pipo y Clara ya no hablaron: sólo se miraron. Horas y horas.

Clara recostó sus rayitos en el cuerpo tendido de Pipo, y se sentían como dos amantes tendidos el uno encima del otro... Y se miraban fija, intensa, penetrantemente.

Durante ese intervalo Teotolcan entero, aun hallándose bajo el dominio de las sombras, fue bañado por los rayitos más dulces, hermosos y acogedores que jamás han iluminado mundo alguno... Oleadas de amor embargaban el ánimo de todos los

habitantes... Por todas partes crecían amandinas... Las plantas florecían y los pajarillos cantaban revoloteando... Los niños volvieron a jugar, los enamorados a soñar, la gente a cantar, reír y bailar... Los mismos pieles grises padecieron los efectos de la luz irradiada por Clara, sintiéndose por momentos rebosantes de ternura: y pensaban que habían contraído alguna enfermedad extraña, —una especie de peste.

De manera que todos eran dichosos en Teotolcan... menos dos.

En los aposentos de Carolina, ella rumiaba su odio con la asistencia de Cornelius.

En realidad, cuando Clara lanzó a Carolina un intenso rayo de luz cegadora, lo hizo con la intención de defender a Pipo y no de dañarla a ella; de hecho, si Carolina hubiera sido una persona común, el rayo tan sólo la hubiera deslumbrado durante unos días... quizá hubiera sufrido alguna quemadura leve y dolores de cabeza intermitentes durante una temporada, pero en eso hubiera quedado todo. Ahora bien: Carolina tenía el alma renegrida por años de entrega a vicios inconfesables y perversos... de forma que el rayo de Clara causó en su piel un efecto letal: su cara había quedado espantosamente deformada, convertida en un amasijo informe de costras verrugosas.

—¡Me vengaré! Maldito Pipo... Maldita estrella... Siempre

lo había sospechado, pero no podía creerlo... ¡Desintegraré la estrella Clara! ¡Someteré a ese miserable a las torturas más atroces! ¡Mira lo que me han hecho! —y, al decir esto último, Carolina se volvió hacia un espejo de la pared para verse... pero éste estalló en mil pedazos (lo cual fue una suerte para ella).

—No te preocupes, querida... Es cierto que toda nuestra magia no puede arreglar... —Cornelius señaló su rostro con una mueca de asco— ...eso que te han hecho; pero volverás a ser tan guapa y deseada como antes, querida, te lo aseguro... Seleccionaremos a la doncella más hermosa de Teotolcan... ¡Qué digo Teotolcan, de toda la galaxia! ... Después la desollaremos con exquisito cuidado, y revestiremos tu rostro con la piel de su cara... Te quedará como un guante, ya lo verás... Me encargaré personalmente de que así sea.

—¡No! —chilló Carolina—. Ésa no sería mi cara... ¡Sería una máscara!

—¿Y quién no lleva máscara? —Cornelius la miró a los ojos, tan serio como nunca lo había visto—. Querida, ¿cómo crees que soy yo en realidad?

—¡Maldita estrella! ¡Maldito bastardo! ¡Me vengaré! —Carolina se postró súbitamente de hinojos, presa de un odio desesperado—. ¡Amo! ¡Sinluz, amo y señor! ¡Bórralos de la faz de la galaxia! ¡Mejor aún, condénalos a un suplicio eterno! ¡Ayúdame a vengarme, amo! ¡Ayúdame, Sinluz!

Un vendaval azotó el palacio, abriendo de par en par las

ventanas y apagando las antorchas que iluminaban la estancia.

—Tranquilízate, querida... —la consoló Cornelius. Su voz resonaba en la oscuridad—. Estoy seguro de que Sinluz te ayudará... incluso más de lo que tú crees. Pero, claro: tú tendrás que ofrecerle algo a cambio, ¿no?

—Lo que sea preciso, Cornelius, ¡Lo que sea preciso!

El viento cesó.

Y nosotros —advirtió el viejo vagabundo, concluyendo la ración diaria del cuento— nos vamos a la cama: no vaya a ser que el viento sople de nuevo.

Casualidades de la vida, esa noche se levantó un vendaval. El viento se colaba silbando por las rendijas del Albergue. A media noche, Rosita comenzó a gritar en sueños.

—¡No, por favor! ¡Vete, Carolina! ¡Tú, buja! ¡Buja mala! ¡Nooooo...!

Nos despertamos sobresaltados. Yo salté hasta su lado, y la zarandé con suavidad.

—Rosita... ¡Despierta, Rosita!

Se despertó sollozando, y nos contó que estaba soñando que Carolina, con su horrible cara deforme, pretendía comérsela.

Entre los aullidos del viento y la pesadilla de Rosita los niños habían cogido miedo y no podían dormirse. Los más pequeños se metieron en las camas de los mayores. Aún así, tuve que encender una vela y prometerles que haría rondas todo el rato por la habitación. Mientras caminaba, observaba los desplazamientos de mi sombra a la luz de la vela. La verdad, yo también estaba asustado. Pero no podía dejar de pensar en la terrible venganza sobre Clara y Pipo que Carolina había anunciado...

Cuando comprobé que todos los chavales dormían me metí en la cama y apagué la vela.

XII

A la noche siguiente, Rosita no quería seguir escuchando el cuento, porque —decía— luego soñaría con la «buja» Carolina, que era muy mala y le daba mucho miedo...

— ¿Sabéis qué? —dijo el viejo, cruzándose de brazos—. Creo que Rosita tiene razón. Es mejor que no siga adelante. Ya os dije que no era un cuento apropiado para niños.

Pero todos lo demás nos negamos, intentando convencer, ora al viejo, ora a Rosita, de que depusieran su actitud. El viejo argumentaba que no quería provocarle más pesadillas a Rosita...

—Comprendedlo, muchachos: no puedo echar ese peso en mi conciencia...

— ¡A mí no me importa! ¡Échalo en la mía! ¡Mi conciencia puede aguantar ese peso y mucho más...! —saltó Raúl, como si la conciencia fuera un saco de patatas.

—Pero, Rosita... —insistía Jorge—, ¿No comprendes que entonces nos vamos a quedar sin saber qué pasa con Clara y Pipo?

Y así unos y otros... Hasta que, de pronto, Rosita nos sorprendió a todos.

— Bueno, está bien... No me importa seguir con el cuento... Pero sólo si papá me coge en brazos.

— ¡Pero, Rosita, si tú no tienes padres! —le recordó Jorge.

— ¿Cómo que no? Yo tengo un papá muy bueno y muy fuerte... — todos la miramos, unos con expectación, otros con cara de «a ver qué tontería se le ha ocurrido ahora a la niña...». De pronto, Rosita vino hasta mí y levantó sus dos manitas—. Papá, porfa, cógeme en brazos...

¡Demontre de cría! Casi consigue emocionarme...

— Claro, hijita, ven aquí... —le seguí el juego. La alcé con cuidado y la senté sobre mis rodillas. Después miré al viejo—. Cuando quieras, abuelo...

— Está bien —asintió el vagabundo. Hundió su mirada en la lumbre y prosiguió el relato—. Después de aquellas horas, las más felices de sus vidas, que Clara y Pipo pasaron juntos, ella retornó a su condición de habitante de las estrellas, imparcial y sonriente, y él consiguió entrar en su refugio secreto sin ser visto... Allí le estaba esperando Miralda: al verlo, relinchó con alegría, y se acercó a frotar el hocico contra su cara... Pipo le acarició el lomo con ternura.

—Mi fiel Miralda... ¿Estabas preocupada por mí, bonita?

Por su parte, Cornelius había cercado las Dos Hermanas con numerosos batallones de soldados. Pero no se atrevían a subir en busca de Pipo por temor a la luz de la estrella Clara. Pipo, a su vez, no encontraba la manera de bajar sin ser descubierto y apresado.

A los pocos días, Carolina se mostró de nuevo en público: era otra vez tan hermosa como antes, y lucía su malévola sonrisa de siempre... pero había cambiado de cara. Conociendo su humor, nadie se atrevía a preguntarla acerca del cambio.

Justo por aquel entonces Candi y Bram llegaron al término de su viaje. Fueron primero a Abbraláin, y de allí tuvieron que viajar hasta Bilón, pues los caballeros todavía continuaban el asedio de este planeta. Entraron en la tienda de campaña de Amanuel. Éste estaba reunido con Rolando y los restantes oficiales. Al ver a un yaki, todos los caballeros se llevaron la mano a la empuñadura de sus espadas.

—Tranquilos, amigos —trató de apaciguarlos Candi—. Es de confianza.

—¿De confianza de quién? —le espetó un caballero.

—Si mi amigo Dardo dice que es de confianza... —comenzó Rolando.

—Tiene la confianza personal del capitán Běldar —repuso Candi, atajando a Rolando. Su respuesta disipó los temores de los caballeros, que les dieron la bienvenida—. Traemos nuevas de Teotolcan. El capitán Běldar aún sigue allí.

Amaniel ordenó a los caballeros que prosiguieran con el plan de campaña para la jornada siguiente, pero él y Rolando se reunieron aparte con los recién llegados. Tras presentarles a Bram y explicarles brevemente la forma en que se unió a ellos, Candi entregó a Amaniel el informe preparado por Pipo. Luego les contó de palabra los últimos sucesos, explicándoles cómo se habían separado.

—... Pipo todavía está en Teotolcan —concluía Candi—. Yo debería haberme quedado con él, pero se empeñó en que viniera.

—No te preocupes, Candi —le consoló Rolando—. Pipo sabe cuidar de sí mismo... —pero, por la manera en que habló, podía apreciarse que a él mismo le hubiera gustado estar junto a su amigo, compartiendo el peligro en que pudiera encontrarse.

Amaniel reflexionó largamente. Luego rompió su silencio.

—Ahora no podemos hacer nada, salvo esperar noticias de Pipo... y aumentar la intensidad de nuestro ataque. La situación aquí en Bilón empeora momento a momento. Si aflojamos la presión un solo día, esto bastará para que brote el maldito agujero negro...

Candi se rascó la nariz.

—Ya que vosotros no pensáis hacer nada —afirmó—, yo partiré de inmediato hacia Teotolcan para reunirme con Pipo.

—Espera un momento, muchacho —le contuvo Amanuel—. Lo que Pipo tenga que hacer, lo hará mejor a solas. Además, ahora que estás aquí, no podemos permitir que te marches: toda ayuda es poca, necesitamos hombres de brazo fuerte y probada valentía...

—¡Pero soy su escudero! ¡Un escudero debe estar junto a su caballero!

—Bueno... —Amanuel meditó un instante—. La verdad es que durante este viaje te has portado como un auténtico caballero. Así que... disculpa que me salte el protocolo, pero no estamos para ceremonias... ¿Juras no perder jamás la esperanza, manteniendo siempre viva su llama?

—Pero... —comenzó Candi. Sin embargo, al comprender la intención de Amanuel, cambió de expresión y se arrodilló—. Sí, juro.

Así fue como Candi, tras pronunciar los tres votos, fue nombrado caballero. A partir de ese momento, tanto él como Bram se distinguieron, por su arrojo y habilidad, en las sucesivas batallas de Bilón.

Volviendo a Teotolcan...

...Un día, desde la montaña, Pipo observó una agitación extraordinaria en palacio: legiones de pieles grises entraban en él, arrastrando consigo a niños y mujeres del pueblo, así como numerosos y extraños objetos. Pipo sospechaba que algo importante estaba a punto de ocurrir, y desesperaba: porque no veía la manera de introducirse en el palacio sin ser descubierto...

Daba vueltas por el bosque sin perder de vista el palacio cuando, de pronto, se encontró enfrente suyo a la serpiente multicolor, mirándolo fijamente. El ofidio siseó y se dio media vuelta. Pipo lo siguió. Le llevó nuevamente a la cueva. Entró tras ella. La serpiente llegó hasta el estanque y se zambulló en él.

Pipo se acercó hasta la orilla y miró en el agua: no había ni rastro de la serpiente... pero, para sorpresa de Pipo, lo que se reflejaba en la superficie no era el techo de estalactitas... ¡Sino el interior del salón de palacio!

Recordó que en dicho salón había una fuente, justo en el centro. Estudió detenidamente el estanque: lo que se reflejaba en éste se correspondía con lo que reflejaba la fuente del palacio. Se metió en el agua, que le llegaba por las rodillas. Rebuscó en el fondo palmo a palmo, pero no encontró nada en particular. Salió del estanque y se sentó junto a la orilla, meditabundo. Al rato tomó una decisión. Se levantó, retrocedió unos metros... y, tomando carrerilla, dio un gran salto, tirándose de cabeza al agua.

En lugar de chocar contra el fondo, notó que se hundía en las profundidades. Abrió los ojos: todo estaba oscuro. Siguió buceando hacia abajo. Cuando empezaba a desfallecer por la falta de aire, atisbó una fuente de luz, arriba a lo lejos. Se desplazó hacia ella...

Sacó la cabeza del agua aspirando una gran bocanada de aire, y miró a su alrededor... se encontraba en la fuente del salón palaciego, protegido tras la cortina de agua que manaba de su grifo. Asomándose a través de ella podía ver lo que ocurría en el salón.

Se celebraba una especie de siniestra liturgia.

Cornelius estaba en el palco. Llevaba una túnica negra de una sola pieza y un grueso medallón dorado, al estilo de un sumo sacerdote. Sobre su cabeza se había puesto un casco con dos enormes cuernos de macho cabrío.

Una serie de hombres escogidos, vestidos de gala, se desplegaban por el salón, dispuestos en círculo. Todos llevaban cascos parecidos al de Cornelius, aunque su cornamenta era de menor tamaño.

Carolina estaba tendida en el altar del centro. En torno a éste, habían trazado en el suelo una estrella de siete puntas con un líquido viscoso de color granate que parecía sangre. Sobre cada

una de las puntas de la estrella, habían colocado velas negras que expelían un humo denso y maloliente.

Cornelius tenía los brazos alzados en cruz, con las palmas vueltas hacia arriba, y recitaba letanías en una lengua extraña que Pipo desconocía. Bajó los brazos y miró a los concurrentes.

—¡Siervos de Sinluz! ¡Hoy es un gran día! ¡El principio del fin! Hoy, nuestro amo y señor va a verter la semilla de la que brotará un nuevo agujero negro... Pero no será un agujero negro más... Por la estratégica posición en la galaxia de este pequeño planeta, el futuro agujero negro quebrantará el equilibrio cósmico, inclinando la balanza a favor de las fuerzas de la oscuridad... ¡Traed a los niños y las vírgenes! —ordenó.

Tres oficiantes se allegaron hasta Cornelius: cada uno llevaba un bebé en brazos. Los críos lloraban a moco tendido. Detrás, un pelotón de soldados arrastraba a punta de espada a media docena de asustadas doncellas.

Lo que Pipo vio a continuación fue horrible. Os ahorraré los detalles. Baste decir que Cornelius vertió la sangre de los recién nacidos en un cáliz, y la sangre de las jóvenes vírgenes en otro cáliz. Luego recitó otra serie de letanías, realizando movimientos rituales con las manos sobre cada uno de los cálices.

Tomó un cáliz con cada mano y se acercó hasta Carolina, que seguía tendida en el altar. Tomó el cáliz con la sangre de los bebés, y se lo dio a beber. Carolina entró en letargo. Después tomó el cáliz que contenía la sangre de las vírgenes y, levantándole la falda a Carolina... Bueno, no os diré lo que hizo con esa sangre.

El caso es que Carolina, sin salir de su letargo, empezó a sufrir una serie de convulsiones y movimientos espasmódicos. Eran movimientos lascivos, progresivamente más obscenos... Paralelamente, comenzó a jadear profundamente, exhalando un humo rojizo por la boca y la nariz...

—Ven... Ven... Ven... —empezó a decir.

Cornelius se alejó del altar andando hacia atrás, hasta que salió de la estrella de siete puntas. Volvió a alzar los brazos en cruz y reanudó sus letanías.

—Ven... Ven a mí, amo y señor... Ven... Te deseo... —decía Carolina, presa de un frenesí cada vez mayor— ...Estoy preparada para recibirte, mi amo...

Cornelius concluyó sus salmodias. Entonces, sin que Pipo pudiera precisar de dónde provenía, un espeso humo negro invadió el salón... Cornelius, así como todos sus hombres,

hincaron sus rodillas en tierra y humillaron la cerviz, al tiempo que se tapaban los ojos con las manos.

Lo que sucedió a continuación fue todavía peor que lo anterior. El propio Pipo, a partir de cierto momento, tuvo que taparse los ojos. Pero, como no tenía suficientes manos, no pudo taparse asimismo los oídos: y los horribles alaridos de Carolina perforaron sus tímpanos... una y otra vez...

Entonces, Pipo juzgó que ya había visto bastante: pues ahora sabía cómo nacían los agujeros negros... Se sumergió de nuevo en el agua de la fuente. Buceó y buceó... pero todo era oscuridad, y no veía ninguna luz que le indicara la salida... Cuando estaba a punto de asfixiarse, algo pasó nadando a su lado, levantando destellos multicolores en el agua: era la serpiente. Pipo, en un esfuerzo desesperado, se agarró a su cola, antes de perder la conciencia...

Cuando despertó, estaba tumbado a la orilla del estanque, con las piernas aún en el agua.

Se levantó y fue en busca de Miralda. En cuanto la vio se subió a su grupa.

—Miralda, preciosa —le susurró al oído—, esta vez tienes que galopar tan rápido como el más rápido de los cometas.

Miralda relinchó y emprendió el vuelo.

Remontaron la cumbre de las Dos Hermanas.

Antes de abandonar Teotolcan, Pipo miró a la estrella Clara.

—Adiós, amada mía. Ahora debo irme. Pero volveré en cuanto me sea posible. Y, cuando lo haga, te juro que será para librarte definitivamente de este horrible mal. ¡Resiste, Clara, por lo que más quieras!

Clara, sin dejar de sonreír, lo vio alejarse a lomos de su hermosa yegua alada: era tan apuesto...

Lo que Pipo no sabía —pues ella se había cuidado de no manifestarlo— era que Clara, a raíz del esfuerzo que hizo para salvarle la vida, se había debilitado considerablemente... Y le parecía que no podría soportar la ausencia de su amado... Aún así, seguía sonriendo.

Mientras surcaban el espacio, Pipo se repetía una y otra vez para sus adentros: «¡Nueve meses! ¡Disponemos de nueve meses para impedir que nazca el agujero negro! ¡El agujero negro definitivo!»

Durante el viaje, Pipo recordaba lo ocurrido en Teotolcan, y

tuvo miedo. Tuvo miedo por su mundo, por la galaxia y por él mismo... pero, sobre todo, le angustiaba la peligrosa situación de Clara. En esos momentos, hubiera dado todo lo que tenía porque ella no hubiera sido una habitante estelar, sino una criatura terrestre como él... Porque, entonces, hubiera podido llevársela consigo y trasladarla a un lugar seguro, lejos del alcance de las fuerzas sombrías.

Pero, entre tanto... ¿qué ocurría en la frontera Sur, donde estaban Amanuel, Rolando, Candi y Bram? Si recordáis, habíamos dejado a los caballeros de la orden de la Esperanza en plena guerra contra Bilón, aquel pequeño planeta poseído por las sombras y regido por una despótica reina Madre devota de Sinluz...

El ejército de la Esperanza acometía la intentona decisiva de asedio a Bilón: pues eran conscientes de que de un momento a otro podía producirse el nacimiento del agujero negro, y entonces todo estaría perdido. Además, ahora sabían que en Teotolcan se estaba gestando la aparición de otro agujero negro, y no podían acudir en ayuda de Pipo y su mundo mientras se mantuviesen ocupados en la frontera Sur.

En torno al castillo de Bilón, Amanuel y Rolando medían fuerzas y tropas con Belial y Nublado, los capitanes de las tinieblas. Rolando dirigía el ataque aéreo y Amanuel el asedio terrestre.

De pronto, sin que nadie se percatara, un rayo de procedencia desconocida penetró por la ventana de la alcoba de la reina Madre. Se oyó un alarido espantoso, como de una manada de hienas histéricas. Al momento apareció por la ventana la Reina Madre de Bilón, envuelta en llamas. Aún chillando, se tiró por la ventana, tratando de huir en vano del fuego —pues era todo su cuerpo el que ardía—. Se estrelló contra el suelo, y sus entrañas —aún crepitantes por efecto de las llamas— quedaron esparcidas por los peñascos.

Los ejércitos de ambos bandos suspendieron la lucha. Los caballeros de la Esperanza permanecieron en un respetuoso silencio, pues nunca celebraban la muerte de una dama. Pero tampoco se entristecieron demasiado, pues sabían que ella apoyaba con todas sus negras artes —que eran muchas, y poderosas— la causa negra. Además, la reina bilónica estaba en avanzado estado de gestación.

—Lo siento por la futura criatura —dijo Amanuel.

—No sé qué decirte... —le replicó Rolando—. ¡No creo que nada bueno pudiera salir del vientre de esa víbora!

En ese momento las tropas oscuras contratacaron con saña y todas sus fuerzas. Se produjo un choque terrible. Poco a poco, empezaron a imponerse los caballeros de la Esperanza.

Las huestes del reino Sombrío se retiraban de Bilón.

Los caballeros de la Esperanza persiguieron a los devotos de Sinluz durante un buen trecho, hostigando y diezmando las tropas.

—Y así, con la victoria de los caballeros de la orden de la Esperanza sobre los vasallos de la oscuridad, que ese día fueron definitivamente expulsados de Bilón y la frontera Sur, terminamos por hoy.

XIII

De vuelta en Abraláin —arrancó el viejo vagabundo a la noche siguiente—, los caballeros celebraron la victoria de Bilón, reunidos en el gran salón del castillo de Amanuel. Brindaron por la Esperanza, por los caídos en pie de guerra, por los caballeros que se habían distinguido en una u otra batalla... Después de los consabidos brindis, Amanuel se dirigió a los caballeros.

—Ahora, divertíos cuanto podáis en este día feliz: pues ha sido una guerra larga y dura, y os lo tenéis bien merecido. Luego, descansad a pierna suelta para recobrar las fuerzas. Porque después, cuando despertéis, empezaremos a prepararnos para marchar sobre Teotolcan, donde está nuestro camarada Pipo, el capitán Bêldar. Tenemos noticias fidedignas, pues proceden de su propia mano —blandió en el aire el rollo con el informe de hojas de Beirul—, de que en estos momentos se prepara en su mundo el advenimiento de otro agujero negro —Amanuel hizo una pausa—. Antes de seguir la fiesta, ¡Propongo un brindis por el capitán Bêldar!

Los caballeros alzaron sus copas...

—¡Voto a bríos, que acepto ese brindis! ¡Pero alcanzadme una copa! ¡No, mejor una jarra, pues vengo sediento!

Todos miraron al que acababa de hablar: como habréis adivinado, se trataba del propio Pipo, que acababa de hacer su entrada en el palacio de Amanuel.

—¡Pipo! —exclamó Rolando, saltando sobre la mesa y corriendo al encuentro de su amigo: le dio tal abrazo que casi consigue lo que las fuerzas sombrías no habían podido hacer con él.

Candi, Bram y los restantes caballeros también lo saludaron efusivamente. Amanuel contempló la escena con una sonrisa de oreja a oreja, y esperó pacientemente a que Pipo terminara de saludar a sus amigos.

—Es para mí un honor saludarte, Gran Maestro... —le dijo Pipo con una inclinación de cabeza, cuando se hubo acercado a Amanuel.

—Siempre tan formal... ¡Ven a mis brazos, muchacho! —le replicó Amanuel, abriendo los suyos.

Como Pipo también necesitaba reponerse de su viaje, se unió a la celebración por la victoria de Bilón. Mientras comían y bebían, les relató parte de sus peripecias a sus amigos.

—Cuando venía para acá llegué a temerme lo peor: pues empecé a divisar hordas enemigas que abandonaban apresuradamente la frontera Sur... sabía que eso significaba la victoria... pero no de quién. Tuve que esconderme en repetidas ocasiones para no ser atrapado por las huestes de la oscuridad... Está claro que se dirigían a Teotolcan, en vista de lo que va a ocurrir allí... Pero, en fin, mañana hablaremos con calma... Traigo información de suma importancia, os lo aviso de antemano. Ahora, disfrutemos de la fiesta.

Al día siguiente, Pipo se reunió con Amanuel, Rolando, Bram, Candi y los demás oficiales caballeros, exponiéndoles sus averiguaciones: el terrible secreto del nacimiento de los agujeros negros, así como el hecho de que el que se avecinaba en Teotolcan podía suponer la destrucción de la galaxia entera, debido a su estratégica situación...

—Claro —meditó Rolando—, por eso fue Cornelius, el más antiguo y poderoso capitán de las tinieblas, quien se encargó de llevar a cabo la dominación de Teotolcan...

—Es más —afirmó Amanuel—, en vista de lo que sabemos ahora, es muy posible que la invasión de Bilón fuera en el fondo una maniobra distractiva, con el fin de mantenernos ocupados a este extremo de la galaxia...

—Una maniobra que, no obstante, si hubiera tenido éxito supondría la existencia de un foco permanente de infección en

la frontera Sur —matizó Candi.

—Así mataban dos pájaros de un tiro —razonó Amaniel—. En cualquier caso, ahora sabemos por qué emprendieron la retirada apenas murió la reina Madre...

—Perdieron su oportunidad —concluyó Rolando.

—Opino —dijo Pipo— que debemos reunir las tropas y marchar sobre Teotolcan cuanto antes...

—No puedo estar de acuerdo, Pipo —le replicó Amaniel—. Según tu informe, las tropas al mando de Cornelius son poderosas y están bien armadas, por no hablar de su destreza al mando. Además, los ejércitos de los capitanes Belial y Nublado se dirigen hacia allí... A saber de qué otros recursos dispone el reino Sombrío para defender lo que pretende sea su jugada maestra... Sin duda se proponen concentrar el mayor ejército de sombras jamás visto... No podemos precipitarnos.

—Pero... la estrella Clara estaba muy débil cuando salí de allí. No podrá aguantar...

—No te preocupes por eso, Pipo —le tranquilizó Amaniel—. Según nuestras noticias de otros agujeros negros, éstos precisan alimentarse, nada más nacer, de la luz de una estrella cercana: después de devorarla se hace mucho más grande y poderoso. Por lo que, llegado el caso, serían ellos mismos los que se ocuparían de proporcionar energía a la estrella Clara, para que aguante hasta el nacimiento del engendro oscuro... Lo que haremos será lo siguiente, pues la ocasión lo requiere: enviaremos emisarios a todos los mundos amigos de la galaxia civilizada,

para que preparen sus ejércitos. Nosotros haremos lo propio: nos prepararemos como nunca, haremos levadas y reclutaremos a todo hombre que se tenga en pie... Nos entrenaremos a conciencia... Y después marcharemos sobre Teotolcan. De esta manera, aprovecharemos su reunión de fuerzas para asestarles el golpe definitivo.

—Además —remató Rolandito—: gracias a ti, Pipo, ahora sabemos dónde tenemos que golpear.

—Tengo que haceros una proposición —intervino Bram—. Es mi intención regresar a mi tierra para entrevistarme con Argh, el rey de los yakis.

—Pero, Bram —objetó Candi—, te matará nada más verte...

—No lo creo. Antes querrá escuchar lo que tenga que decirle. Ya os comenté a Pipo a y a ti que, no hace demasiado tiempo, en las cercanías de nuestros territorios brotó un agujero negro que está devastando la región... Argh odia a los siervos de Sinluz tanto como vosotros, os lo aseguro. Pienso que, por una vez y sin que sirva de precedente, aceptará aliarse con los caballeros de la Esperanza... No desperdiciará la ocasión de librarse de sus peores enemigos.

Aunque todos los caballeros, sin excepción, encontraban repugnantes a los yakis y sus innobles métodos de lucha, comprendían que serían unos valiosos aliados, y la gravedad de la situación aconsejaba aceptar cualquier ayuda posible. Quedó, pues, convenido. De manera que Bram hizo sus preparativos y

partió rumbo a los planetas de las Estepas Heladas, más allá de la frontera Oeste, donde residen los yakis.

Asimismo, mensajeros-veloces siderales salieron en todas direcciones, encaminándose a todos los mundos con cuya ayuda podían contar. Los diferentes pueblos, al recibir el mensaje, comenzaron a disponer sus fuerzas y tropas para la guerra.

El propio Rolando convocó a las tribus de su tierra natal, Brumaria: los montaraces, los venturuces y los tramontanos se aprestaron para ir a la guerra. Se reunirían con los caballeros de la Esperanza cuando éstos iniciaran su marcha, saliendo a su encuentro en los espacios exteriores.

Una expedición de magos de Mirabilia —la capital de Abbraláin— se encaminó más allá de la frontera Este, donde según las leyendas se encontraba la Rosa de los vientos, con el fin de asegurar que los vientos de la alegría soplaran a favor del ejército de la Esperanza durante la guerra. Estos vientos sonaban como alegres melodías e infundían ánimos en los guerreros a quienes ayudaban, mientras que, por el contrario, descorazonaban a sus adversarios.

Amaniel y Pipo permanecieron en Abbraláin, preparando las tropas de los caballeros de la Esperanza. Cada uno marcharía al frente de un ejército. Candi sería el portaestandarte del ejército de Amaniel.

Así comenzó a formarse el más fantástico ejército que jamás se reunió en la historia de aquella remota y antigua galaxia.

Pero las huestes del reino sombrío no se quedaron cruzadas de brazos.

De todos los agujeros negros de la galaxia empezó a salir un humo denso y negro que no presagiaba nada bueno.

Belial y Nublado, con sus ejércitos, se reunieron con Cornelius en Teotolcan. Reorganizaron sus tropas y formaron férreas líneas de defensa en torno a Teotolcan. Convirtieron éste en un planeta fortificado, levantando murallas y torres de defensa por doquier.

Clara observaba todos estos preparativos con ansiedad y preocupación. Cada día se encontraba más débil. Echaba de menos a Pipo y le partía el corazón ver lo que los vasallos de la oscuridad estaban haciendo con su querido Teotolcan. Pero seguía sonriendo.

Entre tanto Bram llegó a su destino y compareció ante el rey Argh. Franqueó el umbral del salón real. Había miles de calaveras en huecos excavados en las paredes: la imponente colección de trofeos de guerra de Argh. Mientras atravesaba el salón tenía la agobiante sensación de que las calaveras clavaban

en él miradas hostiles. Argh recostaba su corpachón de caballo en una especie de trono-pesebre cubierto de mullidas pieles.

No os he dicho antes que Argh era conocido con el sobrenombre de *el feo*: porque su rostro era en verdad horripilante. No trataré de describíroslo, ya que su fealdad era de todo punto inenarrable. Baste deciros que, mientras la mayoría de los guerreros reservan el uso del casco para el combate, Argh hacía exactamente lo contrario: se cubría la cabeza con el casco en tiempo de paz, a fin de que sus congéneres soportaran permanecer a su lado, y se lo quitaba para la guerra, —pues la sola visión de su horrible rostro sembraba el espanto entre sus enemigos, y a menudo resultaba suficiente para hacerlos retroceder.

—Hola, Bram. Qué sorpresa verte por aquí. Tengo que reconocer que eres valiente. Aunque también reconozco que eres tonto. ¿Acaso eres tan leal a tu rey que has vuelto para darme el placer de matarte? Porque es evidente que voy a matarte...

—He venido a proponeros una guerra, señor.

—¡Condenación! Al fin te oigo hablar como un yaki... ¿Después de tanto tiempo empiezas a volverte sensato?

—No es una guerra de pillaje, señor... aunque sí de exterminio. Se trata de exterminar a nuestro peor enemigo: los hacedores de agujeros negros...

Al oír mencionar los agujeros negros, Argh *el feo* comenzó a

prestar atención... Pero, ante la idea de unir sus fuerzas con los caballeros de la Esperanza montó en cólera.

—¿Qué? ¿Me pides que combata junto a nuestros enemigos ancestrales, esos espíritus delicados de nobles principios? ¡Nunca! ¡Maldición, podrían contagiarnos sus finos modales!

—¡Es la única manera de deshacernos de los agujeros negros, señor! ¡De una vez por todas! Una ocasión irrepetible... Luego dispondréis de toda la galaxia para saquearla a vuestras anchas... y ya nadie podrá disputaros el privilegio de ser la raza más abyecta. Veréis: el capitán Běldar tiene la clave para...

—¿¡ Běldar !? —el casco de Argh se tornó incandescente y empezó a echar humo: pues Argh se había inflamado de ira—. ¿El mismo que, años atrás, acabó con el torpe de mi sobrino Grol y puso en ridículo a mis centauros? ¡Pestes y maldiciones! ¡Juré matarlo con mis propias manos...!

Sin embargo Bram, a fuerza de tesón y sólidos argumentos, consiguió poco a poco hacerle entrar en vereda.

—Bueno... ¡Pero ese infame capitán Běldar debe saber que aún tiene una deuda pendiente conmigo! ¡Argh no olvida! ¡Después de la batalla, me cobraré esa deuda con su sangre...! ¡...Su calavera engrosará mi colección! ¡Condenación!

—Aún debo pedir os una cosa más, señor... Quiero marchar al frente de vuestros ejércitos.

—¿Cómo? ¿Quién? ¿Tú? ¿Deja que me ría...! ¡Ja, ja, ja...!

—Yo, señor. Valor personal no me falta: sabes bien que no tengo igual en combate singular... La ferocidad y destreza en combate del pueblo yaki incrementarían notablemente su efectividad con la aplicación de cierta disciplina y tácticas escogidas de combate... Os propongo aprovechar mis conocimientos de estrategia militar.

—¿Estrategia? Los yakis nunca hemos necesitado un artilugio semejante...

Pero Argh meditaba la propuesta de Bram. Sabía que razón no le faltaba: habían perdido numerosas batallas por carecer de conocimientos técnicos. Si aprovechaba esa ocasión, más adelante podría utilizar dichos conocimientos para sus propios fines... Finalmente, concedió que Bram dirigiera sus tropas, —aunque él, el rey Argh, permanecería al frente de su terrorífica y sanguinaria legión personal.

Así que Bram fue designado por Argh comandante en jefe de los yakis, emprendiendo la dura tarea de convertir sus desorganizadas hordas en un ejército hecho y derecho. Comenzó con un período de instrucción durante el cual fue inculcándoles disciplina y método...

Durante los meses siguientes, la formación y preparación de los ejércitos con vistas a la guerra de Teotolcan fue la actividad exclusiva en todos los mundos de la galaxia...

—Y, mientras ellos se preparan para la guerra —concluyó el viejo vagabundo—, nosotros nos vamos a descansar, que ya es hora.

—¡Yo también quiero prepararme para la guerra! —dijo Raúl.

—¡Y yo! —se apuntó Jorge—. ¿Por qué no formamos un ejército?

—¡¡Vale!! —reaccionaron todos los niños como un solo hombre.

—Bueno, pues para empezar... —intervine—, ¡Todos desfilando hacia la cama! ¡Un, dos, un, dos...!

XIV

Llegó la noche siguiente. Todos apiñados, como de costumbre, en torno a la lumbre. El viejo prosiguió el cuento.

—Ya os he hablado de los preparativos para la guerra... Pasaron cinco meses... Se acercaba el momento de la marcha sobre Teotolcan.

Volviendo a Abraláin...

Llegó la última gran reunión antes de la marcha sobre Teotolcan. Todos los caballeros, con sus damas y familias, estaban sentados en la gigantesca mesa circular del gran salón del castillo de Amaniel. En el salón también había un montón de soldados y gentes del pueblo, repartidos por el hueco interior de la mesa, así como acróbatas, bufones, poetas y un coro de músicos tocando melodías de fondo. Suspendida en el centro, estaba la llama de la esperanza, quizá un poco más pálida que de costumbre.

Amaniel abrió la reunión.

—Bienvenidos, damas y caballeros. Llega la hora de que muchos de nosotros partamos a la guerra. ¿Qué decir? No lo sé... Lo que sí se es: que lo que haya que decir, quien va a decirlo es el capitán Běldar, Pipo para los amigos. Así que le cedo la palabra gustoso.

Pipo carraspeó aclarándose la garganta. Estaba situado en la mesa justo enfrente de Amaniel. Un saxofonista tocaba una tranquila melodía de fondo.

—Dentro de dos días zarpamos rumbo a Teotolcan. En estos difíciles momentos que vamos a vivir, creo que es más importante que nunca practicar virtudes como la templanza, la serenidad, la mesura y la continencia —el viejo Amaniel miró a Pipo con sorpresa. Arrugó el ceño—. Pero, claro, esto es dentro de dos días. Y no sabemos si vamos a volver ni en qué condiciones. Ya que éstos pueden ser nuestros últimos momentos, ¡Hagamos de ellos una fiesta! —la melodía se animó de golpe. Los músicos irrumpieron con otros instrumentos. Empezaron a cantar. Una sonrisa se fue desbordando por la cara de Amaniel. Pipo continuó—. ¡Gran Maestro Amaniel, a ti te corresponde el honor de echar el primer trago! —y entonces Pipo cogió una gran jarra de cerveza espumeante e, imprimiéndole un efecto de giro, se la lanzó a Amaniel haciéndola patinar sobre la mesa: y la jarra giró, levantando destellos y recorriendo el semicírculo de la

mesa que los separaba hasta llegar intacta a la mano de Amaniel, que la agarró con rapidez y firmeza.

—¡Por vosotros! —y se le bebió entera de un trago. Al bajar la jarra, los restos de espuma en su rostro parecían nieve sobre su barba—. ¡Bebed, comed, reíd, cantad y bailad hasta saciaros! —todos alzaron sus jarras o copas.

—¡Que el viento de la esperanza nos traiga la dicha! —concluyó el capitán Bēldar.

Todos bebieron, cada uno según su medida y ganas.

Pipo y Rolando tenían muchas ganas, y es difícil precisar qué medida.

Los músicos cantaban y tocaban. Todo el mundo bailaba y se reía. Los acróbatas daban volteretas y saltos mortales, y formaban pirámides humanas. Otros hacían malabarismos con antorchas.

—¡Fiestaaaaaaaaa...! —bramó el capitán Grif, Rolando para los amigos, plantándose a continuación de un salto sobre la mesa—. ¡Iaaaaaaaajajai! —y se recorrió toda la mesa dando volteretas.

Pipo se fue bailando hacia la pared (y nadie, ni el propio

Pipo, pudo explicar después cómo lo hizo, pero el caso es que así lo hizo): y, mientras seguía bailando, ascendió por la pared y cruzó el techo de lado a lado, sin dejar de bailar cabeza abajo.

En ese momento, Pipo pensaba en su amada: Clara, la dama de la estrella. Sabía que pronto iba a volver a verla. Y no sólo eso: iba a luchar ante ella y por ella. Y le agradecía al destino que le hubiera trazado ese sentido a su vida.

Un caballero tomó carrerilla y de un tremendo salto se agarró a una de las lámparas del techo, columpiándose hasta la siguiente lámpara. Varios caballeros lo imitaron. Coordinándose entre ellos realizaron dobles y triples saltos mortales como los de los trapecistas.

Más adelante, Rolando volvió a subirse a la mesa y, llevándose la mano a la boca de bocina, lanzó un potentísimo graznido como de águila.

—Uaaaaaaak!!

—UAAAAAAAAAK!!!! —llegó desde fuera otro graznido, como de una docena de águilas que graznaran a la vez. Y por uno de los grandes ventanales apareció Grifo. Fue volando hasta donde le esperaba Rolandito y, cuando pasaba a su altura, Rolando se subió a su grupa sobre la marcha. Volaron hasta el

centro de la estancia y, a considerable altura, se pusieron a bailar en el aire, haciendo increíbles y osadas piruetas aéreas.

A ellos se unieron Candi y Miralda —que aún recordaban su actuación en el palacio de Carolina y Cornelius— con insólitas y espectaculares acrobacias...

... Y todo el mundo aplaudía... Y la música seguía... Y seguían bailando y riendo...

Pero lo más bonito de la noche fue cuando la llama de la esperanza comenzó a brillar y a engrandecerse... haciéndose más y más grande momento a momento... Y empezó a envolverlos, y acabó llenando la estancia... Pero no quemaba a nadie, sino que les transmitía un sentimiento de inmensa alegría.

Amaniel se levantó y, alzando la copa, propuso un brindis.

—¡Por la Esperanza!

Y todos los caballeros, y las damas, y los artistas, y las gentes todas, alzaron sus copas y respondieron a pleno pulmón.

—¡¡¡¡¡¡¡¡ Siempre!!!!!!

Y todos vaciaron sus copas y jarras.

Dardo, ahora ya flamante caballero —Candi para los amigos—, se acercó hasta la adorable Griseida e hincó una rodilla en tierra.

—Os suplico que me concedáis este baile, adorable Griseida.

—No, por favor... —Griseida estaba roja como un tomate—. Bueno, quiero decir, sí bailaré con vos... Pero, por favor, no hagáis el tonto... ¡Alzaos inmediatamente!

—No os preocupéis, mi dama —respondió Candi, alzándose inmediatamente—. La próxima vez que me arrodirle ante vos... será para pedir vuestra mano.

Griseida lo miró atónita, mientras se le iba quedando la boca abierta... Pero entonces Candi la tomó de la mano y la cintura invitándola a bailar, y ella accedió: y bailaron como locos.

También fue durante esa fiesta cuando Rolandito le pidió la mano a Rosalinda, y ella se la concedió. Rolando pegó un bote de alegría que tocó el techo con las manos.

—¡Voto a bríos, que entonces vamos a ganar esta guerra! —exclamó cuando descendió—. Porque te juro que nada ni nadie me impedirá volver a reunirme contigo.

Pero la fiesta también tuvo un momento oscuro. Aunque sólo se percataron Pipo y Rolando... y, claro está, el misterioso personaje del que ahora voy a hablaros. El caso es que, en un

momento dado, Pipo y Rolando se encontraron frente a frente en alguna parte de la gran sala; y, como hacen dos grandes amigos que se encuentran en medio de una emotiva y feliz borrachera, se abrazaron y besaron fraternalmente. Pero entonces descubrieron a un tipo raro a escasa distancia suya, quieto mirándolos fijamente. Era un hombre alto y chupado, de ojos negros, cejas pobladas y mandíbulas escarpadas, con la piel curtida como la de unas viejas botas camperas. Pipo y Rolando suspendieron su abrazo y, así como estaban medio abrazados, lo miraron a su vez. El tipo miró primero a Pipo, y luego a Rolando. En cada una de estas miradas, sus pupilas parecieron relampaguear por un instante. Volvió a mirar incisivamente a Pipo, y sus labios trazaron una afilada sonrisa antes de abrirse.

—Hola, amigo. ¿No me reconoces?

—No creo tener el placer... amigo —le respondió Pipo mientras se separaba de Rolando y se encaraba con el extraño.

—¿Queréis que os lea el futuro?

—No, gracias —declinó Pipo sosteniéndole la mirada, aunque hacerlo le costaba mucho esfuerzo, pues aquélla era muy profunda y le mareaba.

—Espera un momento... ¡A mí sí, amigo! ¡Venga, léeme el futuro! —dijo Rolando resuelta y socarronamente—. Total, si no me gusta, ¡Lo cambio!

—Dame la palma de tu mano derecha.

—¿Por qué la derecha?

—Porque eres diestro.

—¿Y tú como lo sabes?

—Te sorprendería lo que sé... —replicó el hombre encogiéndose de hombros—, y más todavía lo que dejo de saber. ¿Viene esa mano? —Rolando se la tendió, con la palma hacia arriba.

—Toma, pero no me la gastes —el tipo escudriñó atentamente las líneas de la mano, y las pupilas de sus ojos empezaron a crecer...

—Veo que te acabas de prometer. Veo que te vas a la guerra —las pupilas del adivino rebasaron el iris e invadieron el blanco de los ojos—. También veo que regresarás y tendrás hijos. Harás proezas increíbles y asombrosas hazañas a lo largo de tu vida aventurera y accidentada...

—Todo eso no es ningún secreto —le interrumpió Rolando escéptico. El tipo lo miró fijamente, y por un momento Rolando tuvo que bajar la cabeza aturdido. Pero fue sólo un instante.

—Espera un momento... —y volvió al escutrinio de la palma—. Aquí veo algo preocupante... Algo que teñirá de amargura el resto de tus días, aunque en otros aspectos serás muy feliz. ¿De verdad quieres saberlo? —preguntó a Rolando fijando de nuevo la vista en sus ojos. Éste dudó un momento.

—Bueno... pero si no me gusta, ya te lo he advertido... —y apuntó al tipo con el índice de la otra mano—: ¡Lo cambio!

—Verás... —y miró a Pipo un instante, de refilón—. Matarás a tu mejor amigo arrancándole el corazón con tu mano derecha...

con esta mano en la que estoy leyendo tu futuro.

—¿Cómo? —Rolando zafó su mano de las del adivino bruscamente, y se encaró a él cerrando los puños—. Si es una broma no tiene gracia...

—Lo siento —el otro aguantó su mirada—. Pero no es una broma. Tú has querido saberlo —desvió la mirada de Rolando a Pipo, y apuntó a éste con su dedo índice—. Tú y yo volveremos a vernos, amigo.

Rolando miró a Pipo siguiendo la dirección del dedo y luego se volvió otra vez hacia el adivino...

—¿Espera un momento! ¿Cómo te llamas?

... Pero el tipo de la mirada rara había desaparecido. Pipo pasó una mano consoladora por el hombro del abatido Rolando.

—No te preocupes, Rolandito. Seguro que es mentira...

—¿Y tan mentira, voto a bríos! ¿No pensarás que yo podría...?

—No, hombre, es imposible... Con lo lento y torpón que eres, jamás conseguirías ponerme la mano encima por mucho que lo intentaras.

—¿Cómo? —Rolando lo miró encendiéndose de ira.

Pipo esperaba su mirada con un brillo malicioso en los ojos. Rompió a reír al comprobar el mosqueo de su amigo. Rolando

también rompió a reír, y otra vez se abrazaron: y bailaron juntos una danza estilo cosaco.

—La fiesta continuó durante un día entero. Al día siguiente, todo el mundo descansó en sus hogares, compartiendo con la familia los últimos momentos antes de la marcha. Al otro día hicieron el equipaje, prepararon las naves y ultimaron detalles. Después se fueron a la guerra, rumbo a Teotolcan. Y nosotros nos vamos a dormir. ¡Rumbo a la cama!

—Seguidme, muchachos. ¡Al abordaje de las camas feroces!
—animé a los niños.

—¡Sí, sí! —corearon.

—¡Batalla de almohadas!

—¡Yupiiii!

Así fue como, esa noche, la fiesta de los caballeros en Abbraláin se prolongó en el cuarto de los niños huérfanos del Albergue de los Pobres.

XV

La marcha sobre Teotolcan, cinco meses después de que Pipo descubriera el secreto de cómo nacen los agujeros negros, fue un acontecimiento sin precedentes.

En el puerto de Mirabilia, capital de Abraláin, los heraldos soplaron sus clarines, redoblaron los tambores, y la flota estelar se hizo al espacio exterior: centenares de carabelas llenas de caballeros y soldados.

Marchaban en dos columnas, guiadas respectivamente por Pipo y Amaniél.

Tardaron dos meses en llegar al planeta de Pipo.

A medida que surcaban el espacio, se iban incorporando tropas de multitud de mundos. La flota estelar aumentaba constantemente, alcanzando una magnitud sin igual, al integrarse en ella embarcaciones de todos los tipos y tamaños.

Se unieron al ejército de la Esperanza los montaraces, los

venturuces y los tramontanos, de Brumaria, poniéndose a las órdenes de Rolando, que formó una tercera columna. Los venturuces llevaban su magnífico regimiento de gaiteros, para infundir ánimos a sus compañeros en la batalla.

También se unieron los yándalaks, de los planetas de los Riscos escarpados, montados en águilas gigantes.

Los okinawi, de piel amarilla, ojos rasgados, largos bigotes y afiladas cimitarras.

Los bandusi y los murundenses, de piel negra y formidables con la lanza.

Los sirimiri, habitantes de los planetas de dunas, de piel aceituna y ágil mano con la espada.

Los oltecas, de piel roja y gran destreza con el arco.

Un mes más tarde, al sexto mes desde la ceremonia de invocación a Sinluz, los yakis emprendieron su marcha hacia Teotolcan, capitaneados por Argh y Bram. Llegarían por el flanco norte, mientras que los caballeros de la Esperanza lo harían por el sur.

Por primera vez en su historia, los yakis no marchaban

arrasándolo todo a su paso, sino en disciplinada formación, reservando sus energías para enfrentarse a los vasallos del reino Sombrío.

Por parte del bando oscuro, los agujeros negros, echando más humo que nunca, empezaron a vomitar ejércitos de criaturas sombrías de otras galaxias.

Trolls, hombres dragón, panteras, demonios de diverso pelaje...

De los tres agujeros negros principales de la galaxia salieron tres capitanes espectrales, con sus respectivos ejércitos de espectros, procedentes de la abismal galaxia de las sombras. Nûncar, Crâter y Gôndar eran sus nombres.

Las tropas sombrías también se dirigían a Teotolcan, donde los esperaban los tres capitanes de las tinieblas: Cornelius, Belial y Nublado.

Al séptimo mes, la flota de la Esperanza arribó frente a Teotolcan.

Clara recobró la esperanza y la alegría al ver regresar a su amado.

A Pipo se le encogió el corazón: apenas distinguía la pálida estrella Clara, que sólo alcanzaba a iluminar tenuemente la cima de las Dos Hermanas.

Para que os hagáis una idea del dolor y desgaste que estaba padeciendo Clara, tened en cuenta que una estrella vive, por término medio, millones de años. En condiciones normales, la estrella Clara podía haber vivido cien millones de años... pues bien, a raíz de la implantación en Teotolcan de las fuerzas sombrías, Clara había consumido ya un tercio de su energía; es decir, que era como si hubiera vivido, en ese corto espacio de tiempo, unos treintatrés millones de años... pero apenas se le notaban, porque los llevaba con mucha dignidad y suma discreción.

Los yakis aún no habían llegado, y los caballeros desconocían la existencia de los ejércitos de espectros, bestias y alimañas que, procedentes de los agujeros negros, avanzaban hacia allí.

La flota se dividió en sus tres columnas, rodeando el planeta: Amaniel marchó hacia el Este, Rolando hacia el Oeste y Pipo se preparó para atacar por el centro: intentaría abrir brecha por la cumbre de las Dos Hermanas, lo que los situaría en una excelente posición para atacar el palacio.

El soplo de las gaitas, procedente del flanco oeste, seguido por el griterío de la muchedumbre y el entrechocar de las espadas, le advirtió de que Rolando entraba en acción.

Los clarines, más el consiguiente vocerío y estrépito de armas, anunciaron que Amaniel lanzaba su ataque por el flanco este.

Pipo se subió a Miralda, quien alzó el vuelo despegando de la nave capitana.

Pipo se llenó de aire los pulmones.

—¡Caballeros y soldados! ¡Por la esperanza!

—¡¡¡¡¡¡¡¡ Siempre !!!!!!!

Sonaron los clarines y redoblaron los tambores.

El capitán Bēldar alzó a Centella, que destelleó entre las estrellas.

—¡A la cargaaaaaa!

Miralda salió galopando como un cohete hacia Teotolcan, mientras Pipo blandía en el aire su centelleante espada: en verdad parecían una centella.

Tras la orden de Pipo, todo el ejército rugió como un solo hombre, levantando una avalancha de ruido ensordecedor, y atacó.

Un escuadrón de caballeros con monturas aladas cargó tras su capitán, así como una legión de yándalaks a lomos de sus águilas gigantes. Las carabelas con los soldados los seguían a toda vela.

Clara, desde su estrella, hizo un supremo esfuerzo para iluminar y amparar la llegada del ejército de la Esperanza.

Tomaron tierra en la cumbre de las Dos Hermanas, pero los recibieron con gigantescas bolas de lava ardiendo que les lanzaban desde dos catapultas emplazadas a los pies de la montaña. Aún así emprendieron el descenso... La guardia alada de caballeros, los yándalaks, escuadrones de caballeros de tierra, legiones de soldados de infantería, arqueros y antorcheros (soldados que manejaban dos antorchas cada uno con gran habilidad)...

Al pie de la montaña, entre ésta y el palacio, Cornelius dirigía las maniobras de defensa. Belial y Nublado protegían a su vez los flancos este y oeste del ataque de Amanuel y Rolando.

Cuando Pipo y sus hombres bajaron de las Dos Hermanas, encontraron que los soldados de Cornelius habían excavado un ancho y profundo foso en torno a la montaña, y lo habían rellenado de lava ardiendo. Él y algunos de sus caballeros, así como los yándalaks, podían sobrevolarlo, pero no así el grueso de las tropas, que quedó convertida en fácil blanco de los escuadrones de arqueros sombríos, apostados en parapetos alrededor de todo el foso. Algunas docenas de caballeros de tierra, no obstante, consiguieron saltar el foso, y empezaron a desbaratar las posiciones de los arqueros enemigos. En seguida se vieron rodeados por legiones de pieles grises. Se defendían

como tornados, repartiendo espadazos en todas direcciones desde sus monturas.

Pipo comenzó a impartir órdenes, que eran prontamente obedecidas por sus hombres.

—¡Arqueros, parapetáos tras los árboles de las laderas y contraatacad! ¡Soldados, ascended por la montaña! ¡Romped la cubierta de los barcos y bajad los tablones! ¡Os servirán de puentes para atravesar el foso! ¡Yándalaks, destruíd aquella catapulta! ¡Caballeros, seguidme! ¡Nosotros nos encargaremos de la otra!

Cornelius observaba a Pipo desde la distancia.

—No tengo prisa, muchacho... ¡Nos veremos las caras!
—musitaba sonriendo.

Pipo y su escuadrón de caballeros alados rodearon la segunda catapulta. Varios pieles grises los recibieron a flechazos, mientras que otros dos estaban a punto de lanzar la siguiente bola de lava. Los caballeros se lanzaron sobre los arqueros. Pipo cabalgó hasta el palo de la catapulta... y lo segó limpiamente de un espadazo, de tal manera que la bola de lava se derramó sobre los propios pieles grises que pretendían lanzarla. Corrieron envueltos en llamas con desgarradores aullidos.

Entre tanto, escuadrones de soldados comenzaban a bajar los tablones.

Los yándalaks derribaron la otra catapulta, y sembraron el terror entre los pieles grises, diezmándolos con las garras de sus águilas gigantes.

Entonces apareció una plaga de vampiros, cayendo como moscas sobre los yándalaks y los caballeros de monturas aladas. Algunos se quedaron inmovilizados en el aire por el ataque: una maraña de vampiros los cubría por completo, a ellos y a sus monturas, formando una bola informe. Los pieles grises lanzaron cabos y los atraparon, bajándolos a tierra: una vez allí los cosían a espadaos y los desgarraban a hachazos.

—¡Lanzadnos antorchas! —ordenó Pipo a los antorcheros, quienes rápidamente lo hicieron.

Los caballeros mantenían la espada en una mano y, con la antorcha en la otra, prendían fuego a los vampiros: sus alas se quemaban con un chisporroteo y caían a tierra emitiendo agudos chillidos.

Los soldados de la Esperanza, cubiertos por sus arqueros —ya bien posicionados en la ladera de la montaña— comenzaron a poner los tablones y atravesar el foso... En el otro lado, los

caballeros de tierra se ocupaban de defender los tablonas para que el enemigo no los tirara al foso.

Batallones de soldados cruzaban el foso y se lanzaban al ataque... pero numerosas hordas de pieles grises los contenían.

Paralelamente, Amanuel y Rolando mantenían abiertos sus frentes.

La batalla se prolongó durante dos días seguidos. Entonces, ambos bandos hicieron un alto para reponer fuerzas y reorganizar las tropas.

El capitán Běldar y sus hombres estaban sólidamente asentados en las Dos Hermanas. Habían conseguido arañar algo de terreno en dirección al palacio donde estaba Carolina. Por su parte, Amanuel y Rolando también habían conseguido avanzar hacia el palacio: desde donde estaban, al ritmo que ganaban terreno al enemigo, previsiblemente no tardarían más de una semana en llegar junto al palacio. Cuando confluyeran las tres columnas, confiaban en estrangular con su presión la resistencia enemiga y tomar el palacio. Una vez allí... tendrían que abortar el peligro del agujero negro.

Pipo se reunió con sus oficiales, para decidir la estrategia de batalla el día siguiente, en la tienda de campaña que habían

montado en la ladera de una de las Dos Hermanas, en una especie de mirador natural: de tal manera que desde la entrada de la tienda tenían una visión panorámica del pueblo y la región de Teotolcan. Repasaron todos los detalles y maniobras de la estrategia a seguir.

Terminaron al anochecer —aunque en Teotolcan apenas se distinguía el día de la noche— y salieron de la tienda, dirigiéndose cada cual a su respectiva posición. Miralda se acercó servicial hasta Pipo, ofreciéndole su grupa.

—Ahora no, Miralda. Esta noche tengo que hacer algo, y quiero hacerlo a solas.

Miralda cabeceó, asintiendo comprensiva y se marchó en silencio. Pipo oteó la cumbre de la montaña. Comenzó a trepar.

Cuando llegó hasta el nacimiento del Canalón se quitó el casco y, sujetándolo en una mano, elevó la vista hasta encontrarse con la de Clara...

La pobre estaba casi desfallecida, en consonancia con la palidez de su estrella —que apenas alumbraba ya más que aquel querido lugar, tan importante en sus vidas—. Pero aún así, aún casi sin fuerzas para estirar las comisuras de sus labios, seguía sonriendo. «Pobrecilla.» Pipo la miraba con una ternura infinita:

y, sin mudar el gesto ni abrir la boca, se mordió la lengua hasta hacerse sangre para no romper a llorar —pues, aunque ver así a su amada le rompía el corazón, no quería entristecerla más ni preocuparla—. Al fin encontró ánimos para hablarle.

—Clara... No te preocupes, mi niña. Te vas a recuperar muy pronto. En cuanto acabe la batalla, voy a recorrer el universo hasta sus confines para reunir todo el amor que encuentre... luego volveré y lo depositaré a tus pies.

Clara lo miró estremecida. Señor, qué guapo estaba, con la armadura puesta, el rostro descubierto y la cabellera ondeándole al viento, hablándole con tanta dulzura...

—No seas tonto, Pipo... Me basta con tu amor... Prométeme que, cuando pase todo esto, no volverás a marcharte. Quiero despertarte cada amanecer acariciándote con mis rayitos... un amanecer detrás de otro... —y los dos rememoraban tiempos pasados, a la vez que añoraban futuros, pues hacía mucho que en Teotolcan no ocurría un amanecer.

—Te lo prometo. Y sí, por favor... despiértame cada mañana acariciándome con tu luz... —Clara lo envolvió en un dulce y cálido lecho de luz, utilizando la poca que le quedaba a su estrella—. Vida mía... Quiero comerte a besos. Voy a cubrirte entera de besos, voy a besarte desde la punta de los cabellos hasta la punta de tus piecitos...

—Sí, por favor... Me gustaría entrar en tu corazón, y acurrucarme en él como un pajarillo en su nido, y descansar entre tus brazos...

—¡Sí, por favor...! Mi pecho se ha llenado de flores para recibirte, y te espera anhelante con las puertas abiertas...

Como a la estrella Clara apenas le quedaba luz, nadie los veía. Así que, por una vez en su vida, estuvieron completamente solos el uno con el otro. Pero permanecieron castos, pues sabían que de su comportamiento podía depender el destino de la galaxia. Aunque Pipo extendió los brazos y abrazó la luz de Clara; y Clara sintió el contacto de la piel de Pipo... y, por una vez en la vida, Clara hizo algo que jamás hacen los habitantes de las estrellas: se durmió como una niña, acunada en los brazos de su amado. Y Pipo veló por ella toda la noche, sin atreverse a mover un músculo para no despertarla... Sólo la miraba, respirando muy quedo: y se hubiera pasado toda la eternidad, así mirándola dormir entre sus brazos, como un pajarillo...

—Y, como unos pajarillos, ahora os vais todos a la cama —concluyó el anciano, bajando la voz—: No querréis despertar a la pobrecilla Clara —se cruzó el dedo índice sobre la boca en señal de silencio—. ¡Shshsh...!

Yo miré a los demás chavales y les repetí la señal de «silencio». Rosita nos devolvió el gesto. Y Jorge, y todos los demás. Y así,

mandádonos callar los unos a los otros y andando de puntillas,
nos fuimos esa noche a la cama.

XVI

A la hora de clarear —prosiguió el viejo vagabundo—, Clara se desperezó y retornó a su condición de habitante estelar distante y sonriente. Había recobrado energías y su estrella lucía más.

Por su parte, Pipo se sentía mejor que si hubiera dormido siete noches seguidas.

Ese día fue propicio para las tropas de la Esperanza, que hicieron considerables avances.

Pero, al día siguiente, los ejércitos sombríos frenaron su avance, haciéndolos retroceder.

La guerra se prolongó unas semanas más. Se cumplieron los ocho meses desde la ceremonia tenebrosa, y aún pasaron dos semanas más...

Una noche, durante un alto, Pipo paseaba por el bosque de

las Dos Hermanas... cuando divisó a la serpiente multicolor dirigirse a la cueva secreta.

Decidió seguirla. Entró tras ella.

Dentro, en lugar de la serpiente, había un hombre alto y delgado sentado frente al estanque con una caña de pescar. Reconoció al adivino de la fiesta de Abraláin.

— ¿Tú aquí?

— Llevo aquí bastante más tiempo que tú. ¿Todavía no me reconoces?

Pipo le miró a los ojos: entonces comprendió que su mirada profunda y mareante era la misma que la de la serpiente.

— ¿Qué haces?

— Pues ya lo ves: pasar el tiempo... pescando almas —Pipo se fijó en su caña: no tenía hilo—. ¡Mira, parece que ha picado una!

Efectivamente, el agua comenzó a hacer ondas como si algo se agitara en el agua... Pipo miró las ondas y luego alzó de nuevo la vista... pero la caña y el tipo habían desaparecido.

— Así que va llegando la hora definitiva, ¿eh, amigo? —Pipo

se sobresaltó al oír tan cercana la voz del adivino: se giró, y éste se encontraba de pie a su lado—. Pero no te confíes... las sombras aún esconden sorpresas.

—¿Qué sorpresas?

—Ya lo averiguarás. Concentra tus energías en la batalla, pero recuérdalo: en un momento dado, necesitarás mi ayuda. Entonces me llamarás, y yo iré.

El adivino comenzó a alejarse de Pipo.

—¡Espera un momento! ¿Cómo te llamas?

Pero el adivino ya no estaba. Entonces Pipo miró a su alrededor: estaba fuera de la cueva. No era el adivino quien se había ido, sino él, creyendo que ocurría lo contrario.

La batalla prosiguió: quedaba una semana para que se cumplieran los fatídicos nueve meses.

Al fin Rolando y Amaniel consiguieron aproximar sus fuerzas al palacio lo suficiente.

Pipo vio las señales de humo que le llegaban desde ambos flancos. Pues habían convenido enviarse señales de humo para anunciar que estaban preparados para acometer la carga decisiva.

Pipo preparó sus señales de humo: la señal para el ataque a tres bandas.

Redoblaron los tambores, sonaron los clarines, gritaron los pulmones...

Y cargaron.

Su carga fue como la embestida de tres gigantes arietes arrollándolo todo a su paso.

Belial trató de contener la carga de Amanuel, Nublado la de Rolando y Cornelius la de Pipo. Pero retrocedían desbordados por el ejército de la Esperanza.

Rodaban cabezas y corría la sangre entre las fuerzas enemigas.

El ejército de la Esperanza fue cerrando las tres hojas de su mortal maniobra de tenaza, acorralando al enemigo en torno al palacio, con un escaso radio de acción de un centenar de metros.

De pronto las tropas de la Esperanza oyeron unas voces horribles cantando una horrible canción, y quedaron petrificados al ver de dónde procedía: los tres ejércitos espectrales, llegados desde los tres agujeros negros principales, se abalanzaban desde el espacio sobre sus tres frentes.

Los acompañaban demonios, batallones de trolls y hombres dragón, panteras, tigres de dientes de sable y enjambres de avispas y tábanos...

Cayeron sobre el ejército de la Esperanza como las siete plagas sobre Egipto.

El capitán Gôndar se unió a Nublado contra Rolando, Crâter a Belial contra Amanuel y Nûncar a Cornelius contra Pipo.

En el flanco este, Belial se arrojó espada en mano sobre Amanuel, quien lo contuvo con la suya. Mas Crâter se acercó por la espalda y lo alcanzó a traición. Entonces Belial lo ensartó por delante. Amanuel, aún malherido, le pegó un tajo en la cintura que lo partió por la mitad. Sus piernas seguían andando mientras Belial agonizaba en el suelo, echando maldiciones.

Belial expiró.

Amanuel, sangrando a borbotones por sus dos heridas, la boca y la nariz, alzó al aire su espada en su postrero saludo.

—¡Por... la esperanza! —y exhaló su último aliento.

Dardo le pasó el portaestandarte a otro caballero, y cargó contra Crâter con la lanza. Crâter se rompió en pedazos por el

impacto. Pero, aún con la cabeza desgajada del tronco, comenzó a cantar su horrible canción, y sus pedazos empezaron a atraerse unos a otros como imanes hasta que se unían: poco a poco se iba recomponiendo.

Dardo cogió al difunto Amaniel y lo sujetó con cuerdas a la grupa de su caballo, manteniéndolo en posición erguida.

El caballo relinchó y emprendió el galope con Amaniel encima. Los pieles grises retrocedían espantados, pues creían que había vuelto de la muerte para seguir guerreando. Y desde entonces, en aquella galaxia se dice de Amaniel que era capaz de ganar batallas incluso después de muerto.

Rolando, a lomos de su fiel grifo, se batía bravamente con Nublado —que montaba un dragón— y Gôndar —que montaba el esqueleto de un caballo—, manteniéndolos a raya a duras penas con su maza de pinchos.

Pipo había desmontado de Miralda y, pie a tierra, cruzaba Centella con las espadas de Cornelius y Nûncar a la vez. Éste último lo hirió en una pierna.

El ejército de la Esperanza se encontró atrapado entre el ataque aéreo de los refuerzos espectrales, por arriba, y las fuerzas de los capitanes de las tinieblas, delante y alrededor suyo.

Las tropas flaquearon y recularon, diezmadas por el enemigo.

Estaban perdidos...

Entonces se oyó un ruido como de miles de serpientes siseando a la vez: era el ruido que hacían los yakis agitando en el aire sus sables. Llegaban por el norte en un momento crucial.

Además de los sables, en la otra mano algunos llevaban una antorcha encendida, y otros enormes escudos. Lógicamente, también venían batallones de arqueros.

El rey Argh se despojó del casco.

—¡¡¡A la cargaaaaa...!!!

Gritó.

Y arremetió contra el enemigo con su sanguinaria legión personal, penetrando en sus filas como el cuchillo en la mantequilla. Los guerreros de las huestes sombrías —incluso los mismos espectros— se quedaban paralizados al contemplar el horrible rostro de Argh.

—¡Formación en cuadro! ¡Al ataque! —ordenó Bram, por su parte.

Los yakis de la columna de Bram se dispusieron en cuadros de ataque: unos sostenían los escudos formando una coraza, mientras otros disparaban flechas y lanzaban antorchas. Así se abrían paso entre el enemigo, afianzándose en posiciones estratégicas. Bram los observaba. Al tiempo observó a Pipo atacado por Cornelius y Nûncar. Cuando los cuadros yakis hubieron completado la maniobra bramó.

—¡Ataque a discreción!

Y, mientras él se lanzaba en ayuda de Pipo, el grueso de los yakis saltó desde detrás de los escudos sable en ristre, aullando como locos.

La retaguardia yaki, que aún esperaba en las alturas, asimismo cayó como una tromba sobre las tropas enemigas.

Las fuerzas se equilibraron. La batalla era encarnizada. Se segaban miembros, se machacaban cráneos, la sangre corría a mares salpicándolo todo.

Cornelius y Nûncar giraban en torno a Pipo, hostigándolo cada uno por un lado.

Cornelius alcanzó a Pipo en el hombro del brazo libre con un mandoble tan poderoso que se lo descoyuntó.

En ese momento llegó Bram: cargó sobre Nûncar y se enzarzó con él a espadazos.

Pipo hirió a Cornelius en un costado. De la herida le manó un líquido espeso, negro y maloliente. Entonces miró a Pipo y le habló.

—Muchacho, ¿no echas de menos a tu amigo Dardo? —y, en diciendo esto, le lanzó un dardo a un ojo con un rapidísimo y artero movimiento de su mano libre.

Pipo se llevó la mano libre al ojo atacado, que sangraba copiosamente, y se tambaleó. Cornelius alzó su espada para asestarle el golpe definitivo...

—¡Un dardo por otro dardo! —dijo Dardo cayendo sobre la espalda de Cornelius y apuñalándolo en una clavícula.

Cornelius se quitó a Dardo de encima y comenzó a estrangularlo con la mano libre. Cuando Dardo comenzaba a ponerse morado Cornelius notó la punta de una espada presionando su espalda.

—Te reconozco, Cornelius. Tú mataste a mi padre. Prepárate a morir.

Cornelius se volvió soltando a Dardo y lanzando un ataque sorpresa con la espada a Pipo para sorprenderlo.

Pipo, aún cojo, con el hombro roto y un dardo clavado en el ojo, paró el golpe de Cornelius y contraatacó con el resto de sus fuerzas...

Cornelius opuso su espada, pero Centella, echando chispas, la partió en dos y prosiguió su trayectoria... segando limpiamente la cabeza de Cornelius, que cayó a una decena de metros.

Mientras su cuerpo caía de rodillas, Cornelius habló por última vez, con voz entrecortada y la cabeza desgajada del cuerpo.

—Antes de morir... tu padre me suplicó clemencia... arrastrándose ante mí como un vil gusano... Cuando me lo encuentre en el reino de las sombras... le daré recuerdos... de tu parte.

Y sonrió perversamente. De pronto su cabeza prendió en llamas y seguidamente estalló, esparramándose los sesos por los alrededores.

A continuación, Pipo, sumamente debilitado por sus heridas, se desmayó.

Clara, que había contemplado sus evoluciones con el alma en vilo, creyó que iba a desmayarse también. Pero aguantó y mantuvo su sonrisa: porque sabía que el ejército de la Esperanza necesitaba de los débiles rayitos que aún podía enviar en su esclarecimiento y apoyo.

Candi se ocupó de que trasladaran a Pipo en camilla hasta la tienda de campaña. Luego recogió nuevamente el portaestandarte del ejército de la Esperanza y montó sobre Miralda.

—¡Por la esperanza!

—¡¡¡¡¡¡¡¡¡¡ Siempre!!!!!!! —respondieron miles de gargantas diseminadas por el campo de batalla.

—¡Adelante, soldados! ¡Adelante, caballeros! ¡Pelead hasta la muerte!

Candi galopaba de un lado para otro con el portaestandarte, dando ánimos y ayudando donde veía que más falta hacía. Parecía estar en muchos sitios a la vez. Fue precisamente en la batalla de Teotolcan donde Candi empezó a labrarse la merecida fama que años después recorrería la galaxia. Con el tiempo volvería a cambiar de nombre y acabaría siendo conocido como el capitán Espada. Pero ésa es otra historia.

En un momento dado, Rolando, que seguía peleando él solo contra los dos capitanes sombríos Nublado y Gôndar, gritó.

—¡A ver, venturuces! ¡Echo de menos esas gaitas!

Las gaitas comenzaron a sonar y Rolando cobró nuevas energías, hiriendo a Nublado y desmontando en pedazos a Gôndar. Pero éste, como había ocurrido antes con Crâter,

comenzó a canturrear y recomponerse lentamente, al ritmo de su horrible estribillo.

Los ejércitos estuvieron peleando sin tregua durante tres días.

Al cabo, hicieron un alto de unas horas, pues ambos bandos estaban exhaustos.

Y nosotros —cerró la jornada el viejo vagabundo— aprovecharemos también este alto para irnos a dormir...

XVII

¿P or dónde íbamos, muchachos?

—¡La batalla! ¡La batalla!

—Ah, sí... acababan de hacer un alto despues de tres días sin tregua...

Al cuarto día reanudaron el combate. Sólo quedaban tres días para los nueve meses, y el palacio —con Carolina dentro— todavía aguantaba.

Para entonces Pipo se había recuperado lo suficiente para volver al campo de batalla. Aunque jamás volvería a ser el mismo: había quedado tuerto, cojo y con un hombro deforme. Antes de ponerse la armadura, cubrió sus lesiones con fuertes vendajes. También se cubrió el ojo con un parche.

Al salir de la tienda, así como en el frente, evitó mirar a la

estrella Clara: pues no quería entristecerla y, además, le daba vergüenza mirarla con tan feo aspecto como el que ahora lucía.

El ejército de la Esperanza reanudó las hostilidades con gran dureza, espoleado por la desesperación —al ver que expiraba el plazo para el nacimiento del agujero negro y aún no habían conseguido el objetivo.

Pero las huestes sombrías aguantaban el envite con tanta desesperación y ahínco como atacaban las tropas de la Esperanza.

Tras dos días más de agotador y encarnizado combate, volvieron a hacer un alto.

De todas las ventanas de palacio salía un humo negro denso y maloliente.

Todos los oficiales que quedaban en pie celebraron una reunión in extremis: pues sólo quedaban veinticuatro horas para que se cumplieran los fatídicos nueve meses. En cualquier momento podía nacer el horrible vástago de Sinluz.

—Ahora o nunca —afirmó Pipo—. Tomar el palacio o morir en el empeño, no hay otra disyuntiva.

—Esta vez utilizaré algo que me había negado a emplear hasta ahora... —informó Rolando. Todos lo miraron expectantes—.

Veréis, se trata de un extraño objeto que me dio un alquimista de pasado oscuro. Tiempo atrás, anduvo en tratos con las fuerzas del reino Sombrío... pero luego se arrepintió y cambió de bando. Esto se lo quedó de recuerdo, y me lo dio a mí en agradecimiento por haberle salvado la vida. Según él, se trata de un objeto extraído de un agujero negro, razón por la que no quería usarlo. Por lo visto, los agujeros negros funcionan a veces como túneles en el espacio y en el tiempo. De acuerdo con esta idea, el alquimista aseguraba que el objeto que os voy a enseñar ahora —mientras hablaba iba desenvolviendo un fardo— procede de un mundo muy lejano aún inexistente: pues no aparecerá hasta cientos de eones después de nuestra época...

Al fin sacó el contenido del fardo y lo expuso a los ojos de sus compañeros. Se trataba de un descomunal cuerno de guerra.

—Según el alquimista, si lo soplo con la suficiente potencia puedo resquebrajar la misma piedra: pues me dijo que eso mismo hará en el futuro su dueño, de quien, además, aseguró, se llamará Rolando, como yo, y será un héroe legendario... —concluyó.

En prevención por los desconocidos efectos del cuerno, decidieron que todos los hombres se protegerían los oídos con trozos de tela.

El ejército de la Esperanza, aún agotado y maltrecho, se aprestó para la carga definitiva: lo que quedaba en pie de los caballeros, los yakis, los montaraces, venturuces y tramontanos, los yándalaks, los okinawi, los bandusis y murundenses, los sirimiri, los oltecas y otros pueblos aliados...

El ejército de la Sombra se aprestó para rechazarlos: lo que quedaba en pie de los pieles grises, los espectros, los demonios y los trolls, los hombres dragón, las panteras, los vampiros, avispas y tábanos...

... Sonaron los clarines...

... redoblaron los tambores...

... rugieron los pulmones...

... y se produjo un choque terrible, con ensordecedor estrépito de armas y gritos.

Las tropas de la Esperanza, con arrollador empuje, hicieron retroceder a sus enemigos hasta llegar casi al pie del castillo.

En ese momento Rolando se llevó el cuerno a la boca...

... y sopló con toda la fuerza de sus pulmones.

El mugido del cuerno sacudió los cimientos de Teotolcan, la tierra trepidó y a muchos enemigos les estallaron los tímpanos. Las tropas de la Esperanza aguantaron bien por llevar protegidos los oídos.

El cuerno seguía mugiendo...

Las paredes del palacio empezaron a resquebrajarse...

...hasta que se derrumbaron con gran estruendo. Pero, curiosamente, lo hicieron hacia fuera, de modo que el salón principal quedó al aire libre...

En el altar del salón yacía tumbada Carolina, totalmente desnuda y abierta de piernas. Tenía la barriga que parecía a punto de explotar, tremendamente hinchada. Por su... ejem... —el viejo vagabundo titubeó, un tanto azorado—, por su orificio...

—¡Por el ‘bujero’ del pipí! —intervino Rosita.

—Eso es, por ahí... —continuó el viejo.

...Por ahí salía un torbellino de humo negro que olía nauseabundo.

—¡Demasiado tarde, cretinos! —gritó Carolina, presa de un dolorido frenesí que le hacía contraer el sudoroso rostro—. ¡Ya es demasiado tarde! ¡Ja, ja, ja...!

Y entonces, Carolina rompió vientos.

Cuando una hembra mortal era fecundada por Sinluz, en lugar de romper aguas, rompía vientos: pues lo que salía por su agujero eran los mortíferos vientos de cola de serpiente.

Los vientos de cola de serpiente soplaban muy rápido, sinuosos y en todas direcciones: envolviendo, asfixiando y mareando a toda criatura viviente... dejaban de soplar y al instante siguiente lanzaban su sopro al rostro, como la picadura de una serpiente venenosa... Los vientos de cola de serpiente mataban la esperanza en los corazones.

Los vientos se extendieron por entre todas las tropas, de uno y otro bando, y afectaba a todos por igual: paralizándolos, enloqueciéndolos, desesperándolos... Muchos se suicidaban.

—¡Tú, puta! —vociferó Carolina, mirando directamente a la estrella Clara—. ¡Te hablo a ti, puta de las estrellas! ¡Me arrebataste el corazón de mi amado y yo ahora te lo arrebato todo! ¡Te arrebato la luz, la vida y tu amor! ¡Putas...!

Clara la escuchó horrorizada, pero mantuvo su heroica sonrisa en lo que podían ser sus últimos momentos... Trató de acercarse a ella con sus rayos de luz, pero no pudo: la rodeaba un halo impenetrable de antiluz, —pues era el puño invisible

del propio Sinluz el que protegía al temible feto y su progenitora.

El único que mantenía aún viva la esperanza en ese momento, a causa de su amor por Clara, era Pipo. Sin embargo, los vientos de cola de serpiente le impedían acercarse hasta Carolina, por más que lo intentaba...

De pronto Carolina lo miró a los ojos.

—Hola, cariño... —sonrió pérfidamente, pero en ese momento le atacaron los dolores del parto: su rostro se contrajo de dolor, y a cada espasmo su rostro se hinchaba y enrojecía más—. ¿Ahora quieres volver con mamaíta? —la piel de su cara comenzó a agrietarse—. ¿O es que quieres ser el primero en saludar a su hijito? —entonces, la piel de la cara le reventó, dejando al descubierto sus horribles deformidades y pústulas. Empezó a bufar y resoplar. Pipo seguía intentando avanzar sin éxito. Carolina lo miraba debatirse contra sus invisibles adversarios, y le pareció ridícula su imagen—. ¿Qué ocurre, no puedes venir? —dijo entre resoplidos—. Pobrecito... No te preocupes, amor... ¡Buf, buf!... Ahora él no te deja acercarte... ¡Buuuf!... Pero en seguida lo que querrás será irte... ¡Buf, buf!... Y él tampoco te dejará hacerlo... Aaaaaargh! —gritó de pronto retorciéndose de dolor.

Se le hinchó todo el cuerpo y empezó a latirle, como si dentro

un espantoso engendro fuera teniendo prisa por salir...

Pipo contemplaba lo que ocurría impotente. Miró a su alrededor en demanda de ayuda: pero todos estaban zarandeados, enloquecidos o desesperados por los vientos de cola de serpiente.

—¡Rayos! ¿Nadie puede hacer nada?

Cayó un rayo a su lado, levantando una intensa humareda...

...Al disiparse ésta, Pipo distinguió al adivino.

—¿Tú aquí? ¿Cómo...?

—Te dije que me llamarías, y acabas de pronunciar mi nombre.

—¿Yo? ¡Pero si ni siquiera sé...!

—Rayos. Me llamo Juan Rayos. ¿Querías algo, amigo?

—¿No ves lo que está sucediendo? —le replicó Pipo en el colmo de la desesperación. Rayos paseó su vista alrededor y se detuvo en Carolina, ya más hinchada que una foca y presa de horribles convulsiones. Humeaba más que nunca.

—¿Eso? Ah, ya... Preocupante. Puedo intentarlo... pero no creo que sirva de mucho.

Juan Rayos se concentró mirando al orificio de Carolina. De pronto lo apuntó con un dedo. Un rayo cayó sobre el orificio...

pero el humo lo detuvo: el rayo chisporroteó y se apagó.

—Me lo temía... Sinluz es aquí demasiado poderoso... ella tiene demasiado odio en sus entrañas como para que mis poderes sean efectivos...

—Entonces, ¿no se puede hacer nada?

—Yo no he dicho eso... A estas alturas, sólo hay una manera de detener el nacimiento del agujero negro. Pero se necesita algo: el corazón de un hombre puro. Ese hombre debe reunir las siguientes condiciones: ser un caballero —Rayos levantó el dedo índice en señal de anotación—, no haber conocido ayuntamiento carnal con hembra alguna —levantó el segundo dedo— y gozar del favor de una estrella —tercer dedo—. Además, el corazón se lo deberá arrancar su mejor amigo con la mano desnuda, y conseguir que la hembra preñada por Sinluz se lo coma...

—Pero... ¡Yo cumplo esas condiciones!

—Ya lo sé. Por eso estoy aquí. ¿Estás dispuesto?

—Por la Esperanza. Y por mi amada. Siempre.

—Verás, se aproxima algo con lo que Sinluz no cuenta: los vientos de la alegría, que fueron convocados por los magos de Mirabilia, y aún no han hecho su aparición. Están al caer por aquí. Cuando lleguen, soplarán sus melodías e infundirán un ánimo momentáneo en las tropas; los vientos de cola de serpiente reaccionarán prontamente, entablando una feroz disputa con los vientos de la alegría. Tú deberás aprovechar su llegada y la

confusión subsiguiente para convencer a tu amigo Rolando de que cumpla con el destino que lleva escrito en su mano derecha. Sólo él puede hacerlo: se necesita una fuerza descomunal como la suya, única en toda la galaxia, para vencer la resistencia que Sinluz le va a oponer cuando trate de acercarse a Carolina... Yo ahora tengo que irme... Me esperan en otro lugar.

En ese momento llegaron los vientos de la alegría, esparciéndose por el campo de batalla, y alegraron los corazones del ejército de la esperanza, que volvió a tomar las armas... Juan Rayos ya no estaba.

Rolando reaccionó y logró salir de la depresión en la que se había hundido —pues los vientos de cola de serpiente no habían usado la violencia con Rolando, sino el desánimo: sin duda sabían lo que se hacían.

—¡Rolando! ¡Rolando, escúchame, hay una solución! ¡Pero no tenemos tiempo que perder!

—¿De qué me hablas, Pipo?

Pipo se lo explicó atropelladamente, pero Rolando se llevó un dedo a la sien al oírlo.

—¡Tú te has vuelto loco! Y todo esto, porque llega un majadero y te dice...

—Rolando, escúchame: no hay salida, estamos perdidos. Esto se ha acabado. Se ha acabado para todos: tú, yo, los demás... Teotolcan... Abbraláin... tu amada Rosalinda... la galaxia entera... A no ser que el invento del adivino funcione... Si no funciona, morimos todos; pero vamos a morir en cualquier caso... Pero, si funciona, todo se salva, menos yo... y, si no lo intentamos, yo moriré de todas formas...

Rolando empezaba a dudar...

Los vientos de cola de serpiente contraatacaron, enfrascándose en un fragoroso combate con los vientos de la alegría.

—¡Rolando, por lo que más quieras, se acaba el tiempo! Por la esperanza... por Rosalinda... por tus futuros hijos... por nuestros mundos... por la galaxia... y, sobre todo... por mí. Porque te lo pide tu mejor amigo: de caballero a caballero, de hombre a hombre, ¡de hermano a hermano!

Rolando rompió a llorar y abrazó a Pipo.

—Estoy dispuesto —dijo, secándose las lágrimas.

—Dame un segundo —le pidió Pipo.

Se alejó unos pasos en dirección a la estrella Clara e, hincando la rodilla, la miró arrebatadamente con su único ojo.

Clara sentía que iba a estallar en llanto.

—Ha llegado mi hora, amada mía. Me voy al gran viaje. Pero le agradezco al Señor de las estrellas haber nacido: porque te he conocido, y porque ahora sé que mi vida y mi corazón tienen un sentido... —Clara negaba con la cabeza y hacía gestos con sus manos, indicando que preferiría sacrificar su propio corazón—. Quiero que sepas que... toda mi vida... todo lo que he hecho en la vida... ha sido para merecer tu amor... El hecho de que me quieras es un milagro, pero no depende de mí... de mí depende ser digno de tu amor... Espero haberlo sido... y acabar siéndolo —Clara iba a echarse a llorar—. ¡No, por favor, amada mía! ¡Clara, luz de mi vida, no llores! ¡Sonríe...! Déjame morir mientras te veo sonriendo... ¡Por favor, sonríe...!

Haciendo un supremo esfuerzo, y sintiendo que se le desgarraban las entrañas, Clara contuvo su llanto... y sonrió, con la sonrisa más hermosa que jamás había salido de sus labios: pues aunque trémula se alzaba triunfadora sobre un infinito dolor...

—¡Estoy listo, Rolando! —anunció Pipo.

—Y yo os anuncio —advirtió el viejo vagabundo— que nos vamos a la cama. Pues lo que viene son emociones fuertes, y es mejor estar descansados. Un poco de paciencia... porque

mañana llegaremos al final de este cuento.

Nos fuimos todos a la cama intrigados y asustados por la suerte de Pipo... pero conformes por la promesa de estar llegando al final.

Esa noche no podía dormir. Aparte de la ansiedad por el desenlace del relato, empezaba a mirar al viejo vagabundo con otros ojos... Había coincidencias... «Pero no, es imposible», me dije; y, desechando elucubraciones, me eché a dormir.

XVIII

Decíamos ayer que Pipo ya estaba preparado para que Rolando le arrancara el corazón...

Rolando comenzó su parte del trabajo. Muy concentrado y sin mirar a su amigo a los ojos, pues sabía que entonces desfallecería.

—Adiós, amigo del alma, siento tener que hacerte esto.
—Adiós, Rolandito.

De un movimiento felino, introdujo los dedos en forma de cuña sobre el pecho de Pipo, a la altura del corazón; cerró el puño atrapando éste, y lo sacó rompiéndole varias costillas. Rápidamente se dio media vuelta y echó a andar hacia Carolina.

Pipo cayó de rodillas, y alzó su único ojo hacia Clara... Quien, al límite del dolor, seguía sonriendo...

Rolando se aproximó a Carolina, que aullaba presa de espantosas convulsiones... su cuerpo botaba por efecto de los

latidos del engendro que se removía en sus entrañas: parecía un asqueroso sapo gigante.

Entonces Rolando chocó con un muro de energía invisible que impedía su avance. Era el puño de Sinluz. Hizo fuerza, pero no consiguió avanzar un solo paso.

Rolando rugió con furia.

—¡Gaiteros de Venturuz! ¡Tocad vuestras gaitas como nunca lo habéis hecho! ¡Rolando de las montañas necesita ánimos!

Las gaitas empezaron a sonar. Rolando sacó pecho, alzó la mirada y, colocando su mano derecha —en la que sostenía el corazón de su amigo Pipo— junto a su propio corazón, comenzó a desfilar con imparable determinación.

Cualquiera que, sin conocer la situación, contemplara la escena podía juzgarla cómica: ver a un hombretón que trataba de avanzar desfilando sin poder hacerlo, frenado tan sólo por el aire. Y, sin embargo, en ese momento se estaba librando uno de los más terribles enfrentamientos cósmicos: la fuerza sin par de Rolandito de las montañas contra el poder de Sinluz y el odio de Carolina.

Entonces, Rolandito sintió que el corazón de Pipo latió en su

mano... Y volvió a latir... Y, bañándosele los ojos en lágrimas, venció la resistencia sombría y llegó a un par de metros de Carolina.

Un horrible chillido, peor que lo que jamás habían oído antes, salió por el orificio de Carolina. Era el primer llanto de una bestia innombrable. Ésta gritó salvajemente, y su orificio empezó a dilatarse: una masa negra se adivinaba detrás, pugnando por salir a devorar el mundo...

Lo primero que cayó bajo el poder de atracción del incipiente agujero negro fueron los pies de Carolina: las piernas se le fueron doblando hacia dentro hasta que se le quebraron los huesos, y sus pies fueron succionados por el engendro, introduciéndose en su propio orificio... Carolina, en recompensa por sus servicios, estaba siendo devorada por su propio vástago, convirtiéndose en su primera víctima: y aullaba desgarradamente.

Rolando, en un esfuerzo titánico, logró situarse frente a la boca de Carolina...

Aún en el paroxismo del sufrimiento, Carolina no cejaba en su odio, y cerró la boca resueltamente al ver a Rolando. Nunca había pegado a una dama... pero estaba en juego la galaxia.

Sin contemplaciones, Rolando le soltó un puñetazo en la boca

que la rompió todos los dientes, y seguidamente le introdujo el corazón de Pipo por la garganta, hasta dejarlo en su mismo estómago...

... Entonces, el tiempo pareció detenerse... Todos inmóviles, paralizados...

De pronto, el horrible chillido de antes volvió a salir por el orificio de Carolina... pero finalmente se quebró, y el orificio se cerró. Por un momento, durante la fracción de un instante, Carolina volvió a ser la Carolina de antaño, con su rostro original... Miró a Rolando agradecida y le musitó «Gracias»... justo antes de explotar en mil pedazos.

Rolando salió despedido por los aires y aterrizó en... una de las cumbres de las Dos Hermanas. Nada más caer, se levantó y se sacudió el polvo.

Cuando el engendro de oscuridad explotó, desintegrando a su progenitora, los espectros llegados de otros agujeros negros perdieron su diabólico impulso motor: se desmoronaron deshaciéndose pedazos; y trataban de cantar su horrible canción —pero habían olvidado la letra.

Asimismo, en el momento en que abortó el agujero negro, Clara sintió una oleada vigorizante, recuperando las energías

que las sombras habían ido usurpándole en los últimos tiempos. Sin perder tiempo revertió esas energías sobre Teotolcan, derramando su luz por el pequeño mundo...

Las hordas sombrías fueron deslumbradas por la inundación de luz. Abortado el agujero, sin la ayuda de los ejércitos espectrales, y cegadas por la luz, se convirtieron en presa fácil para el ejército de la Esperanza...

Pero, entre tanto, ¿Qué era de Pipo? Recordad que Rolando le había arrancado nada menos que el corazón.

Pues bien: a Pipo le ocurrió algo muy extraño.

Juan Rayos no le había contado todo. El destino que le estaba reservado a un mortal cuyo corazón se usara para impedir el nacimiento de un agujero negro no era la muerte. De forma que Pipo no murió...

—¡¡¡Bieeen!!! —exclamamos todos a coro.

—No tan bien, muchachitos... para Pipo hubiera sido preferible la muerte —la honda amargura con que el viejo vagabundo pronunció estas palabras levantó nuevamente mis sospechas de la noche anterior—. Porque lo que le ocurrió cuando perdió el corazón fue que con él perdió la capacidad de amar.

Por el boquete que le había hecho Rolando en el pecho manó la sangre de todas sus venas. Sus lagrimales empezaron a secarse.

Toda ilusión empezó a evaporarse de su mirada...

Mientras la vida y la luz retornaban a Teotolcan, disipando el reinado de las sombras, y los soldados de la Esperanza acababan con los vestigios del ejército sombrío, Pipo iba perdiendo su amor...

Clara no dejaba de observarlo con amor, ansiedad y dolor. Al principio notó con extrañeza y alegría que Pipo no expiraba... Pero luego, contemplando cómo evolucionaba su expresión comprendió que algo terrible le estaba sucediendo.

A medida que se agotaba la última sangre que le corría por las venas, Pipo iba experimentando un cambio en su percepción del mundo... Aparentemente todo seguía igual... pero todo resultaba por completo distinto: como si la realidad fuera aplanándose, cada vez más desvaída, hasta volverse por completo indiferente para él...

Cuando cayó la última gota de su sangre, Pipo se había vuelto absolutamente insensible.

La piel de alrededor se replegó sobre su pecho y la herida se

cauterizó por sí sola, dejándole una horrible escara en el pecho.

Miró la estrella Clara... y lo que vio le hubiera paralizado el corazón —si todavía hubiera tenido corazón—. Pues, aunque veía la estrella tan bien como antes...

... ya no veía en ella a Clara.

Sólo veía una simple esfera luminosa, que le resultaba tan desvaída como todo lo demás...

Con la capacidad de amar Pipo había perdido asimismo la capacidad de ver a su amada. Lo más frustrante era que la recordaba perfectamente, y recordaba también su infinito amor por ella: pero ahora no podía sentir absolutamente nada.

Por no sentir, ni siquiera sentía el vacío más absoluto, —a pesar de que estaba en él.

Clara percibió lo que a Pipo le ocurría —pues notaba que la miraba sin verla—: y toda su alegría se tornó en desesperación. Pero aguantó el tipo, y siguió sonriendo... pues entendía que era importante empezar con buen pie la segunda oportunidad que —precisamente gracias al corazón de Pipo— le había sido concedida; pero, sobre todo: porque su amado le había pedido como última voluntad que sonriera...

Cuando Rolando bajó de la montaña y vio a Pipo aún en pie, se llevó una tremenda alegría.

— ¡Por la llama de la esperanza! ¡Por las barbas de los dioses!
¡Por mil millones de galaxias! ¡Estás vivo, Pipo! ¡Estás vivo!
¿Cómo es posible...?

Pero, mientras hablaba, Pipo lo miró, y Rolando se encontró con la mirada de su único ojo: y la alegría se le heló en el corazón... parecíale que el agujero negro, en lugar de reventar en el instante de nacer, hubiera ido a instalarse en el pecho de Pipo, —justo donde antes se encontraba su corazón: tal era la ausencia de luz en su mirada.

Rolando se quedó sin habla.

Las tropas de la Esperanza empezaron a festejar con vítores su apurada victoria.

— ¡Por la esperanza!

— ¡¡¡¡¡¡ Siempre!!!!!!

— ¡Viva nuestro gran maestro Amanuel, caído con honor en la batalla!

— ¡¡ Viva!!!

— ¡Viva el capitán Grif, Rolando de las montañas, bravo como ninguno en la batalla!

—¡¡¡Viva!!!

—¡Viva el capitán Běldar, Pipo de Teo... —Candi se interrumpió al ver la cara de su amigo y mentor— ...tolcan.

—Viva... —logró mascullar Rolando a duras penas.

Se hizo el silencio.

Pues los caballeros y los soldados habían experimentado la misma impresión que Rolando y Candi al centrar su vista sobre Pipo: el vacío absoluto.

La desolación se apoderaba de todos los corazones contemplando al transfigurado capitán Běldar.

Pipo determinó que había llegado el momento de irse... adonde nadie pudiera verle... si esto le ocurría a sus compañeros... ¿Qué sentiría ella, Clara?

Era extraña la sensación que le poseía —o, mejor dicho: la no sensación, pues nada podía sentir—. Su amor por Clara... el sentimiento por el que siempre había vivido, el motivo de sus actos, la fuente de su vitalidad... había desaparecido por completo, y en su lugar sólo quedaba el vacío. Un vacío lleno de recuerdos.

Ni siquiera sentía deseos de llorar. Simplemente no sentía deseo alguno. De ningún tipo.

Tremenda es la oscuridad que se instaló en la raíz de su alma... pues la oscuridad de la sombra, al fin y al cabo, revela la presencia de una luz que la provoca, y puede ser disipada por ella... pero a la oscuridad de un alma sin corazón no hay luz que pueda disiparla.

Pipo echó a andar: todos se apartaban a su paso como si fuera un apestado... peor que un apestado: como si fuera la encarnación con piernas del agujero negro cuyo advenimiento acababan de impedir.

Se acercó a Miralda... pero la yegua retrocedió, relinchando aterrorizada. Entonces Pipo miró a Candi —que bajó sus ojos—, y habló por primera vez desde que Rolando le arrancara el corazón. Su voz sonaba como el eco de una tumba.

—A partir de ahora, Miralda —señaló a Candi—, el caballero Dardo será tu jinete.

Luego se acercó a los restos de uno de los caballos espectrales: una ristra de huesos equinos esparramados por el suelo.

—¡Tú, montón de huesos! ¡Levántate y sígueme!

Los huesos le obedecieron: empezaron a articularse sobre sí mismos como por ensalmo, hasta que recompusieron el esqueleto del cuadrúpedo espectral. La bestia siguió a Pipo, que se alejaba en dirección opuesta a las Dos Hermanas: en su condición actual, no quería hollar el escenario de sus momentos más felices... Al menos conservaría una memoria limpia de su vida pasada.

Así fue como Pipo desapareció para siempre de la vista de sus amigos y compañeros.

Nunca un caballero tan destacado en la guerra y bien querido por todos tuvo una despedida tan sórdida.

Nadie le dijo adiós.

Sólo Rolando y Candi reunieron el valor suficiente para mirar cómo su silueta iba empequeñeciéndose en la distancia... Sus ojos se bañaron en lágrimas.

Clara lo veía irse... en el colmo del dolor, creía que iba a estallar.

Pipo llegó a una zona desierta de Teotolcan, subió sobre su nueva montura y dejó atrás su mundo. Un mundo donde renacería la alegría, los niños volverían a jugar, los enamorados a cortejarse y los pájaros a cantar...

Clara rompió en llanto.

Si aquella ocasión en que Clara se echó a reír de amor y finalmente lloró de alegría fue un hecho sin precedentes, pues jamás un mundo se había visto bañado por rayos tan dulces y sentido tan dichoso, esta ocasión fue un segundo hecho sin precedentes. Pues jamás un mundo se vio bañado por rayos tan, tan, tan tristes.

Todos los hombres y criaturas lloraron con Clara.

El llanto de Clara resonó en el Universo, y la oleada de tristeza afectó a media galaxia, en un radio de miles de millones de kilómetros...

Pero Pipo, que no volvió la espalda, no oyó el llanto de su amada, ni sintió nada.

Después Clara hizo un supremo esfuerzo y volvió a sonreír: pues la vida en Teotolcan debía florecer de nuevo...

Pipo viajó hasta más allá de toda galaxia conocida...

Finalmente aterrizó en un mundo llamado Sinvida.

No entraré en detalles acerca de este mundo, pues su nombre indica a las claras cómo era.

Pipo vagaba a la deriva por paisajes muertos: sin rumbo, camino, meta ni destino...

Así consumía sus días... —que, por otra parte, no tenían término.

En Teotolcan, Clara seguía sonriendo... pero sentía que la pena que llevaba en su pecho amenazaba con romperle el corazón, y que no aguantaría mucho tiempo...

Tenía que hacer algo... aunque lo perdiera todo... no podía ni quería dejar a Pipo abandonado a su desventura...

Decidió recurrir al Señor de las estrellas.

Cuando un habitante de las estrellas quería comparecer ante su señor, no se desplazaba físicamente por el espacio hasta él. Ni siquiera abandonaba su estrella. Simplemente, deseaba presentarse a él con extrema intensidad... hasta que, en una especie de desdoblamiento astral, se encontraba frente a él.

Clara deseó la comparecencia con todo fervor...

... y se encontró ante el Señor de las estrellas: una mole cósmica que la miraba desde las alturas.

—Hola, Clara —tronó con voz de nebulosa—. Te estaba esperando.

Clara retrocedió asustada.

—No te asustes... Oh, claro, debe ser por mi aspecto... Qué descuidado soy.

La mole desapareció y, en su lugar, Clara se encontró con un niño guapísimo. Sus ojos eran racimos de estrellas y su mirada infinitamente antigua e ilimitadamente profunda.

—¿Mejor así? Dime, Clara... has venido a causa de tu amado, ¿no es así?

Clara asintió muda y ansiosamente.

—Quieres ayudarlo, ¿no es así?

Clara asintió de nuevo.

—¿A costa de lo que sea?

Volvió a asentir.

—Tendrás que renunciar a tu estrella... —el Señor de las

estrellas penetró en la mirada de Clara con la suya: y ahora había cobrado el aspecto de un venerable anciano de lengua barba blanca—. ¿Conoces el destino reservado a un habitante estelar que renuncia a su estrella?

Clara palideció... pero asintió por cuarta vez.

—Aun así, ¿estás dispuesta a seguir adelante?

Clara tragó saliva y afirmó con la barbilla.

—Verdaderamente lo quieres... En fin. Fíjate qué casualidad: está a punto de nacer un primo tuyo. De entonces en adelante, su estrella alumbrará Teotolcan —y el Señor de las estrellas dio por concluida la comparecencia de su criatura.

Cuando Clara renunció a su estrella, lo hizo sonriendo...

En el planeta Sinvida, Pipo se agitó sobresaltado: ¡Algo le había pasado dentro, en el pecho!

¡Sentía el recuerdo de Clara! Nunca la había olvidado... pero ahora volvía a sentir amor por ella. ¡Volvía a sentir, tenía sentimientos! Pipo empezó a levitar de gozo...

Sentía el recuerdo de Clara en su pecho, absolutamente

embriagado de ella, y cada vez se encontraba más radiante, pletórico de fuerzas, con más vitalidad que nunca...

La visión se le agudizó extraordinariamente: podía ver un alfiler a mil kilómetros...

Daba un paso... y parecía que fuera calzado con las botas de siete leguas: en cada zancada saltaba montañas enteras...

La energía que sentía le desbordaba y se derramaba a su alrededor: a metros, kilómetros, megámetros...

Decidió volver rápidamente a Teotolcan. Estaba seguro de que conseguiría ver de nuevo a Clara, ahora que volvía a sentir su amor...

Sin embargo, por el camino, crecía en su interior un cierto desasosiego... como algo que le empezara a arder en el pecho... Se inquietó por su amada: ¿Y si le había ocurrido algo?

No necesitó embarcación ni montura alada para el viaje. Iba saltando de planeta en planeta.

Al aproximarse a su mundo lo suficiente comprobó que la estrella que lo alumbraba era bonita y radiante... pero no era la estrella Clara.

Sufrió una conmoción. El interior del pecho le abrasaba.

Aterrizó en las Dos Hermanas y empezó a buscar como loco algún rastro de Clara.

Llegó al nacimiento del río Canalón: resultaba tan distinto a la luz de la nueva estrella... Pipo entristeció infinito.

Con sus —recientemente adquiridas— supervisión y ultraagilidad, registró el planeta entero en breves instantes... Nada.

Miró por todas partes... menos en una, allí donde Clara nunca había estado: en la cueva secreta.

Entonces se plantó allí: ni sombra de ella.

La cueva estaba como siempre, con sus estalactitas multicolores reflejándose en el estanque...

—¡Rayos! —gritó a pleno pulmón—. ¡Juan Rayos! —gritaba mientras giraba sobre sí mismo barriendo la cueva con la mirada—. ¡A ti te busco! ¡Rayos!

Cayó un rayo sobre el estanque. Las aguas hirvieron despidiendo una humareda de vapor... Se oyó un siseo de

serpiente... La serpiente multicolor emergió del agua y reptó hacia una roca, enroscándose encima. Alzó la cabeza y lo miró fijamente. Pipo le aguantó la mirada sin marearse.

—Hola, amigo. ¿Me llamabas?

Entonces Pipo se percató de que quien le hablaba era el tipo alto y delgado: mientras su mirada permanecía la misma, y Pipo concentrado en ella, la serpiente se había transformado en Juan Rayos.

—No me advertiste que ocurriría esto... —le increpó Pipo—. ¿Y ella? ¿Dónde está ella? ¿Lo sabes?

—No importa ahora lo que yo sepa o deje de saber, sino: ¿De verdad quieres saberlo? Quizá sea mejor para ti no hacerlo...

—¡Dímelo! —Pipo se abalanzó sobre Juan Rayos y lo zarandeó cogiéndolo por las solapas—. ¡Habla o te hago pedazos!

—Tranquilízate, amigo —Rayos posó una mano en el hombro de Pipo—. No puedes hacerme pedazos... porque ya estoy hecho pedazos. Soy una estrella agujereada... o un agujero estrellado, según se mire...

—¡Perdóname, pero es que estoy desesperado! —Pipo se sentó en una roca, cubriéndose la cara con las manos—. ¿Y ella? —se llevó una mano al pecho—. Me arde el pecho... ¿Y su estrella?

— ¿Su estrella? ¿No sabes dónde está su estrella? No es posible...
 —Pipo lo miró sin comprender—. ¿No lo has notado? ¿No has notado en ti un cambio extraordinario? ¿Cómo te explicas ese cambio, de la noche más oscura al mediodía más radiante...?
 —Pipo iba comprendiendo... lentamente bajaba la mirada hacia su pecho—. ¿...No me acabas de decir que te arde el pecho?

Por un momento, Pipo permaneció con la cabeza inclinada, mirándose el pecho... Su rostro se contrajo como si fuera a echarse a llorar... pero no lo hizo: porque sus lagrimales seguían secos desde que perdiera el corazón. Se recompuso y se encaró de nuevo a Juan Rayos.

— ¿Y ella? ¿Dónde está Clara?

—Ella renunció a su estrella para proporcionarte a ti un corazón... Por eso vuelves a sentir, vuelves a amar... Por eso tienes tanta energía, y puedes hacer cosas imposibles para cualquier mortal... porque la estrella Clara es ahora tu corazón.

—Ya... ¿Pero ella? ¿Dónde está? ¿Qué le ha ocurrido?

—¿No conoces el destino de los habitantes estelares que renuncian a su estrella?

—No, ¿cuál es ese destino? ¿No habrá... —se le aflojó la voz— ...muerto?

La mirada de Juan Rayos alcanzó una insondable profundidad. Pipo sintió vértigo y un miedo terrible por su amada...

—Los habitantes de las estrellas no pueden morir, porque son inmortales —comenzó Juan Rayos—. Cuando el habitante de una estrella renuncia a ella, desaparece su razón de existir, y queda relegado a la vida inexistente.

—¿La vida inexistente? —preguntó Pipo con el alma en vilo—. ¿Qué es eso?

—La vida inexistente es vida, porque el exhabitante sigue vivo: vive y conserva su capacidad de percepción, puede ver y oír todo lo que le rodea... pero es inexistente porque nadie, absolutamente nadie, puede percibirlo a él... De manera que ha dejado de existir... Como, por otra parte, ha renunciado a su estrella, no tiene centro de gravedad que lo sujete a lugar alguno... Y vaga errante, azaroso e inexistente por las galaxias... Por los siglos de los siglos...

Pipo lo escuchaba anonadado...

Su rostro se contrajo en una mueca de infinito dolor.

Una lágrima resbaló por su mejilla... una sola y gruesa lágrima... pues sus lagrimales permanecían secos: no era una lágrima de llanto, sino... —de alma: pues con esa lágrima de dolor reconcentrado se le caía un gran pedazo de su alma, si no toda...

Para que os hagáis una idea del dolor que sintió Pipo: ¿Recordáis que antes os hablé de la edad aproximada de la estrella

Clara...? Pese a los padecimientos que había soportado, aún era una estrella joven: le quedaban sin duda más de cincuenta millones de años de vida...

Pues bien: fue tal el dolor que sintió Pipo al conocer el destino de su amada... que en siete segundos —lo que tardó en resbalar aquella lágrima por su mejilla—, en sólo siete segundos, la estrella Clara se fundió en su pecho.

Unos pocos segundos bastaron para quemar muchos millones de años...

Al fundirse, la estrella le desintegró la carne, los huesos y la piel circundantes... abriendo un agujero donde una vez hubo un corazón, y después una estrella...

... Mirando a través de su pecho se veía el otro lado.

Al propio Juan Rayos, de mirada imperturbable y profunda, se le empañaron los ojos por la tristeza de Pipo.

Cuando Pipo se enjugó su única lágrima, había cambiado de nuevo: presentaba un aspecto aún más desolador que cuando perdió su corazón.

Porque aquella vez le arrancaron el corazón y la capacidad

de amar... pero esta vez, aunque perdió de nuevo su corazón —matándolo su propia tristeza— conservó el amor... y el consiguiente sufrimiento por su eterna desventura... pero, sobre todo: infinito dolor por la eterna desventura de su amada...

Se marchó sin decir palabra.

A partir de entonces fue conocido como el caballero del agujero en el pecho.

Transcurrido cierto tiempo, Pipo fue visto en los planetas de las Estepas Heladas, el territorio de los yakis. Había ido a reclamar al rey Argh que cumpliera su deuda y lo matara...

Pero cuentan que, al ver el aspecto de Pipo, Argh *el feo* se dejó dominar por el pánico —por primera y última vez en su vida— y trató de faltar a su palabra, alegando que él había dicho que iba a cobrarse esa deuda en sangre, y a Pipo ya no le quedaba una gota de ella...

Enfurecido, Pipo acabó con él, y después sembró el terror entre los yakis, haciendo correr mares de sangre de centauro. Aunque le lanzaban flechas y lanzas, todas traspasaban limpiamente el agujero de su pecho sin causarle el mínimo daño.

Entonces, Bram fue a entrevistarse con él. Agachó la vista,

incapaz de sostener la mirada atroz de su único ojo, y le rogó encarecidamente que no siguiera pagando su desventura con la sangre yaki... En honor a su antigua amistad, Pipo se marchó.

Comenzó a vagar por los mundos, errante como su amada... pues consideraba que alguna vez cada millones de años coincidirían sus errabundas trayectorias, y aunque él no podría verla a ella, ella podría verlo a él: y así sabría que no la había olvidado, y que nunca la olvidaría...

Durante un tiempo se rumoreó que había aprendido a usar los agujeros negros para viajar a otras galaxias y tiempos...

Así desapareció para siempre de aquella galaxia, y no volvió a ser visto por allí.

Y desde entonces nadie sabe qué fue de él...

Hay quien aventura que el caballero del agujero en el pecho aún vagabundea errante por los mundos y galaxias...

Y que todas las noches, a solas bajo las estrellas, recita en voz alta tiernas palabras de amor... para que si en la inmensidad del universo, por un milagroso azar se cruza alguna vez con su amada inexistente, ella sepa que él todavía la quiere, y que jamás dejará de quererla...

... Sabe que él nunca volverá a saber nada de ella... pero está seguro de que ella le sigue queriendo... y reza para que, al menos, pueda seguir sonriendo...

El viejo vagabundo hizo una larga pausa.

—Ahora sí que hemos llegado al final, chicos.

Todos nos quedamos de piedra.

—Ya os advertí que era un final triste...

Llegaron las lágrimas. No fue un estallido de llanto, no, sino todo lo contrario: empezó con un hilillo de gimoteo, tan fino como que viniera desde muy lejos, y fue creciendo... fue creciendo... creciendo...

Yo me eché al rincón más oscuro porque también necesitaba llorar a gusto, y me avergonzaba que los pequeños me vieran.

Éramos un mar de llanto.

Creo que, hasta el último momento, todos esperábamos alguna solución milagrosa que desembocara en un final feliz... Por eso habíamos contenido nuestra tristeza: porque nos resistíamos a creer la advertencia inicial del viejo.

Pasaron unos minutos, pero el llanto no decaía.

Rosita, inconsolable, se revolvió contra el vagabundo.

—¡Eres un viejo malo! ¡Malo y feo!

El diluvio no cesaba. El viejo cambió de expresión.

—¡Escuchadme, niños!... No sois más que unos niños tontos... La verdad es que os he engañado...

Pero ninguno le escuchaba. De modo que adoptó medidas drásticas...

¡¡¡Plas!!!

Resonó en el cuarto el tremendo bofetón que el viejo le dio...

... a su propio carrillo, atizándose a sí mismo.

Con ello consiguió atraer nuestra atención, aminorando los lagrimones.

—¡Viejo estúpido! —se autorregañaba con ira—. ¡Has querido engañar a estos pequeñuelos contándoles un final falso! ¡Cuéntales la verdad!

De pronto, el viejo pasó del papel de castigador al de viejecillo amedrentado.

—Vale, vale, así lo haré... Os contaré la verdad, niños...

El viejo empezó a contarnos un final feliz que enmendaba el anterior...

Los niños, enjugando sus lágrimas y sorbiéndose los mocos, volvieron a meterse de nuevo en la historia. Yo no lo hice. Me quedé en mi esquina, a la sombra, llorando en silencio.

Se remontó al momento del cuento en que Pipo se encontraba en la cueva secreta con Juan Rayos... sólo que, en el nuevo final, Rayos usaba una fórmula mágica (tipo «super-cali-fragilístico-especialidoso» y chasquear los dedos) mediante la cual... no recuerdo bien... si es que Clara reaparecía transformada en mujer de carne y hueso... o era Pipo el que ascendía a la condición de habitante de las estrellas...

No recuerdo bien porque sabía que era un final de pegote y no me interesaba.

Lo que recuerdo perfectamente, por la impresión que me causó, fue la cara que se le ponía al viejo cuando contaba la supuesta boda entre Clara y Pipo... especialmente al explicar lo

guapísima que se había puesto Clara para la ocasión...

Una honda ternura conmovía todos los pliegues y poros de su piel, que vibraban trémulos rebosando ternura... Su ojo sano, desde lo profundo de su cuenca, fue asomándose al exterior como un caracol sale de su concha para gozar la luz del sol...

Hasta parecía guapo.

Juraría que por un momento vi reflejada en su pupila la mismísima estrella Clara.

Sonriente...

Pero fue sólo un momento.

Los niños escuchaban embelesados.

—...Y se casaron... y fueron felices... y comieron perdices —finalizó el viejo—. Y... ¡y a dormir, que ya es tardísimo! Nos hemos retrasado más de la cuenta...

Los niños fueron saliendo de la habitación... pero yo permanecí silencioso en la esquina oscura.

El viejo vagabundo se levantó y se acercó a la chimenea. Lo que

vi confirmó mis sospechas. Por eso no me sorprendió, aunque me emocionó profundamente... supongo que me esperaba algo así.

De espaldas a mí, ante la lumbre... pude ver cómo el resplandor de las llamas, trasluciéndose por la tela de su viejo sarape, llegaba a mis ojos al través de un agujero en su pecho —donde el corazón.

No pude conciliar el sueño en toda la noche. Lloré lo mío por la desventurada pareja. Incluso le recé al Señor de las estrellas para que se apiadara de ellos. Además, un par de ideas me rondaban la cabeza despertando mi inquietud...

XIX

Al amanecer me levanté de la cama de un salto y me llegué hasta la puerta principal... Divisé al viejo alejándose por el camino. Entré de nuevo en el Albergue, lo atravesé disparado, y salí a todo correr por la puerta trasera.

El camino descendía serpenteando la colina... yo me proponía atajar monte a través —pues así tenía que recorrer una distancia tres veces menor—, para esperar al viejo en un recodo del camino.

Corrí con todas mis fuerzas.

Cuando llegué al lugar previsto, el viejo ya lo estaba sobrepasando. Apenas tuve tiempo de tomar aliento.

—¡Pipo! —conseguí articular entre jadeos mientras él iba alejándose sin haberme visto—. ¡Pipo!

El viejo aflojó el paso, y pareció que iba a detenerse... pero luego volvió a apretarlo.

—¡Capitán Beldar! —grité a pulmón—. ¡Deteneos, en nombre de la esperanza!

Esta vez mi llamada surtió efecto. El vagabundo se dio media vuelta y se quedó mirándome.

—¿Qué se te ofrece, chaval?

Me acerqué corriendo a su vera. Quería plantearle dos cuestiones. Pero no sabía con cuál entrarle primero. Su gesto de impaciencia me decidió.

—¡Pipo, quiero ser tu escudero! ¡Llévame contigo!

—Imposible, chaval.

—¡A Candi le hiciste tu escudero!

—Cuando conocí a Candi, yo era otra persona... era una persona, quiero decir... ahora no sé lo que soy... pero lo que puedo asegurarte es que sólo admito dos compañeras: la soledad y la inexistencia.

Lo dijo de tal manera que no admitía réplica. Abordé entonces el segundo asunto.

—¿Siempre va a ser así, Pipo? ¿Siempre así? ¿No hay ninguna esperanza para Clara y para ti? ¿Nada?

Sobrevino un denso silencio. Después respondió con gravedad.

—¿Olvidas acaso que fui ordenado caballero de la orden de la Esperanza? ¿Qué juré no perderla jamás, manteniendo siempre viva su llama? —su mirada se perdió en el infinito—. Hay una minúscula... diminuta... microscópica... semilla de esperanza... que aún conservo.

—¿De qué se trata, Pipo? ¿Cuál es esa esperanza?

Pipo retornó al presente, como volviendo de un lugar lejanísimo, y fijó su mirada tuerta en mí.

—Muchacho —dijo en tono confidencial—, todo cuento que se precie debe albergar un secreto... Permíteme que el secreto de mi cuento sea éste: mi pequeño y querido rescoldo de esperanza...

Seguidamente se dio media vuelta y reemprendió el camino.

Pero a los pocos metros volvió a girarse. Levantó su vieja vara de madera de roble...

...y ésta ya no era una vara, sino una espada centelleante... al bajar la mirada siguiendo su brazo vi a Pipo... te lo juro por mi libertad: lo vi tan gallardo como debió de ser en sus mejores tiempos.

—¡Que el viento de la esperanza nos traiga la dicha! —y tras sus palabras se levantó una ventolera que me golpeó el rostro.

Se fue.

Nada más darme la espalda era otra vez el viejo vagabundo tuerto, jorobado y cojitranco.

A los pocos segundos, ya era una mota que desapareció en el horizonte.

Madrid, 26 de febrero 2001

